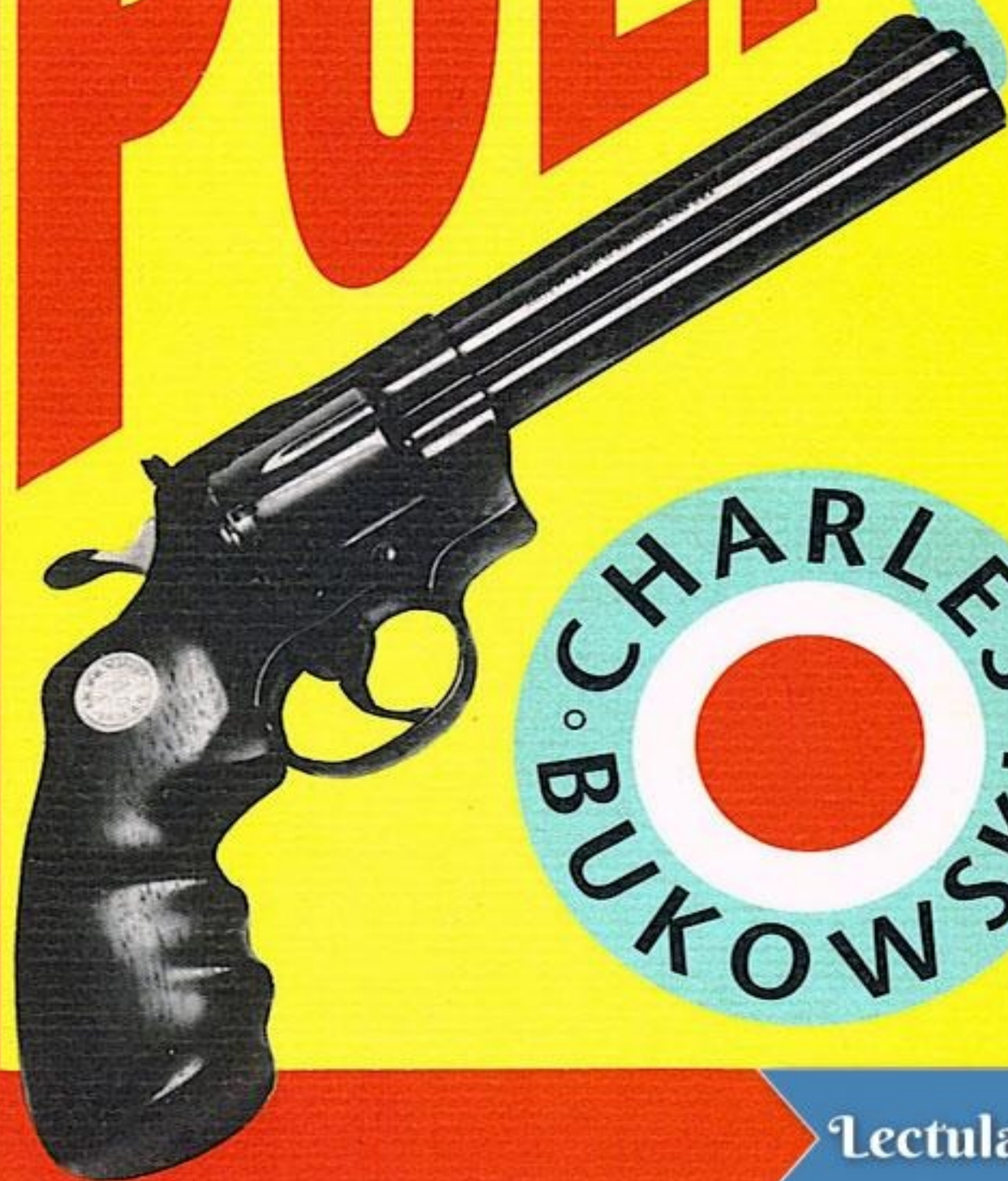


PULP



CHARLES
C. BUKOWSKI

Lectulandia

En Los Ángeles corre un rumor muy extraño. Se dice que un tal Céline, que merodea por las librerías inspeccionando a la competencia y buscando primeras ediciones de Faulkner, sería nada más ni nada menos que Louis Ferdinand, que no habría muerto en 1961 en Meudon. Nick Belane, un detective privado muy poco intelectual, es el encargado de averiguar la verdad. ¿Y quién quiere saberla? Una dama muy fatal, quizá la más fatal de todas, que no acepta que Céline pudiera haber escapado a su mortal encanto. Pero de repente la temporada de trabajo se ha vuelto muy buena para Nick y tiene varios asuntos más entre manos: encontrar el Gorrión Rojo que no es el nieto del Halcón Maltés para un tal John Barton, y descubrir si Cindy, la mujer de Jack Bass, engaña a su marido. Pero, como ya demostró cumplidamente Raymond Chandler, todos los casos de un detective siempre se lían entre sí, y entre Cindy y Céline se organizará un lío considerable. *Pulp*, la última novela de Bukowski, es una parodia y un homenaje a todas las «pulp fictions» que sobre el papel han sido, y una real, literaria y sangrante «pulp fiction» por derecho propio, que recurre a la tragedia y al humor, a la literatura y a claves de la más pura y dura realidad, a lo real y a lo surreal.

Lectulandia

Charles Bukowski

Pulp

ePub r1.0

GONZALEZ 12.12.14

Título original: *Pulp*
Charles Bukowski, 1994
Traducción: Cecilia Ceriani y Txaro Santoro

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a la mala escritura

Yo estaba sentado en mi oficina, mi contrato de alquiler había vencido y McKelvey estaba empezando los trámites para desahuciar-me. Aquel día hacía un calor del demonio y el aire acondicionado se había roto. Una mosca se paseaba lentamente por encima de mi escritorio. Extendí el brazo con la palma de la mano abierta y la puse fuera de juego. Me estaba frotando la mano con la pernera derecha del pantalón cuando sonó el teléfono. Lo cogí.

—¿Sí? —dije.

—¿Ha leído usted a Céline? —preguntó una voz femenina. La voz era bastante sexy y yo llevaba mucho tiempo solo. Décadas.

—¿Céline? —dije—. Ummm...

—Quiero a Céline —dijo ella—. Tengo que conseguirlo.

Aquella voz tan sexy me estaba poniendo realmente cachondo.

—¿Céline? —dije—. Deme alguna información. Hábleme, señora, siga hablando...

—Súbase la cremallera —me contestó. Miré hacia abajo.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté.

—Da igual. Lo que quiero es a Céline.

—Céline está muerto.

—No lo está. Quiero que le encuentre. Quiero tenerlo.

—Puedo encontrar sus huesos.

—No, estúpido, ¡está vivo!

—¿Dónde?

—En Hollywood. He oído que se ha pasado varias veces por la librería de Red Koldowsky.

—Entonces, ¿por qué no va a buscarle usted?

—Porque antes quiero saber si es el auténtico Céline. Tengo que estar segura, absolutamente segura.

—Pero ¿por qué ha recurrido a mí? Hay cientos de detectives en esta ciudad.

—John Barton le ha recomendado a usted.

—Ah, Barton, sí. Bueno, escuche, tendrá que darme algún adelanto y tendré que verla a usted en persona.

—Estaré ahí dentro de unos minutos —dijo. Ella colgó, yo me subí la cremallera. Y esperé.

Ella entró en mi oficina.

Bueno, o sea, aquello no era justo. El vestido le estaba tan apretado que casi le estallaban las costuras. Demasiados batidos de chocolate. Llevaba unos tacones tan altos que parecían zancos. Caminaba como un borracho contoneándose por la habitación. Un glorioso vértigo de carne.

—Siéntese, señora —le dije.

Se dejó caer y cruzó las piernas muy arriba, tan condenadamente cerca que se me salían los ojos de las órbitas.

—Encantado de verla, señora —le dije.

—Deje de hacerse el bobo, por favor. No tengo nada que no haya visto usted nunca.

—En eso se equivoca, señora. ¿Podría darme usted su nombre?

—Señora Muerte.

—¿Señora Muerte? ¿Es usted del circo? ¿Del cine?

—No.

—¿Lugar de nacimiento?

—Da lo mismo.

—¿Año de nacimiento?

—No se haga el gracioso.

—Sólo intentaba tener algunos antecedentes.

De alguna manera se me fue el santo al cielo. Empecé a mirarle fijamente las piernas. Siempre he sido un hombre de piernas. Fue lo primero que vi al nacer. Después intenté salir. Desde entonces he intentado la dirección contraria pero con bastante poco éxito.

Ella chasqueó los dedos:

—Eh, déjelo ya.

—¿Ehhh? —dije levantando la mirada.

—El asunto Céline. ¿Se acuerda?

—Sí, claro.

Desdoblé un clip y apunté hacia ella con el extremo.

—Necesitaré un cheque por servicios prestados.

—Por supuesto —dijo sonriendo—. ¿Cuál es su tarifa?

—6 dólares la hora.

Sacó su talonario de cheques, garabateó algo, arrancó el cheque del talonario y me lo lanzó. Aterrizó en mi escritorio. Lo cogí. 240 dólares. No había visto tanto dinero desde que acerté un pleno en Hollywood Park en 1988.

—Gracias, señora...

—... Muerte —dijo ella.

—Sí, sí —dije—. Ahora deme algunos detalles sobre ese tal Céline. ¿Dijo usted

algo de una librería?

—Bueno, se ha pasado varias veces por la librería de Red, ha estado hojeando libros, preguntando sobre Faulkner, Carson McCullers, Charles Manson...

—Así que se pasa por la librería, ¿eh? Hmmm...

—Sí —contestó—. Ya conoce usted a Red. Le gusta echar a la gente de su librería. Te puedes gastar mil dólares, pero te quedas uno o dos minutos más y entonces Red te dice: «¿Por qué no te largas de una puñetera vez?». Red es un buen tipo, sólo que está un poco chiflado. Bueno, pues echa una y otra vez a Céline, y Céline cruza a Musso's y se queda dando vueltas por el bar con aire triste. Vuelve al día siguiente o al otro y vuelve a suceder lo mismo.

—Céline está muerto. Céline y Hemingway murieron con un día de diferencia. Hace 32 años.

—Lo de Hemingway lo sé. Conseguí a Hemingway.

—¿Seguro que era Hemingway?

—Oh, sí.

—Entonces, ¿cómo es que no está segura de que este Céline es el auténtico Céline?

—No lo sé. Tengo una especie de bloqueo en este asunto. No me había ocurrido nunca hasta ahora. Puede que lleve demasiado tiempo en este rollo. Así que por eso he venido. Barton dice que usted es bueno.

—¿Y usted piensa que el auténtico Céline está vivo y quiere conseguirlo?

—No sabe cuánto, jefe.

—Belane. Nick Belane.

—Muy bien, Belane. Quiero estar segura. Tiene que ser el auténtico Céline, no cualquier tonto del culo que se crea que lo es. Ésos abundan.

—Como si no lo supiera.

—Bueno, empiece con ello. Quiero conseguir al escritor más grande de Francia. He esperado mucho tiempo.

Después se levantó y salió. Nunca en mi vida había visto un culo como aquél. Más allá del concepto. Más allá de cualquier cosa. Ahora no me molestéis. Quiero pensar en aquel culo.

Al día siguiente.

Yo había anulado la cita para hablar en la Cámara de Comercio de Palm Springs.

Estaba lloviendo. El techo tenía goteras. La lluvia se colaba a través del techo y hacía spat, spat, spat, aspat, spat, spat, spat, aspat, spat, spat, spat, aspat, spat, spat, spat...

El sake me mantenía caliente. Pero caliente ¿qué? Nada de nada. Allí estaba yo, a mis 55 años y sin siquiera un cacharro para recoger la lluvia. Mi padre me había advertido que acabaría mis días meneándomela en el porche trasero de algún desconocido en Arkansas. Y aún estoy a tiempo de hacerlo. Los autobuses para allá salen a diario. Pero los autobuses me producen estreñimiento y siempre hay algún viejo británico de barba rancia que ronca. Tal vez fuera mejor trabajar en el caso Céline.

¿Era Céline Céline o era otra persona? A veces me parece que ni siquiera sé quién soy yo. Bueno, sí, soy Nick Belane. Pero fíjate, si alguien grita: «¡Eh, Harry! ¡Harry Martel!», casi seguro que le contesto: «Sí, ¿qué pasa?». Quiero decir que yo podría ser cualquier otro. ¿Qué importancia tiene? ¿Qué tiene un nombre?

La vida es extraña, ¿verdad? Siempre me elegían al final en el equipo de béisbol porque sabían que yo podía lanzar la pelota-hija-de-puta desde allí hasta Denver. ¡Ratas celosas!, eso es lo que eran.

Yo tenía talento, tengo talento. A veces me miro las manos y me doy cuenta de que podría haber sido un gran pianista o algo así. Pero ¿qué han hecho mis manos? Rascarme las pelotas, firmar cheques, atar zapatos, tirar de la cadena de los retretes, etc., etc. He desaprovechado mis manos. Y mi mente.

Estaba sentado bajo la lluvia.

Sonó el teléfono. Lo sequé con una multa por impago a Hacienda y descolgué.

—Soy Nick Belane —dije. ¿O era Harry Martel?

—Yo soy John Barton —me respondió una voz.

—Sí, sé que ha estado recomendándome, gracias.

—Le he estado observando. Tiene usted talento. Está un poco verde pero eso es parte del encanto.

—Me alegra saberlo. El negocio iba mal.

—Le he estado observando. Lo logrará, sólo tiene usted que ser persistente.

—Sí. Y dígame, ¿en qué puedo ayudarle, señor Barton?

—Estoy intentando localizar al Gorrión Rojo.

—¿El Gorrión Rojo? ¿Qué demonios es eso?

—Estoy seguro de que existe y lo único que quiero es encontrarlo. Quiero que usted me lo localice.

—¿Alguna pista para empezar?

—No, pero estoy seguro de que el Gorrión Rojo anda por ahí en algún sitio.

—Ese Gorrión no tendrá un nombre, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a un nombre. Como Henry o Abner o Céline.

—No, simplemente Gorrión Rojo. Estoy seguro de que puede encontrarle. Tengo confianza en usted.

—Pero eso cuesta dinero, señor Barton.

—Si encuentra al Gorrión Rojo le daré 100 dólares mensuales de por vida.

—Hmmm... Y ¿qué le parecería dármele todo de una vez?

—No, Nick, se lo fundiría en el hipódromo.

—Muy bien, señor Barton, déjeme su teléfono y me pondré a trabajar en ello.

Barton me dio su teléfono y después dijo:

—Tengo total confianza en usted, Belane. Luego colgó.

Bueno, el negocio estaba remontando. Pero el techo goteaba más que nunca. Me sacudí algunas gotas de lluvia, le di un sorbo al sake, lié un cigarrillo, lo encendí, di una calada, me atragantó una tos seca, me coloqué mi sombrero marrón, puse en marcha el contestador automático, fui despacio hacia la puerta, la abrí y allí estaba McKelvey. Tenía un tórax inmenso y parecía que llevase hombreras.

—Tu contrato de alquiler ha vencido, imbécil —escupió—. Quiero que saques tu culo de aquí.

Entonces me fijé en su barriga. Era como un suave montón de mierda seca. Le hundí el puño bien adentro. Su rostro se dobló sobre la rodilla que yo estaba levantando. Cayó y luego rodó hacia un lado. Una visión repugnante. Pasé por encima. Le saqué la cartera. Fotos de niños en posturas pornográficas.

Pensé en matarle, pero me limité a coger su tarjeta Visa Oro, le di una patada en el culo y cogí el ascensor para bajar.

Decidí ir caminando a la librería de Red. Cuando iba en coche siempre me ponían una multa de estacionamiento y tenía tantas que no podía hacerles frente.

Caminando hacia la librería de Red me sentía un poco deprimido. El hombre ha nacido para morir. ¿Qué quiere decir eso? Perder el tiempo y esperar. Esperar el tranvía. Esperar un par de buenas tetas alguna noche de agosto en un cuarto de hotel en Las Vegas. Esperar que canten los ratones. Esperar que a las serpientes les crezcan alas. Perder el tiempo.

Red estaba en la librería.

—¿Qué suerte tienes! —me dijo—. Se acaba de ir ese borracho de Chinaski. Ha estado fanfarroneando con la báscula nueva que tiene en correos, una Pelouze.

—No le hagas caso —le contesté—. ¿Tienes algún ejemplar firmado del *Mientras agonizo* de Faulkner?

—Por supuesto.

—¿Cuánto cuesta?

—2 800 dólares.

—Lo tengo que pensar...

—Perdona —dijo Red, y se volvió hacia un tipo que estaba hojeando una primera edición de *No puedes volver a tu hogar*.

—¡Haga el favor de dejar ese libro en su funda y lárguese de una puñetera vez!

Era un tipo pequeño, de aspecto delicado, todo encorvado, que llevaba algo que parecía un impermeable amarillo.

Volvió a colocar el libro en su funda y pasó por donde estábamos nosotros dirigiéndose a la salida con una nube de humedad en los ojos. Había dejado de llover. Su impermeable amarillo ya no servía para nada.

—¿Puedes creer que hay gente que entra aquí tomándose un helado de cucurucho?

—Y hasta cosas peores.

Después me di cuenta de que había alguien más en la librería. Estaba de pie cerca del fondo. Pensé que le conocía de foto. Céline. ¿Céline?

Me acerqué a él despacio. Me puse realmente cerca. Tan cerca que podía ver lo que estaba leyendo. Thomas Mann. *La montaña mágica*.

Me vio.

—Este tipo tiene un problema —me dijo señalando el libro.

—¿Cuál? —le pregunté.

—Considera que el aburrimiento es un arte.

Devolvió el libro a su estante y se quedó allí sin hacer nada, con aire de Céline.

Le miré.

—Esto es increíble —dije.

—¿El qué? —me preguntó.

—Yo pensaba que usted estaba muerto —dije yo. Me miró.

—Yo pensaba que usted también estaba muerto —dijo él.

Entonces nos quedamos allí simplemente mirándonos el uno al otro. Después oí a Red.

—EH, TÚ —dijo a gritos—. ¡SAL DE UNA PUÑETERA VEZ DE AHÍ! Éramos las dos únicas personas que había allí dentro.

—¿Quién es el que tiene que salir de una puñetera vez? —pregunté.

—EL QUE SE PARECE A CÉLINE. ¡QUE SALGA DE UNA PUÑETERA VEZ DE AHÍ!

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—¡HUELO CUÁNDO NO VAN A COMPRAR!

Céline o quienquiera que fuese empezó a caminar hacia la salida. Yo le seguí.

Subió andando hacia el Boulevard y luego se paró en el quiosco de periódicos.

Aquel quiosco de periódicos estaba allí desde que tengo memoria.

Recordé haber estado allí hacía dos o tres décadas con 3 prostitutas. Me las llevé a todas a mi casa y una de ellas masturbó a mi perro. Les parecía gracioso. Estaban borrachas y colocadas. Una de las prostitutas fue al cuarto de baño, se cayó, se dio con la cabeza contra el borde del retrete y lo llenó todo de sangre. Estuve limpiando

aquello con unas toallas grandes humedecidas. La acosté y me fui a sentar con las otras, que luego se marcharon. La que estaba en la cama se quedó 4 días y 4 noches bebiéndose toda mi cerveza y hablando de sus dos hijos que estaban en Kansas City Este.

El tipo aquel —¿sería Céline?— estaba en el quiosco de periódicos leyendo una revista. Al acercarme vi que era *The New Yorker*. La volvió a colocar en el estante y me miró.

—Esta revista sólo tiene un problema —dijo.

—¿Cuál es?

—Simplemente que no saben escribir. Ninguno de ellos sabe.

Justo entonces pasó un taxi desocupado.

—¡EH, TAXI! —gritó Céline.

El taxi aminoró y él dio un salto hacia adelante, la puerta trasera se abrió y en un tris estuvo dentro.

—¡EH! —le grité—. ¡QUIERO PREGUNTARLE ALGO!

El taxi se dirigió rápidamente hacia Hollywood Boulevard. Céline se asomó, alargó el brazo y me hizo un corte de mangas. Después desapareció.

Era el primer taxi que yo veía por allí desde hacía décadas. Quiero decir un taxi libre, dando vueltas.

Bueno, la lluvia había parado pero seguía sin mejorar. Y, además, el aire era helador y todo olía como a pedos mojados.

Encogí los hombros y me dirigí hacia Musso's.

Tenía la tarjeta Visa Oro. Estaba vivo. Tal vez. Incluso empecé a sentirme como Nicky Belane. Tararé un trocito de una de Eric Coates.

La que dice «El infierno es lo que has hecho».

Busqué «Céline» en el Webster. 1894-1961. Estábamos en 1993. Si estuviera vivo, tendría 99 años. No era extraño que la señora Muerte le anduviera buscando.

Y aquel tipo de la librería parecía tener entre 40 y 50 años. Bueno, ya estaba. No podía ser Céline. O tal vez era que había encontrado el método para vencer el proceso de envejecimiento. Mira las estrellas de cine, cogen la piel del culo y se la ponen en la cara. La piel del culo es la que más tarda en tener arrugas. Todas van por ahí durante sus últimos años con cara de culo. ¿Haría Céline eso? ¿A quién le gustaría vivir tanto como para llegar a los 99 años? A nadie que no sea un estúpido. ¿Por qué querría Céline durar tanto? Todo el asunto era de locos. La señora Muerte estaba loca. Yo estaba loco. Los pilotos de las líneas aéreas estaban locos. Nunca mires al piloto, simplemente embarca y pide que te sirvan unas copas.

Miré a dos moscas que estaban follando y después decidí llamar a la señora Muerte. Me bajé la cremallera y esperé a oír su voz.

—Hola —oí que decía su voz.

—Hmmm —dije yo.

—¿Cómo? Ah, es usted Belane. ¿Ha avanzado algo en el caso?

—Céline está muerto, nació en 1894.

—Conozco los datos, Belane. Mire, sé que está vivo... en algún sitio, y el tipo de la librería podría ser él. ¿Ha avanzado algo? Quiero conseguir a ese tipo. No sabe usted cuánto.

—Hmmm —dije.

—¡Súbase la cremallera!

—¿Ehh?

—¡Estúpido, he dicho que se suba la cremallera!

—Bueno, bueno... está bien...

—Quiero pruebas concretas de que ese tipo *es o no es*. Ya le he dicho que tengo un bloqueo absurdo en este asunto. Barton le recomendó a usted, me dijo que era uno de los mejores.

—Oh, sí, de hecho también estoy trabajando para Barton, intentando localizar al Gorrión Rojo. ¿Sabe usted algo de eso?

—Mire, Belane, resuelva esto de Céline y le *diré* dónde está el Gorrión Rojo.

—Oh, señora, ¿me lo dirá? Haré cualquier cosa por usted.

—¿Como qué, Belane?

—Bueno, mataría a mi cucaracha preferida, daría de latigazos a mi madre si estuviera aquí...

—¡Deje de decir tonterías! Estoy empezando a pensar que, por lo que a usted se refiere, Barton me ha dado gato por liebre. O sea que será mejor que empiece con ello. ¡O resuelve esto de Céline o voy por *usted*!

—Eh, espere un minuto, señora.

La línea se había cortado. Colgué el auricular. ¡Guau! Para venir por mí no tenía ningún tipo de bloqueo.

Yo tenía trabajo que hacer.

Miré alrededor buscando alguna mosca a la que cargarme.

La puerta se abrió de golpe y allí estaba McKelvey y una gran pila de estiércol subnormal. McKelvey me miró y después señaló a *aquello*.

—Éste es Tommy.

Tommy me miró con sus ojillos turbios.

—Encantao de conócele —dijo.

McKelvey sonreía de un modo horrible.

—Bueno, Belane, Tommy está aquí simplemente con un propósito, y ese propósito consiste en convertirte lentamente en una mierda sangrante. ¿Verdad, Tommy?

—Uhh, uhh —dijo Tommy.

Parecía pesar unos 170 kilos. Bueno, quitándole el sarro se podría quedar en 160.

Le dirigí una sonrisa amable.

—Mira, Tommy, tú no me conoces, ¿verdad?

—Uhh, uhh.

—Así que ¿por qué ibas a querer hacerme daño?

—Porque el señor McKelvey me lo ha dicho.

—Tommy, si el señor McKelvey te dijera que bebieras pipí, ¿lo harías?

—Eh —dijo McKelvey—, deja de confundir a mi muchacho.

—Tommy, ¿te comerías la caca de tu madre simplemente porque el señor McKelvey te hubiera dicho que te la comieras?

—¿Eh?

—Calla, Belane, el que habla aquí soy yo.

Se volvió hacia Tommy.

—Oye, quiero que rompas a este tipo como si fuera un periódico viejo, que le hagas cachitos y los esparzas al viento, ¿lo has entendido?

—Sí, señor McKelvey.

—Bueno y, entonces, ¿a qué estás esperando, a la última rosa del verano?

Tommy dio un paso hacia mí. Saqué la Luger del cajón y apunté a la enorme inmensidad de Tommy.

—¡Quieto ahí, Thomas, o vas a chorrear más líquido rojo que las camisetas del equipo de fútbol de Stanford!

—Eh —dijo McKelvey—, ¿de dónde has sacado ese maldito cacharro?

—Un detective sin pistola es igual que un gato con condón o que un reloj sin manecillas.

—Belane —dijo McKelvey—, hablas como un mentecato.

—Ya me lo han dicho. Ahora dile a tu muchacho que vuelva atrás o le voy a hacer tal agujero que le vas a poder pasar un pomelo de un lado al otro.

—Tommy —dijo McKelvey—, vuelve aquí y ponte delante de mí.

Se quedaron así. Yo tenía que decidir qué iba a hacer con ellos. No era fácil. Nunca saqué unas notas como para estudiar en Oxford. Me catearon en biología y era flojo en matemáticas, pero había conseguido mantenerme vivo hasta ahora.

Tal vez.

De todos modos, de momento tenía una especie de as de una baraja marcada. Tenía que hacer un movimiento. Ahora o nunca. Septiembre se venía encima. Los pájaros estaban reunidos en bandadas. El sol estaba sangrante.

—Muy bien, Tommy —dije—, ponte a cuatro patas ahora mismo.

Me miró como si no oyerá demasiado bien.

Le dirigí una leve sonrisa y le quité el seguro a la Luger. Tommy estaba sordo, pero no del todo.

Se puso a cuatro patas y todo el 6º piso se movió como si hubiera un terremoto de intensidad 5,9. Mi Dalí falso se cayó al suelo. Era el del reloj que se derrite.

La mole de Tommy era como el Gran Cañón mirándome.

—Tommy —le dije—, ahora tú eres un elefante y McKelvey es un elefantito, ¿de acuerdo?

—¿Eh? —preguntó Tommy. Miré a McKelvey.

—¡Venga, sube, móntate!

—Belane, ¿estás majareta?

—¿Quién sabe? La locura se establece por comparación. ¿Y quién dicta la norma?

—Yo qué sé —dijo McKelvey.

—¡Que subas!

—¡Está bien, está bien! Pero nunca había tenido un problema así porque venciera un contrato de alquiler.

—¡Que subas, gilipollas!

McKelvey trepó a la espalda de Tommy. Tuvo serios problemas para poner una pierna a cada lado. Casi se raja el culo en dos.

—Bien, Tommy —dije—, ahora eres un elefante y vas a llevar a McKelvey sobre la espalda por el rellano hasta el ascensor. ¡Empieza ya!

Tommy empezó a arrastrarse por el suelo de la oficina.

—Belane, me las pagarás —dijo McKelvey—. Lo juro por los pelos del pubis de mi madre.

—Vuelve a fastidiarme, McKelvey, ¡y te dejo la polla como para tirarla a la basura!

Abrí la puerta y Tommy se arrastró hacia afuera con su elefantito.

Se arrastró por el rellano y al devolver mi Luger al bolsillo del abrigo noté que allí había algo, un trozo de papel arrugado. Lo saqué. Era el formulario para el examen escrito de renovación del carnet de conducir. Estaba lleno de marcas rojas. Me habían cateado.

Tiré el papel por encima del hombro y seguí a mis amigos. Llegamos hasta el ascensor y apreté el botón.

Me quedé allí tarareando un trozo de «Carmen».

Después, sin saber por qué, me acordé de haber leído hacía tiempo cómo encontraron a Jimmy Foxx muerto en la habitación de una pensión de mala muerte. Todos esos tipos que se largan de casa. Muertos entre cucarachas.

El ascensor llegó. Se abrió la puerta y yo le di una patada a Tommy en el culo. Se arrastró hacia dentro llevando a McKelvey. Dentro había 3 personas que iban de pie, leyendo sus periódicos.

Siguieron leyendo. El ascensor bajó.

Yo bajé por las escaleras. Necesitaba hacerlo. Me sobraban 6 kilos.

Conté 176 escalones y ya estaba en la planta baja. Me paré en la expendeduría de puros, compré uno y el *Daily Racing Form*. Oí que llegaba el ascensor.

Una vez en la calle caminé con decisión entre la contaminación. Tenía los ojos tristes, los zapatos viejos y nadie me quería. Pero tenía cosas que hacer.

Yo era Nicky Belane, detective privado.

Por desgracia, aquella tarde acabé en el hipódromo y aquella noche acabé borracho. Pero no estaba perdiendo el tiempo, estaba reflexionando, examinando los hechos. Estaba justo en la cumbre de todo. En cualquier momento tendría la solución. Seguro.

Al día siguiente probé suerte y volví a mi oficina. Después de todo, ¿qué es un detective sin oficina?

Abrí la puerta y ¿quién estaba allí sentado? No era Céline. Ni el Gorrión Rojo. Era McKelvey. Me dirigió una sonrisa dulce, falsa.

—Buenos días, Belane. ¿Qué tal los tienes?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres vérmelos?

—No, gracias.

Entonces se puso a rascarse los suyos bostezando.

—Bueno, Nicky, chico, un benefactor misterioso te ha pagado el alquiler de todo el año.

Algo en mi interior me decía que la señora Muerte estaba jugando conmigo.

—¿Es alguien que conozco? —le pregunté.

—He jurado por el honor de mi madre no decirlo.

—¿El honor de tu madre? Pero si tu madre se ha trajinado más pollos que el tendero de la esquina.

McKelvey se puso de pie al otro lado de la mesa.

—Tranquilo —le dije—, o te convierto en una canasta de baloncesto.

—No me gusta que te metas con mi madre.

—¿Por qué? La mitad de los tíos de esta ciudad se la han metido.

McKelvey vino hacia mí rodeando el escritorio.

—Acércate más y te coloco la cabeza en el culo.

Se paró. Cuando me tienen hasta las narices se me pone un aspecto temible.

—Muy bien —dije—, cuéntame. Ese benefactor... era una mujer, ¿verdad?

—Sí, sí. Nunca había visto una nena como ésa. Tenía los ojos vidriosos, pero siempre los tuvo así.

—Venga, Mac, cuéntame. Dime algo más.

—No puedo. Lo he prometido. Por el honor de mi madre.

—¡Por Cristo! —suspiré—. De acuerdo, el alquiler está pagado, así que largo de aquí.

McKelvey arrastró lentamente los pies hacia la puerta. Después se volvió a mirarme por encima del hombro izquierdo.

—Está bien —dijo—, pero mantén esto limpio y ordenado. Nada de fiestas, ni de juegos de mierda, ni de mierda. Tienes un año.

Se dirigió a la puerta, la abrió, cerró y desapareció.

Bueno, de nuevo estaba en mi oficina.

Era hora de ponerse a trabajar. Cogí el teléfono y marqué el número de mi corredor de apuestas.

—Tony's, Pizzas para Llevar, dígame —contestó. Le di mi nombre en clave.

—Soy el señor Muerte Lenta.

—Belane —me contestó—, me debes 475 dólares, no puedo tomarte nota. Antes tienes que hacer borrón y cuenta nueva.

—Tengo una apuesta de 25. Eso hacen 500. Si pierdo, lo cubro todo, por el honor de mi madre.

—Belane, tu madre me debe 230.

—¿Sí? Y la tuya tiene verrugas en el culo.

—¿Cómo? Belane, ¿tú te has...?

—No, no. Fue otro. Él me lo dijo.

—Bueno, de acuerdo.

—Muy bien, quiero 25 a *Mariposa Quemada*, ganador, en la 6ª.

—Muy bien. Hecho. Y buena suerte, porque parece que te estás quedando sin ella.

Colgué. ¡Qué hijo de puta! El hombre ha nacido para pelear por cada palmo de terreno. Nacido para pelear, nacido para morir.

Me puse a pensar en eso. Y a pensar en eso.

Después me recosté en mi silla, di una buena calada al cigarrillo y eché el humo haciendo un anillo casi perfecto.

Después del almuerzo decidí volver a la oficina. Abrí la puerta y allí había un tipo sentado al otro lado de mi escritorio. No era McKelvey. No sabía quién podía ser. A la gente le gustaba sentarse en mi escritorio. Y junto al tipo que estaba sentado había otro que estaba de pie. Tenían aire de malvados, tranquilos pero malvados.

—Me llamo Dante —dijo el tipo que estaba sentado.

—Y yo me llamo Fante —dijo el tipo que estaba de pie.

Yo no dije nada. Estaba buscando a tientas en la oscuridad. Un escalofrío me recorrió la espalda de abajo arriba y atravesó el techo.

—Nos manda Tony —dijo el tipo que estaba sentado.

—No conozco a ningún Tony. ¿Tienen ustedes la dirección correcta, caballeros?

—Oh, sí —dijo el tipo que estaba de pie. Y entonces Dante dijo:

—*Mariposa Quemada* perdió.

—Tiró al jockey al salir del cajón —dijo Fante.

—Estás de broma.

—No estoy de broma. Pregúntale al polvo^[1].

—Tú que vas de listo, estás listo —dijo Dante.

—Y Tony dice que nos debes 500 —dijo Fante.

—Ah, es eso —dije—, lo tengo aquí mismo...

Me dirigí hacia mi escritorio.

—Olvídalo, mamón —dijo Dante riéndose—. Te hemos confiscado tu pistolita de agua.

Retrocedí.

—Comprenderás —dijo Fante— que no podemos dejarte andar por ahí respirando tan contento mientras le debes 500 a Tony.

—Dadme 3 días...

—Tienes 3 minutos —dijo Dante.

—¿Por qué habláis por turnos, chicos? —les pregunté—. Primero Dante, luego Fante. Siempre igual. ¿Nunca rompéis el ritmo?

—Estamos aquí para romper otra cosa —dijeron los dos a la vez—. ¡A ti!

—Eso ha estado muy bien —dije—. Me ha gustado. ¡Un dúo!

—¡Cállate! —dijo Dante. Sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios—. Hmm —siguió diciendo—, me parece que se me ha olvidado el encendedor. Ven aquí, gilipollas, enciéndeme el cigarrillo.

—¿Gilipollas? ¿Te estás hablando a ti mismo?

—No, *a ti*, gilipollas, ven aquí. ¡Enciéndeme el cigarrillo ahora mismo!

Busqué mi encendedor, avancé unos pasos, me paré frente a una de las caras más horrorosas que he visto en mi vida, apreté el encendedor y acerqué la llama al pitillo.

—Buen chico —dijo Dante—, ahora coge el cigarrillo de mi boca y pónitelo en la

tuya con el extremo encendido para dentro, hasta que yo te diga que te lo puedes sacar.

—Ja, ja —dije.

—O lo haces —dijo Fante— o te vamos a hacer un agujero tan grande que los enanitos de Disneylandia van a pasar bailando por él.

—Espera un minuto...

—Tienes 15 segundos —dijo Dante sacando su cronómetro y poniéndolo en marcha, y entonces dijo—: Ya está. 14, 13, 12, 11...

—¿Lo dices en serio?

—10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3...

Oí el clic de quitar un seguro.

Arranqué el cigarrillo de la boca de Dante y me lo metí en la mía, con el extremo encendido hacia dentro. Intenté generar cantidad de saliva y no poner la lengua a tiro, pero no hubo suerte, lo sentía, lo sentía bien sentido, ¡¡¡QUEMABA!!! Era algo horrible y doloroso. Empecé a tener arcadas y tuve que escupir aquello.

—¡Qué chico tan malo! —dijo Dante—. Te he dicho que lo tuvieras en la boca hasta que yo te dijera que te lo sacases. Ahora vamos a tener que volver a empezar.

—¡Que te follen! —contesté—. Mátame.

—De acuerdo —dijo Dante.

En ese preciso momento se abrió la puerta y entró la señora Muerte. Estaba realmente buena. Casi se me olvida lo de la boca.

—¡Guau! —dijo Dante—. ¡Vaya nena! ¿La conoces, Belane?

—Nos hemos visto alguna vez.

Ella fue hacia una silla, se sentó, cruzó las piernas y la falda se le quedó muy arriba. Ninguno de nosotros podía dar crédito a aquellas piernas. Ni siquiera yo, que ya las había visto antes.

—¿Quiénes son estos payasos? —me preguntó.

—Son los emisarios de un tipo que se llama Tony.

—¡Haz que se larguen! Yo soy cliente tuya.

—Muy bien, amigos —dije—, es hora de irse.

—¿Ah, sí? —dijo Dante.

—¿Ah, sí? —dijo Fante.

Entonces empezaron a reírse y luego, de golpe, se callaron.

—Este tipo es realmente gracioso —dijo Fante.

—Sí —dijo Dante.

—Yo haré que se larguen —dijo la señora Muerte.

Entonces empezó a mirar fijamente a Dante y, de pronto, él empezó a inclinarse hacia adelante en la silla y a ponerse pálido.

—¡Jesús! —dijo—, no me encuentro bien...

Primero se puso blanco, luego se puso amarillo.

—Me encuentro mal —dijo—, me encuentro terriblemente mal...

—A lo mejor han sido esos tronquitos de pescado que te has comido —dijo Fante.

—Tronquitos de pescado, tronquitos de pasmado, tengo que salir de aquí. Necesito un médico o algo...

Entonces la vi mirar fijamente a Fante. Y entonces Fante dijo:

—Me estoy mareando... ¿Qué es eso? Esas luces... Esos destellos... ¿Dónde estoy?

Se encaminó hacia la puerta, Dante le siguió. Abrieron la puerta y fueron caminando lentamente hacia el ascensor. Yo salí y les vi meterse en él. Les vi justo antes de que la puerta se cerrara. Tenían un aspecto horrible. Horrible.

Volví a entrar en la habitación.

—Gracias —dije—, me ha salvado el pellejo...

Miré a mi alrededor. Se había ido. Miré debajo del escritorio. Nadie. Miré en el cuarto de baño. Nadie. Abrí la ventana y miré hacia abajo, a la calle. Nadie. Bueno, había mucha gente, pero ella no. Por lo menos podría haber dicho adiós. De todos modos había sido una visita agradable.

Volví hacia mi escritorio y me senté. Cogí el teléfono y marqué el número de Tony.

—¿Sí? —contestó—. Está usted al habla con...

—Tony, estás hablando con el señor Muerte Lenta.

—¿Qué? ¿Aún puedes hablar?

—Hablo realmente bien, Tony. Nunca me he encontrado mejor.

—No lo puedo entender...

—Tus chicos han estado por aquí, Tony...

—¿Sí? ¿Sí?

—Esta vez les he dejado irse tranquilos, pero si me los vuelves a mandar, acabo con ellos.

Oí la respiración de Tony por el teléfono. Era una respiración confusa. Luego colgó.

Saqué una petaca de whisky del cajón inferior izquierdo, le quité el tapón y eché un buen trago.

Si te metes con Belane, tendrás problemas. Es así de simple.

Le puse el tapón a la botella, la volví a meter en el cajón y me pregunté qué era lo que tenía que hacer a continuación. Un buen detective siempre tiene cosas que hacer. Se ve en las películas.

Un golpe en la puerta. No, eran 5 golpes en la puerta, fuertes, insistentes.

Siempre logro sacar conclusiones por la forma de golpear una puerta. A veces, si me da mala espina, no contesto.

Aquella forma de golpear sólo me dio media mala espina.

—Entre —dije.

La puerta se abrió de pronto. Era un hombre de algo más de cincuenta años, rico a medias, nervioso a medias, los pies demasiado grandes, una verruga en la parte superior izquierda de la frente, ojos marrones, corbata, 2 coches, 2 casas, sin hijos, piscina y aguas termales, jugaba a la Bolsa y era bastante patoso.

Se quedó allí de pie sin hacer nada, sudando un poco y mirándome fijamente.

—Siéntese —le dije.

—Soy Jack Bass —dijo— y...

—Ya sé.

—¿Qué?

—Usted cree que su mujer se acuesta con otro o con otros.

—Sí.

—Ella tiene unos 20 años.

—Sí, quiero que usted me dé pruebas de que lo hace y luego pediré el divorcio.

—¿Para qué molestarse, Bass? Divórciese simplemente.

—Sólo quiero pruebas de que ella... ella...

—Olvídelo. Ella conseguirá la misma cantidad de dinero de cualquiera de las dos maneras. Es la Nueva Época.

—¿Qué quiere decir?

—Es lo que llaman el divorcio sin culpable. No importa lo que cada uno haga.

—¿Cómo es eso?

—Agiliza la justicia, despeja los juzgados.

—Pero eso no es justicia.

—Ellos creen que sí.

Bass se quedó simplemente sentado en la silla, respirando y mirándome.

Yo tenía que resolver el asunto Céline y encontrar al Gorrión Rojo y allí estaba aquella bola fofa de carne preocupado porque su mujer estaba echando un polvo con alguien.

Por fin hablé.

—Sólo quiero saberlo. Sólo quiero saberlo por saberlo.

—No salgo barato.

—¿Cuánto?

—6 dólares la hora.

—No me parece mucho.

—A mí, sí. ¿Tiene una foto de su mujer?

Rebuscó en su cartera, encontró una, me la pasó. La miré.

—¡Dios mío! ¿Es realmente así?

—Sí.

—Se me está poniendo dura sólo de verla.

—Eh, no se pase de listo.

—Perdone, pero tengo que quedarme la foto. Se la devolveré cuando acabe.

La metí en mi cartera.

—¿Ella sigue viviendo con usted?

—Sí.

—Y usted ¿se va a trabajar?

—Sí.

—Y entonces, a veces, ella...

—Sí.

—¿Y qué le hace pensar que ella...?

—Cosas, llamadas de teléfono, voces dentro de mi cabeza, sus cambios de comportamiento, gran número de cosas...

Empujé un cuaderno de notas hacia él.

—Escriba la dirección de su casa y de la oficina, y el teléfono de casa y de la oficina. De ahí lo sacaré todo. Le pillaré el culo contra la pared. Descubriré todo el asunto.

—¿Qué?

—Acepto el caso, señor Bass. Tras su cumplimiento, le informaré.

—¿Cumplimiento? —preguntó—. Oiga, ¿está usted bien?

—Yo estoy normal. ¿Y usted?

—Oh, sí, estoy muy bien.

—Entonces, no se preocupe. Soy su hombre. Le pillaré el culo.

Bass se levantó lentamente de la silla. Fue hacia la puerta y luego se volvió.

—Barton le recomienda mucho.

—¡Ah, ya entiendo! Buenas tardes, señor Bass.

La puerta se cerró y él se fue. El bueno del viejo Barton.

Saqué la foto de la cartera y me quedé allí sentado mirándola. So puta, pensé, más que puta.

Me levanté y eché la llave a la puerta. Después descolgué el teléfono. Me quedé allí sentado, tras mi escritorio, mirando la foto.

So puta, pensé, te voy a pillar el culo. ¡Contra la pared! ¡No habrá piedad para ti! ¡Te voy a coger en medio del asunto! ¡Te voy a coger! So puta, so zorra, so puta.

Empecé a respirar entrecortadamente. Me bajé la cremallera. Y entonces comenzó un terremoto. Tiré la foto y me refugié debajo del escritorio. Era uno de los fuertes. Tendría una intensidad 6. Debió de durar un par de minutos. Después paró. Salí de debajo del escritorio a gatas, aún con la cremallera bajada. Recogí la foto, la volví a poner en mi cartera, me subí la cremallera. El sexo es una trampa, un engaño. Es para

los animales. Yo era demasiado sensato para ese tipo de mierdas. Volví a colgar el teléfono, abrí la puerta, salí, cerré con llave y me dirigí al ascensor. Tenía trabajo que hacer. Yo era el mejor detective de Los Ángeles y Hollywood. Apreté el botón y esperé a que el jodido ascensor subiera.

Sáltate el resto de ese día y esa noche. Ninguna acción. No vale la pena hablar de ello.

A la mañana siguiente. A las 8. Yo estaba aparcado en mi Volkswagen Escarabajo enfrente de la casa de Jack Bass. Tenía resaca y estaba leyendo el *Los Angeles Times*. Pero ya había hecho alguna investigación. La mujer de Bass. Su nombre de pila era Cindy. Cindy Bass, de soltera Cindy Maybell. Los recortes de prensa revelaban que fue durante un breve espacio de tiempo ganadora de un concurso de belleza, Miss Chiles Cocidos en 1990, modelo, actriz a ratitos, que le gustaba esquiar, estudiaba piano y le gustaban el béisbol y el waterpolo. Color favorito: rojo. Fruta favorita: plátano. Le gustaba echar la siesta. Le gustaban los niños. Le gustaba el jazz. Leía a Kant. Sí, seguro. Esperaba llegar a ser abogado, etc. etc. Conoció a Jack Bass en la ruleta en Las Vegas. Dos noches después estaban casados.

A eso de las 8.30 Jack Bass salió marcha atrás de su garaje en su Mercedes y se dirigió a su puesto ejecutivo en la Aztec Petroleum Corp. Quedábamos Cindy y yo. Y yo iba a estropearle los planes. Estaba a mi merced. Saqué la foto para asegurarme. Empecé a sudar. Bajé la visera del coche. La muy puta, estaba pegándose a Jack Bass.

Volví a introducir la foto en mi cartera. Estaba empezando a sentirme extraño. ¿Qué me estaba pasando? ¿Me estaba poniendo cachondo aquella dama? Tendría intestinos como todo el mundo. Tendría pelos en la nariz. Tendría cera en las orejas. ¿Qué era lo que tenía? ¿Por qué el limpiaparabrisas iba y venía frente a mí como una gran ola? Tenía que ser la resaca. Vodka mezclado con cerveza. Eso se paga. Lo bueno que tiene ser un borracho es que nunca estás estreñado. Algunas veces yo pensaba en mi hígado pero mi hígado nunca me hablaba, nunca me decía: «¡Para! Tú me estás matando a mí y yo voy a matarte a ti». Si tuviéramos hígados que hablaran no necesitaríamos Alcohólicos Anónimos.

Seguí sentado en el coche esperando a que Cindy saliera. Era una bochornosa mañana de verano.

Debí de quedarme dormido allí sentado. No sé qué me despertó, pero allí estaba ella en su Mercedes saliendo marcha atrás del garaje. Giró y se dirigió hacia el sur. Yo la seguí. Un Mercedes rojo. La seguí hasta la autopista, la de San Diego. Cogió el carril de la izquierda y le empezó a zumbiar. Bueno, iba a 120, debía de estar caliente, lo estaba deseando. Sentí un tirón entre las piernas. Una capa de sudor empezó a cubrirme la frente. Se puso a 130. Estaba caliente, aquella puta estaba caliente. ¡Cindy, Cindy! Yo iba a unos 4 coches de distancia detrás de ella. Le voy a pillar el culo. Le voy a pillar el culo como no se lo han pillado nunca. ¡Eso es! Cazar y consumir. Yo era Nick Belane, ¡un superdetective!

Entonces vi destellos de luces rojas en mi espejo retrovisor.

¡Mierda!

Poco a poco me fui echando a un lado hacia el carril lento, vi un sitio en el arcén,

aparqué el Escarabajo y salí. Los polis pararon como a unos 20 metros detrás. Salió uno por cada lado. Me dirigí hacia ellos mientras iba sacando mi cartera. El poli más alto sacó su pistola de la funda y me apuntó.

—Quieto ahí, amigo.

Me detuve.

—¿Qué coño vas a hacer? ¿Vas a agujerearme? ¡Venga, venga, *agujeréame!*

El más bajo se acercó a mí por detrás, me sujetó el brazo haciéndome una llave, me hizo ir hasta el coche de policía y me tiró sobre el capó.

¡Pedazo de mierda! —dijo—. ¿Sabes qué hacemos con los gilipollas como tú?

—Sí, me lo sé muy bien.

—Este gilipollas es un listillo —dijo el poli más bajo.

—Tómalo con calma, Louie —dijo el poli alto—, podría haber alguien por aquí con una cámara de filmar. Éste no es el sitio adecuado.

—Es que odio a los listillos, Bill.

—Ya le reventaremos, Louis. Le reventaremos el culo después.

Yo seguía inmovilizado sobre el capó. Los coches que pasaban por la autopista reducían la velocidad. Los papanatas nos miraban como papanatas.

—Venga ya, chicos, que estamos organizando un embotellamiento —dije.

—Nos importa un carajo —contestó Bill.

—Tú nos has amenazado, has venido corriendo echándote mano al cinturón —dijo a gritos Louie.

—Estaba echando mano a la cartera. Quería enseñaros mis papeles. Soy detective autorizado de la ciudad de Los Ángeles. Estaba siguiendo a un sospechoso.

Louie aflojó la presión mortal que me estaba haciendo sobre el brazo.

—Ponte de pie.

—De acuerdo.

—Y ahora saca despacio la cartera y el carnet de conducir.

—De acuerdo.

Le extendí una hojita de papel doblado.

—¿Qué demonios es esto?

El poli me la devolvió.

—Desdóblalo y vuelve a dármelo.

Lo hice y le dije:

—Es una especie de autorización temporal. Se quedaron el carnet viejo cuando fallé en el examen escrito. Esto me autoriza a conducir hasta que me vuelva a examinar la semana que viene.

—¿Quieres decir que te catearon el escrito?

—Sí.

—Escucha, Bill, ¡a este tipo le han cateado en el escrito del carnet de conducir!

—¿Qué? ¿De verdad?

—Tenía otras cosas en la cabeza...

—Me parece que tú no tienes nada en la cabeza —dijo Louie con una sonrisa de satisfacción.

—Es para morirse de risa —dijo Bill.

—¿Y dices que eres detective autorizado? —preguntó Louie.

—Pues sí.

—Es difícil de creer.

—Iba tras una sospechosa cuando me habéis hecho señales con las luces. Estaba a punto de pillarle el culo.

Le alargué la foto a Louie.

—¡Caray! —dijo. Se quedó mirando la foto. Era un bombazo. Llevaba minifalda y una blusa corta, muy corta.

—Eh, Bill, echa una mirada a esto.

—La estaba siguiendo, Bill, estaba a punto de pillarle el culo.

Bill seguía mirando la foto.

—¡Guau, guau, guau! —empezó.

—Necesito que me devuelva la foto, agente. Es de carácter privado.

—Sí, claro —dijo devolviéndomela de mala gana.

—Bueno, deberíamos detenerte —dijo Louie.

—Pero no lo vamos a hacer —dijo Bill—, te pondremos una multa por ir a 120, aunque ibas a 130. Pero tenemos que quedarnos la foto.

—¿Qué?

—Ya lo has oído.

—¡Pero eso es extorsión! —dije yo. Bill se llevó la mano a la pistola.

—¿Cómo has dicho?

—Digo que es un buen trato.

Le volví a dar la foto a Bill. Él empezó a rellenar la multa por exceso de velocidad. Yo me quedé allí esperando. Después me pasó el formulario.

—Fírmalo.

Lo hice.

Lo arrancó y me lo entregó.

—Tienes un plazo de diez días para pagarla o para ir al juzgado si quieres presentar alegaciones de descargo, como dice ahí.

—Gracias, agente.

—Y conduce con cuidado —dijo Louie.

—Tú también, amigo.

—¿Qué?

—Digo que por supuesto.

Se fueron hacia su coche. Yo me fui hacia el mío. Entré, lo puse en marcha. Ellos continuaron allí detrás simplemente sentados. Yo me metí entre el tráfico y no pasé de 100.

Cindy, ahora sí que me las vas a pagar, pensé. Te voy a pillar el culo como no te

lo han pillado nunca.

Luego tomé la desviación a la Autopista del Puerto, cogí la carretera 110 en dirección sur y fui conduciendo sin saber apenas adonde iba.

Seguí la Autopista del Puerto hasta el final. Llegué a San Pedro. Seguí Gaffey abajo, giré a la izquierda en la calle 7, pasé unas cuantas manzanas, cogí a la derecha en Pacífico, seguí conduciendo y vi un bar, El Perro Sediento, aparqué y entré. Dentro estaba oscuro. La tele estaba apagada. El camarero era un viejo, parecía tener unos 80 años, todo blanco, pelo blanco, piel blanca, labios blancos. Había otros dos viejos allí sentados, blancos como la tiza. Parecía que la sangre hubiera dejado de circular por todos ellos. Me recordaron a las moscas en una tela de araña, ya secas después de que les hubieran chupado hasta la última gota. No se veía ninguna bebida. Todos estaban inmóviles. Una quietud blanca.

Yo me quedé de pie en la puerta mirándoles. Por fin, el camarero pronunció un sonido:

—¿Est...?

—¿Ha visto alguien a Cindy, a Céline o al Gorrión Rojo? —pregunté.

Se quedaron mirándome. Uno de los clientes apretó los labios hasta formar un orificio húmedo. Estaba intentando hablar. No lo consiguió. El otro bajó la mano y se rascó las pelotas. O el sitio en el que las había tenido.

El camarero siguió inmóvil. Parecía una silueta de cartón. Una silueta vieja. De pronto me sentí joven.

Fui andando hacia dentro y me senté en un taburete de la barra.

—¿Hay alguna posibilidad de que me pongan una copa? —pregunté.

—Est... —dijo el camarero.

—Un vodka 7, no hace falta que le ponga lima.

Y ahora, a reposar el culo cuatro minutos y medio y a olvidarse del asunto. Eso es lo que le llevó al camarero ponerme el vodka.

—Gracias —le dije—, y ahora, por favor, vaya poniéndome otro, aprovechando que está en movimiento.

Le di un sorbo a mi copa. No estaba mal. El camarero tenía mucha práctica.

Los otros dos viejos seguían allí sentados mirándome.

—Bonito día, ¿verdad, amigos? —les pregunté.

No contestaron. Me dio la sensación de que no respiraban. ¿No se supone que hay que enterrar a los muertos?

—Escuchad, amigos, ¿cuándo fue la última vez que uno de vosotros le bajó las bragas a una mujer?

Uno de los viejos empezó a decir:

—Je, je, je, je.

—Ah, ¿anoche?

—Je, je, je, je.

—¿Y estuvo bien?

—Je, je, je, je.

Me estaba deprimiendo. Mi vida no conducía a ninguna parte. Necesitaba algo, los destellos de las luces, el glamour, alguna maldita cosa, y allí estaba, hablando con los muertos.

Me acabé la primera copa. La segunda estaba preparada.

Dos tipos entraron por la puerta con la cara cubierta con medias. Deposité mi segunda copa sobre la mesa.

—¡MUY BIEN! ¡QUE NADIE HAGA TONTERÍAS! ¡LAS CARTERAS, LOS ANILLOS Y LOS RELOJES SOBRE LA BARRA! ¡AHORA MISMO! —gritó uno de los tipos.

El otro saltó a la parte de dentro de la barra y fue corriendo hasta la caja registradora. Empezó a aporrearla.

—EH, ¿CÓMO SE ABRE ESTA JODIDA MÁQUINA?

Miró a su alrededor, vio al camarero.

—EH, ABUELO, ¡VEN AQUÍ Y ABRE ESTO!

Le apuntó con su revólver. De pronto el camarero sabía moverse. En un segundo estuvo junto a la caja y la había abierto.

El otro tipo estaba metiendo lo que habíamos dejado sobre la barra en un saco.

—¡COGE LA CAJA DE LOS PUROS! ¡DEBAJO DE LA BARRA! —le gritó a su compañero.

El tipo que estaba por dentro de la barra iba echando el dinero de la caja en un saco. Encontró la caja de los puros. Estaba llena. La echó al saco y saltó por encima de la barra.

Entonces los dos se quedaron allí de pie unos instantes.

—*Estoy como loco* —dijo el tipo que había saltado la barra.

—Déjalo, nos vamos —dijo el otro tipo.

—ESTOY COMO LOCO —gritó el primero. Apuntó con el revólver al camarero. Hizo tres disparos. Todos al vientre. El viejo dio tres sacudidas. Luego cayó al suelo.

—¡JODIDO LOCO! ¿PARA QUÉ HAS HECHO ESO? —le gritó su compinche.

—¡NO ME LLAMES LOCO! ¡TE MATARÉ A TI TAMBIÉN! —dijo a voces, y se volvió hacia su compañero apuntándole con su pistola. Pero era demasiado tarde. Un disparo le atravesó la nariz y le salió por la nuca. Cayó arrastrando consigo un taburete de la barra. El otro tipo salió corriendo por la puerta. Yo conté hasta cinco y después salí corriendo detrás. Los otros dos viejos seguían vivos cuando me largué. Creo.

Llegué a mi coche enseguida. Salí del arcén, recorrí una manzana, giré a la derecha y bajé por una lateral. Luego reduje la velocidad y seguí conduciendo. Entonces oí una sirena. Encendí un cigarrillo con el mechero del salpicadero y puse la radio. Había música rap. No entendía lo que el tipo estaba rapeando.

No sabía si volver a mi casa o a la oficina.

Acabé en un supermercado empujando un carrito. Cogí 5 pomelos, un pollo asado y un poco de ensalada de patata. Una botella de vodka de ¼ y papel higiénico.

De vuelta en mi apartamento me lancé al pollo y la ensalada de patata. Tiré un pomelo que rodó por la alfombra. Me sentía frustrado. Todo se me ponía en contra.

Entonces sonó el teléfono. Escupí un ala de pollo medio cruda y contesté:

—¿Sí?

—¿El señor Belane?

—¿Sí?

—Ha ganado usted un viaje a Hawai —dijo alguien.

Colgué. Entré en la cocina y me serví un vodka con agua mineral más unas gotas de salsa de tabasco. Me senté con mi copa, le di un traguito y entonces oí unos golpecitos en la puerta. Aquella forma de golpear me daba mala espina, pero de todos modos dije:

—¡Entre!

Me arrepentí. Era mi vecino, el del 302, el cartero. Los brazos siempre le colgaban de un modo gracioso. La mente, también. Nunca te miraba a ti sino a algún punto por encima de tu cabeza. Como si estuvieras más atrás de donde en realidad estabas. También hacía algunas otras cosas raras.

—Hola, Belane, ¿tienes algo de beber?

—En la cocina, sírvete tú mismo.

—Bien.

Entró en la cocina, silbando «Dixie».

Luego salió andando con mucha calma y con un vaso en cada mano. Se sentó frente a mí.

—No quería quedarme corto —dijo señalando los dos vasos.

—¿Sabes que eso se vende en muchos sitios? —le informé—. Deberías abastecerte.

—Dejemos eso... mira, Belane, he venido a hablar en serio.

Se acabó el vaso que tenía en la mano derecha y lo estrelló contra la pared. Eso lo había aprendido de mí.

—Mira, Belane, he venido para que tú y yo nos situemos en el camino de lograr la abundancia.

—Bien, bien, bien —le dije—, a ver, cómo es eso.

—Loco Mike. Corrió el otro día. Más rápido que la lengua de un leproso por la teta de una virgen. Hizo el primer cuarto en 21 segundos. Llegó como un rayo a la recta con 5 cuerpos de ventaja, al final sólo le sacaron cuerpo y medio. De 20 mil dólares está bajando a 15 mil. A una liebre como ésa no le verán más que el agujero del culo. El *Racing Form* le ha puesto 15 a 1. ¡Un robo! ¡Y vamos a medias, compañero!

—¿Por qué a medias conmigo? ¿Por qué no te lo llevas tú *todo*?

Se acabó la segunda copa. Luego miró a su alrededor. Levantó el vaso.

—¡Quieto ahí! —le dije—. Estrella ese vaso y tendrás dos agujeros en el culo.

—¿Ehh?

—Piénsalo.

El cartero posó su vaso suavemente.

—¿Hay algo más de beber?

—Ya sabes dónde. Sírvenme otra a mí.

Fue a la cocina. Yo sentía que la paciencia se me estaba acabando. Luego salió y me pasó uno de los vasos.

—¡Quieto! —le dije—, voy a beberme el otro.

—¿Y eso por qué?

—Está más cargado.

Me pasó el otro vaso y después se sentó.

—Y ahora, saca de correos, como te iba diciendo, ¿por qué a medias conmigo?

—Bueno, pues...

—Sí, sigue...

—Estoy un poco mal de pasta. No tengo con qué apostar. Pero después de dar en el blanco te podré pagar con los beneficios.

—No me gusta cómo suena eso.

—Mira, Belane, sólo necesito un pellizco pequeño.

—¿Cuánto?

—20 dólares.

—Eso es un montonazo de dinero.

—10 dólares.

—¿10 jodidos dólares?

—De acuerdo, 5 dólares.

—¿Cómo?

—2 dólares.

—¡Lárgate a hacer puñetas!

Se acabó su copa y se puso de pie. Yo me acabé la mía. Él seguía allí.

—¿Cómo es que están por el suelo todos esos pomelos? —me dijo.

—Porque a mí me gusta así.

Me levanté y me dirigí hacia él.

—Hora de irse, amigo.

—¿Hora de irse? Me iré cuando me dé la gana.

Las copas le habían envalentonado. Suele suceder.

Le lancé un puñetazo a la barriga. Llevaba puestas mis nudilleras metálicas así que a punto estuve de atravesarle.

Cayó al suelo.

Le pasé por encima y recogí algunos trozos de cristal roto que había por el suelo. Luego volví, le abrí la boca y se los metí. Luego le froté las mejillas y le di unos cachetes. Los labios se le enrojecieron aún más.

Después seguí tomándome mi copa. Pasaron unos 45 minutos, calculo, y el cartero empezó a moverse. Giró sobre sí mismo, escupió un trozo de cristal y empezó a arrastrarse a cuatro patas hacia la puerta. Daba pena verlo. Se arrastró derecho hacia la puerta. Yo la abrí y salió arrastrándose pasillo adelante hacia su apartamento. Tendría que observarle en el futuro.

Cerré la puerta.

Me senté y encontré en el cenicero medio puro apagado. Lo encendí, le di una calada, no tiraba. Lo volví a intentar. No estaba demasiado mal.

Me sentía introspectivo.

Decidí no hacer nada más durante ese día. La vida agota a un hombre, le consume. Mañana sería otro día.

Al día siguiente volví a la librería de Red. Volvía a estar con el caso Céline. El hipódromo estaba cerrado y el día estaba nublado. Red estaba poniéndoles los precios a algunos ejemplares raros.

—¿Qué tal si vamos a Musso's? —me preguntó.

—No puedo, Red. Mírame. Estoy como si no hiciera otra cosa que comer.

Me eché el abrigo hacia atrás. La tripa se me salía empujando a través de la camisa. Me había saltado un botón.

—Deberías ir a hacerte una succión de grasa. Te va a dar un ataque al corazón. Te succionan la grasa con un tubo. La puedes poner en un frasco y verla, eso te recuerda que tienes que dejar los donuts con gelatina.

—Lo pensaré. ¿Quieres un pomelo?

—¿Un pomelo? Eso no hace engordar.

—Ya lo sé pero he tropezado con uno al levantarme esta mañana. Son peligrosos.

—¿Dónde has dormido, en la nevera?

Suspiré.

—Oye, vamos a cambiar de tema. ¿Conoces a ese tipo que se parece a Céline?

—Ah, ése...

—Ése. ¿Ha estado por aquí últimamente?

—Desde que tú estuviste, no. ¿Le estás siguiendo la pista a ese pájaro?

—Podría decirse que sí.

Y entonces, de pronto, entró. Céline.

Se deslizó por delante de nosotros, siguió pasillo adelante y cogió bruscamente un libro.

Fui hacia allá y me acerqué a él. Me acerqué mucho. Tenía un ejemplar firmado de *Mientras agonizo*. Entonces se fijó en mí.

—En los viejos tiempos —dijo— las vidas de los escritores eran más interesantes que sus obras. Hoy en día ni sus vidas ni sus obras son interesantes.

Devolvió el Faulkner a su sitio.

—¿Vive usted por aquí? —le pregunté.

—Puede ser, ¿y usted?

—Antes tenía usted acento francés, ¿verdad? —le pregunté.

—Puede ser. ¿Y usted?

—Oh, en absoluto. Oiga, ¿nunca le han dicho que se parece a alguien?

—Todo el mundo, más o menos, se parece a alguien. Oiga, ¿tiene un cigarrillo?

—Por supuesto.

Saqué mi paquete.

—Por favor —me dijo—, coja uno, enciéndalo y fúmeselo. Eso le mantendrá ocupado.

Empezó a caminar hacia la salida.

Encendí el cigarrillo, le di una calada y, después, le seguí. Le hice una seña de despedida a Red y luego salí a la calle. Justo a tiempo de verle meterse en un Fiat, modelo del 89, que estaba en el arcén. ¿Y quién estaba aparcado justo detrás de él? Mi Escarabajo estaba aparcado justo detrás de él.

¡Qué suerte! Eso para que le den por culo a la ley de probabilidades. Era la primera vez que encontraba dónde aparcar desde hacía meses. Entré de un salto, salí como una bala y me puse a seguirle.

Bajó por Hollywood Boulevard en dirección al este. Señora Muerte, pensé, mírame, a tu servicio.

Después casi le pierdo en el siguiente semáforo, pero me colé cuando empezaba a ponerse en rojo. Ningún problema excepto una vieja dama de un Cadillac que me llamó una cosa fea. Yo sonreí.

Céline y yo llegamos enseguida a la Autopista de Hollywood mientras el sol abrasaba a través de las nubes. Seguía teniendo a Céline a la vista. Me encontraba bien. Quizá debiera ir a que me succionaran la grasa con un tubo. Todavía era un hombre joven. Tenía la vida por delante.

Después Céline tomó la Autopista del Puerto.

Después tomó la de Santa Mónica.

Después tomó la de San Diego. Dirección sur.

Después Céline hizo un giro y yo le fui siguiendo. El terreno me resultaba familiar. Le fui siguiendo como a una media manzana. Esperaba que no fuera mirando demasiado por el espejo retrovisor.

Después le vi aminorar, hacerse a un lado y detenerse.

Salió del coche y se puso a andar calle abajo, pasó por delante de unas pocas casas y luego cruzó mirando por encima de los hombros. Se detuvo, volvió a mirar a su alrededor y luego se metió por el camino de entrada de una casa. Se paró en el porche, miró a su alrededor y dio unos golpecitos en la puerta. Era una casa grande y su aspecto me resultaba familiar.

La puerta se abrió y Céline entró.

Salí del arcén y fui conduciendo despacio. Era la casa de Jack Bass. Digan eso muy deprisa. No eran más que las 2.30 de la tarde. El Mercedes rojo de Cindy estaba aparcado en la entrada.

Di la vuelta a la manzana y aparqué donde siempre.

Iba a matar dos pájaros de un tiro. Iba a descubrir a Céline y a pillarle el culo a Cindy.

Tendría que darles un poco de tiempo. Diez minutos.

Cuando yo iba a la escuela primaria teníamos una maestra que nos preguntó: «¿Qué quieres ser cuando seas mayor?». Y casi todos los niños dijeron que querían ser bomberos. Es una estupidez. Puedes quemarte. Unos pocos dijeron que querían ser médicos o abogados, pero nadie dijo: «Quiero ser detective». Y ahora resulta que yo lo soy. Ah, bueno, cuando me preguntó a mí, le contesté: «Yoquesé...».

Los diez minutos habían pasado. Cogí mi minicámara, abrí la puerta del coche de una patada, y me dirigí hacia la casa. Temblaba un poco, tomé aire y subí la escalera hasta la puerta. La cerradura no era problema. En 45 segundos estaba dentro.

Fui andando por el vestíbulo y luego oí voces. Llegué hasta una puerta.

Estaban allí dentro. Oí sus voces. Hablaban en tono bajo. Me pegué a la puerta y escuché.

Oí a Céline.

—Necesitas hacerlo... Ya lo sabes...

—Yo... —oí que decía Cindy—. No estoy segura... Supón que Jack se entera...

—Nunca lo sabrá.

—Jack es un hombre violento...

—Nunca lo sabrá. Es por tu bien...

Cindy se rió.

—¿Mi bien? ¿Es que tú no vas a sacar nada?

—Por supuesto que sí. Ten, ten, mira, cógelo con las manos... Es una manera de empezar...

Esperé unos segundos, luego le di una patada a la puerta y entré de un salto con mi cámara. La tenía preparada y enfocada.

Estaban sentados junto a una mesita baja y parecía que Cindy estaba firmando unos papeles. Levantó la mirada y dio un grito.

—Ohh, mierda —dijo. Bajé la cámara.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Céline—. ¿Conoces a este tipo?

—No le he visto en mi vida.

—Yo sí —dijo Céline—. Anda por una librería haciéndome preguntas estúpidas.

—Voy a llamar a la policía —dijo Cindy.

—Quieta ahí —dije—. Puedo explicarlo todo.

—Más vale que sea una buena explicación —contestó Cindy.

—Más vale —dijo Céline.

No se me ocurría nada y simplemente me quedé allí de pie.

—¡Voy a llamar a la policía ahora mismo! —dijo Cindy.

—¡Quieta ahí! —le dije—. Su marido, Jack Bass, me ha contratado. Soy detective.

—¿Contratado? ¿Para qué?

—Para pillarle el culo.

—¿Para pillarme el culo?

—Sí.

—Yo sólo estaba intentando hacerle un seguro a esta señora —dijo Céline— y usted irrumpe aquí a la caza con una cámara.

—Lo siento. Ha sido un error. Le ruego que me permita rectificar.

—¿Cómo demonios va a rectificar? —preguntó Céline.

—Ahora mismo no lo sé. Lo siento una barbaridad. Ya encontraré cómo arreglar

esto. De verdad.

—Este tipo es una especie de memo —dijo Cindy—. ¡Es un enfermo mental!

—Lo siento. Ahora me voy, pero me pondré en contacto con ustedes para hablar de todo esto.

—¡Le vamos a entregar a la policía! —empezó a decir Cindy.

—Tengo que irme —dije yo.

—Oh, no —dijo Cindy—. ¡Usted no va a ninguna parte!

Apretó un timbre mientras yo me daba la vuelta para salir por la puerta. Pero allí había un facsímil considerable de King Kong. Era monstruoso. Se dirigió lentamente hacia mí.

—Eh, chico —le pregunté—, ¿quieres un caramelo?

—Tú eres mi caramelo, imbécil.

—¿Qué tal un juguete? ¿Qué tipo de juguetes te gusta?

King Kong ignoró mi pregunta. Se volvió hacia Cindy.

—¿Quiere que le mate?

—No, Brewster, simplemente sujétale para que tenga que estarse quietecito un rato.

—De acuerdo.

Se dirigió hacia mí.

—Brewster —le dije—, ¿a quién has votado para presidente?

—¿Ehhh?

Se paró para pensarlo.

Cogí la minicámara y la lancé directa a su zona recreativa. Dio justo en el blanco. Se dobló hacia adelante agarrándose las partes.

Me acerqué a toda prisa, cogí la cámara y le di con ella en el cogote. Oí un ruido de cristales rotos.

King Kong se tambaleó. Cayó de cara contra el sofá. La mitad del cuerpo quedó sobre el sofá y el resto en otra parte.

Yo di un paso hacia adelante y recogí lo que quedaba de la cámara. Miré a Cindy.

—Te pillaré el culo.

—¡Este hombre está loco! —gritó.

—Creo que tienes razón —dijo Céline.

Giré sobre los talones y salí de allí a toda pastilla. Otro día desperdiciado.

Al día siguiente yo estaba en mi oficina. Todo parecía estar en punto muerto. Había sido una noche terrible. Había intentado emborracharme para dormirme. Pero las paredes de mi apartamento eran muy delgadas. Oí todo lo de la casa de al lado...

—Oye, nena, tengo el nabo lleno de engrudo y si no lo vacío, ¡me va dar una apoplejía o algo!

—Eso es problema tuyo, macho.

—¡Pero estamos casados!

—Eres demasiado repugnante.

—¿Qué? Nunca me lo habías dicho.

—Lo acabo de decidir.

—Pero la leche se me va a salir por las orejas, nena. ¡Tengo que hacer algo!

—¡Pues arréglatelas sin mí, pichatiesa!

—De acuerdo, de acuerdo, ¿dónde está el gato?

—¿El gato? Ah, no, hijo de puta, no, ¡con *Tinker Bell* no!

—¿Dónde está ese condenado gato? Le he visto hace un minuto.

—¡No te atrevas! ¡No te atrevas! ¡Con *Tinker Bell* no!

No conseguí coger una cogorza suficiente como para dormirme.

Simplemente me quedé allí sentado, sirviéndome copas. No hubo suerte.

Y, como iba diciendo, a la mañana siguiente volvía a estar en mi oficina. Me sentía totalmente inútil. Era un inútil. Había miles de millones de mujeres por ahí fuera y ninguna emprendía el camino de mi puerta. ¿Por qué? Porque era un perdedor. Era un detective incapaz de resolver nada.

Miré a la mosca que se paseaba por mi escritorio y me apresuré a sumirla en la oscuridad.

Entonces se me encendió una bombilla. Me puse de pie de un salto.

Céline estaba intentando hacerle *un seguro* a Cindy. *Un seguro de vida* a costa de Jack Bass. ¡Estaban intentando quitarlo de en medio y que pareciera natural! ¡Los dos estaban en ello! Ya los tenía por las pelotas. Bueno, tenía a Céline por las pelotas y a Cindy..., bueno, a ella le pillaría el culo. Jack Bass tenía un problema serio. Y la señora Muerte quería a Céline. Y yo seguía sin encontrar al Gorrión Rojo. Pero sentía que avanzaba hacia algo. Algo gordo. Me saqué la mano del bolsillo y descolgué el teléfono. Luego colgué. ¿A quién demonios pensaba llamar? Sabía qué hora era. Y Jack Bass estaría a tope. Tenía que pensar. Intentaba pensar. La mosca seguía paseándose por mi escritorio. Enrollé el *Racing Form*, traté de aplastarla y no lo conseguí. No era mi día. Ni mi semana, ni mi mes, ni mi año. Ni mi vida. ¡Maldita sea!

Me recosté de nuevo en la silla. Nacido para morir. Nacido para vivir como una rata acosada. ¿Dónde estaba el coro de las chicas? ¿Por qué me sentía como si estuviera asistiendo a mi propio funeral?

La puerta se abrió de golpe. Y allí estaba Céline.

—¡Tú! —dije—. Tenías que ser tú.

—Conozco esa canción —me dijo.

—¿Nunca llamas a la puerta antes de entrar?

—Depende —dijo Céline—. ¿Te importa que me sienta?

—Pues sí, pero hazlo.

Alargó la mano hasta mi caja de puros, sacó uno, le quitó la vitola, arrancó de un mordisco el extremo, sacó un encendedor, lo encendió, le dio una calada y soltó una bocanada de humo magnífica.

—Los venden, ¿sabes? —le dije.

—¿Y qué es lo que no se vende?

—El aire. Pero ya lo harán y, ahora, ¿qué es lo que quieres?

—Bueno, amigo mío...

—Corta esa mierda de rollo...

—Muy bien, muy bien, veamos...

Céline puso los pies sobre mi escritorio.

—¡Bonitos zapatos! —le dije—. ¿Los compras en Francia?

—En Francia, en Schmantz, ¿qué más da?

Lanzó otra bocanada de humo.

—¿Por qué estás aquí?

—Buena pregunta —contestó—. Ha atormentado a la humanidad durante siglos.

—¿Atormentado?

—¡Por amor de Dios! No seas tan quisquilloso. Te comportas como si hubieras tenido una infancia desgraciada.

Bostecé.

—Bien —dijo—, las cosas están así. Tienes por lo menos dos buenas mierdas encima: allanamiento de morada y malos tratos de palabra y obra.

—¿Qué?

—Brewster es ahora un eunuco. Le aplastaste las pelotas con aquella cámara, parecen una pareja de higos secos. Canta con voz de ultrasoprano.

—¿Y qué?

—Conocemos el paradero del culpable, el allanador de morada, el que privó de su masculinidad a otro.

—¿Y qué?

—Es posible que se informe a la policía.

—¿Tienes alguna prueba?

—Tres testigos.

—Eso es una multitud.

Céline bajó los pies, se inclinó sobre el escritorio hacia mí, mirándome fija y directamente a los ojos.

—Belane, necesito un préstamo de diez mil dólares.

—Lo tengo. ¡Lo tengo! ¡Chantaje! ¡Cerdo! ¡Chantaje!

Sentí que me subía una gran excitación. Me sentía bastante bien.

—No es un chantaje, gilipollas. Sólo te estoy pidiendo un préstamo de diez mil dólares. Un préstamo, ¿entiendes?

—¿Un préstamo? ¿No tienes parientes?

—No, coño.

Me puse de pie al otro lado de mi escritorio.

—¡Maldito reptil! ¿Crees que me voy a quedar sin hacer nada después de esto?

Fui hacia él rodeando mi escritorio.

—¡AHORA! ¡BREWSTER! —dijo gritando.

La puerta se abrió y entró mi viejo amigo Brewster.

—Hola, señor Belane —me dijo en un tono de voz muy agudo. Pero eso no le hacía parecer menor. Era el hijo de puta más grande que había visto en mi vida. Fui rodeando el escritorio hacia el cajón, lo abrí y saqué mi 45. Lo levanté y lo dirigí hacia él.

—Oye, hijo —le dije—, este chisme puede parar un tren. ¿Quieres hacer que eres una locomotora? ¡Venga, venga, locomotora, chu-chu-chu! ¡Ven hacia mí por la vía, que te voy a hacer descarrilar! ¡Venga, locomotora, venga!

Quitó el seguro y apuntó a su enorme barriga.

Brewster se detuvo.

—No me gusta este juego.

—De acuerdo —le dije—. ¿Ves esa puerta de ahí?

—Uhh, uhh.

—Es la puerta del lavabo. Ahora quiero que entres ahí y te sientes en la taza. Me importa un bledo si te bajas los pantalones o no. Pero quiero que entres y te sientes en la taza hasta que yo te diga que salgas.

—De acuerdo.

Se dirigió hacia la puerta, la abrió, cerró y se quedó allí dentro. ¡Qué penoso montón de peligrosa estupidez!

Luego apunté a Céline con mi 45.

—¡Tú! —le dije.

—Belane, estás de coña.

—Yo siempre estoy de coña. Y ahora tú... entra ahí con tu muchacho. ¡Venga! ¡Ya!... muévete.

Céline dejó el puro, luego se dirigió despacio hacia la puerta del cagadero. Yo iba detrás. Le empujé con mi 45.

—¡Entra ahí!

Entró y cerró la puerta. Yo le eché la llave. Luego fui a mi escritorio y empecé a empujarlo lentamente hacia la puerta del cagadero. Era un escritorio que pesaba mucho. Avanzaba centímetro a centímetro. Era un infierno. Me llevó diez minutos moverlo 3 metros. Lo dejé directamente contra la puerta.

—Belane —oí decir a Céline a través de la puerta—, déjanos salir y olvidamos el asunto. No necesitaré el préstamo. No iré a la pasma. Brewster no te hará daño. Y me ocuparé de Cindy.

—Oye, chico, de Cindy me ocuparé yo. Voy a pillarle el culo.

Los dejé allí. Cerré con llave la puerta de la oficina, recorrí el pasillo y cogí el ascensor para bajar. De pronto me sentí mejor. El ascensor llegó a la planta baja y yo salí a la calle. Al primer vagabundo que se me acercó le di un dólar. Al segundo le dije que acababa de dar un dólar a otro vagabundo. Al tercero, lo mismo, etc. Ese día no había ni contaminación. Yo avanzaba con un propósito. Había tomado una decisión sobre qué iba a almorzar: gambas y patatas fritas. Mis pies tenían buen aspecto al moverse sobre el pavimento.

Después de haber comido aparqué a media manzana de la casa de Cindy. Su Mercedes rojo estaba aparcado en la rampa de acceso. Probablemente estaría esperando que Céline y Brewster volvieran. ¡Lo tenía claro! Puse la radio para oír las noticias.

—Estúpido —dijo una voz que salía por la radio—. ¡No estás haciendo ningún progreso!

—¿Quién? ¿Yo? —pregunté.

—Tú eres el único que está aquí sentado, ¿no?

Miré a mi alrededor.

—Sí —dije—. Soy el único.

—Pues entonces empieza a levantar el culo.

Era la voz de la señora Muerte la que salía por la radio.

—Oye, nena, en este momento estoy trabajando en el caso. Estoy de vigilancia.

—¿A quién estás vigilando?

—A una conexión de Céline. Todo encaja.

—Igual que tus zapatos. ¿Dónde está Céline?

—En un cagadero con un eunuco de 180 kilos.

—¿Y qué hace allí?

—Le he dejado allí para que se vaya calmando.

—No quiero que le hagas daño. Es mío.

—No le voy a hacer daño, nena, palabra de honor.

—Belane, a veces pienso que eres subnormal.

—CAMBIO Y FUERA —dije gritando, y apagué bruscamente la radio. Luego me quedé allí simplemente sentado mirando el Mercedes rojo y pensando en Cindy. Llevaba conmigo mi minicámara de reserva. Empecé a sentirme eufórico ante la acción que se avecinaba. Se me ocurrió la idea de que podía colarme en el edificio y conseguir algo. Tal vez podría cazar alguna conversación suya por teléfono. Tal vez podría dar con alguna pista. Claro que era peligroso. A plena luz del día. Pero yo me creía ante el peligro. Eso me hacía sentir un hormigueo en las orejas y se me apretaba el agujero del culo. Sólo se vive una vez, ¿no? Bueno, excepto en el caso de Lázaro. Pobre gilipollas, tuvo que morirse dos veces. Pero yo era Nick Belane. Sólo se monta uno en el tiovivo una vez. La vida es de los osados.

Me deslicé fuera del coche con mi minicámara. Llevaba también un maletín para despistar. Me calé el sombrero por encima del ojo izquierdo y me dirigí hacia la casa. Mi sensor interno estaba agudizado al máximo. Algo estaba ocurriendo en aquella casa. Lo sentía vivamente. Con la excitación hasta me mordí la lengua. Escupí un poco de sangre y me dirigí a la puerta. Seguía sin ser un problema. En 47 segundos estaba dentro.

Caminé por el vestíbulo aguzando el oído. Empecé a pensar que oía voces. Las

oía. Las de un hombre y una mujer. Me detuve al pie de las escaleras. Sí, las voces venían de arriba. Subí las escaleras despacio. Oí las voces con más nitidez. Reconocí la de Cindy. Seguí avanzando y me detuve junto a la puerta. Evidentemente era la puerta de un dormitorio. Me pegué a ella.

Oí reírse a Cindy.

—¿Qué piensas hacer con eso?

—¡Adivínalo, nena! He esperado tanto tiempo.

—Pues has llegado al sitio adecuado, fortachón.

—Te voy a echar un polvazo que te vas a enterar, nena.

—¿Ah, sí?

—¡So puta!

Oí a Cindy que volvía a reírse. Luego, silencio. Hubo un rato de silencio. Luego el asunto empezó a ponerse ruidoso. Oí respirar fuerte y un sonido de ligeras arremetidas, además de los muelles de la cama.

—¡Ahh! ¡Ahh! ¡Dios mío! —oí que decía Cindy.

Dejé en el suelo el maletín, puse en marcha la cámara y abrí la puerta de una patada.

—¡TE PILLÉ EL CULO!

—¿QUÉEE? —dijo el tipo volviéndose. Cindy bajó las piernas y DIO UN GRITO.

El tipo saltó al suelo y se me puso de frente. Un horrible gordo hijo de puta.

—¿QUÉ COÑO ES ESTO? —dijo gritando.

Era Jack Bass. ¡Por Dios bendito! ¡Era Jack Bass!

Giré sobre los talones y empecé a correr escaleras abajo.

—¡VAYA MIERDA! —grité.

Fui hacia la puerta. Mientras la abría, por el rabillo del ojo vi a Jack Bass en pelotas. Tenía algo en la mano. Una pistola. Disparó. La bala hizo que el sombrero me girara alrededor de la cabeza. Volvió a disparar. Sentí la muerte pasando rauda junto a mi oreja derecha. Luego fui en un sprint por la acera. Me abalancé por la calle donde estaba mi coche. Demasiado tarde. Vi algo en mi camino: un viejo que iba pedaleando en su bicicleta y comiéndose una manzana. Choqué directamente contra él y le dejé enredado entre las ruedas de su bicicleta que giraban sobre el asfalto.

En un abrir y cerrar de ojos estuve dentro de mi Escarabajo y salí con el coche chirriando del arcén. El viejo se estaba levantando despacito. Hice un viraje para esquivarlo y me subí del arcén a la acera. Luego pasé echando chispas junto a la casa de Jack Bass. Estaba de pie en la puerta de entrada, aún en pelotas, e hizo 3 disparos más. Uno atravesó justo al monito que llevaba colgado del espejo retrovisor. El otro pasó entre mí y la nada. El tercero se coló a través del asiento delantero, del lado del copiloto, dio en la guantera e hizo un agujero.

Enseguida estuve lejos de allí. Fui zigzagueando por media docena de calles laterales. Luego encontré un boulevard y me metí entre el tráfico. Hacía un día típico

de Los Ángeles: contaminación, medio nublado y sin llover desde hacía meses.

Entré en un McDonald's, pedí una de patatas fritas grande, un café y un trozo de pollo en un panecillo.

Volví a la oficina. Brewster y Céline habían logrado salir del cagadero. Habían destrozado la puerta. Empujé mi escritorio hasta su sitio. Me llevó 15 minutos.

Me senté e intenté que las piezas de todo aquello encajaran.

Ahora todo el mundo iba tras de mí: Céline, Brewster, Cindy, Jack Bass y la señora Muerte. Quizás hasta incluso Barton.

Ya no estaba seguro de quiénes eran mis clientes, ni siquiera de si tenía todavía alguno.

Podían arrestarme por cualquier tipo de delitos recientes. O alguien podía venir por mí. La oficina era un sitio peligroso para estar. Comprobé si el 45 estaba en su funda. Seguía allí. Buen chico. Bueno, no me sacarían de mi oficina. Un detective sin oficina no es un detective.

Y seguía sin saber si Céline era Céline y tenía que encontrar al Gorrión Rojo. Nada había cambiado.

Había sido un día muy largo. Puse los pies sobre el escritorio, me eché para atrás en el sillón y cerré los ojos. Enseguida me quedé dormido.

En el sueño yo estaba sentado en un barucho. Estaba bebiendo un whisky doble con soda. Estaba solo en el bar, a excepción del camarero, que parecía un hombre bastante confuso. Estaba sentado en el otro extremo de la barra leyendo *The National Enquirer*. Entonces entró un tipo realmente mierdoso y con aspecto de crápula. Necesitaba un buen afeitado, necesitaba un corte de pelo, necesitaba un baño. Iba vestido con un sucio impermeable amarillo que le llegaba hasta la parte superior de los zapatos. Bajo el impermeable se podía ver una camiseta blanca y una corbata naranja descolorida. Vino hacia mí como un viento apestoso. Se sentó en el taburete que había a mi lado. Yo di un sorbo a mi copa. El camarero miró. Nuestras miradas se encontraron.

—Estoy hambriento —dijo el camarero—. Estoy tan hambriento que me comería un caballo.

—Me gustaría que fuera uno de esos a los que he apostado —dije yo.

No era extraño que tuviera un aire confuso. No valía gran cosa. Estaba más delgado que un raíl. Las mejillas hundidas, delgadas como papel. Miré hacia otro lado.

El otro tipo seguía en el taburete de al lado.

—Pst... —empezó.

Yo no le hice caso. Volví a mirar al camarero.

—Oiga —le dije—, me voy a acabar la copa, así podrá usted cerrar, ir a algún sitio y comer algo.

—Gracias —me contestó—. Tengo que tener abierto. Pero estoy bien. Ya se me ocurrirá algo.

—Pst... —volvió a hacer el tipo que estaba a mi lado.

—Déjame en paz, amigo —le dije.

—Tengo información...

—No la necesito. Leo los periódicos.

—Es información que no viene en los periódicos.

—¿Sobre qué?

—El Gorrión Rojo.

—Eh, camarero —dije a voces—, ¡una copa para este caballero! Póngale un ron con Coca-Cola.

El camarero se puso a ello.

—¿Vive usted en Redondo Beach? —me preguntó aquel tipo.

—En Hollywood Este.

—Conozco a un tipo que se parece a usted, vive en Redondo Beach.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Llegó la bebida. Se la bebió de un trago.

—Yo tenía un hermano —dijo—, vivía en Glendale. Se suicidó.

—¿Se parecía a ti? —le pregunté.

—Ajá.

—Entonces se comprende.

—Tengo una hermana, vive en Burbank.

—Corta el rollo.

—No es un rollo.

—Quiero que me hables del Gorrión Rojo.

—Claro. Le voy a poner sobre la pista.

—¿Y bien?

—Tengo sed.

—¡Camarero! —dije a gritos—. ¡Otro ron con Coca-Cola para este caballero!

El tipo se puso a esperar su copa. Llegó. Se la echó garganta abajo. Luego se volvió y me miró con ojos brillantes, legañosos, vacíos.

—Tengo al Gorrión conmigo —me dijo.

—¿Qué?

—Quiero decir que lo tengo en el bolsillo.

—¡Fantástico! Veámoslo.

Se puso a hurgar en un bolsillo. Siguió hurgando.

—Hmmm... parece que no lo encuentro...

—¡Gilipollas! ¡Te estás quedando conmigo! Te voy a moler a palos.

—Sé que lo tenía por aquí.

—Te voy a retorcer el pescuezo, imbécil.

—Espera... espera... aquí... sí. En el otro bolsillo. Es que estaba buscando en el bolsillo que no era.

—¿Ah, sí?

—Sí, mire... mire... aquí está... ¡el Gorrión Rojo!

Se lo sacó del bolsillo y lo puso sobre la barra. Miré. Era un pichón muerto.

—Eso es un pichón muerto —le dije.

—No —me contestó—. Es el Gorrión Rojo.

Puse unos billetes sobre la barra para pagar las copas y luego me puse de pie y agarré al tipo por el cuello de su inmundo impermeable. Le fui empujando hacia la puerta y le eché a la calle. Me di la vuelta para cerrar la puerta y vi al camarero. Tenía el pichón en la mano y se lo estaba comiendo a mordiscos. Tenía la boca llena de plumas y de sangre. Me guiñó un ojo.

Entonces sonó el teléfono de mi mesa y me desperté.

Cogí el teléfono.

—Agencia de Detectives Belane...

—Me llamo Grovers, Hal Grovers. Necesito que me ayude. La policía se ríe de mí.

—¿De qué se trata, señor Grovers?

—Un ser extraterrestre me persigue.

—Ja, ja, ja. ¡Venga, señor Grovers!

—¿Ve? Todo el mundo se ríe de mí.

—Perdone, Grovers. Pero antes de que siga hablando tengo que decirle cuál es mi tarifa.

—¿Cuál es?

—6 dólares la hora.

—No creo que eso sea un problema.

—Nada de cheques sin fondos o acabará llevando los güitos en una bolsita, ¿me ha entendido?

—El dinero no es el problema —me dijo—, es esa mujer.

—¿Qué mujer, Grovers?

—Coño, la mujer de la que estamos hablando, la extraterrestre.

—¿El extraterrestre es una mujer?

—Sí, sí...

—¿Y cómo lo sabe?

—Ella me lo ha dicho.

—¿Y la cree?

—Claro. La he visto hacer algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—Atravesar el techo volando y cosas así...

—¿Bebe usted, Grovers?

—Claro. ¿Y usted?

—No podría aguantar si no lo hiciera... Escuche, Grovers, antes de que sigamos, tiene que pasarse por aquí en persona. Es la 3ª planta del Edificio Ajax. Llame antes de entrar.

—¿Alguna forma de llamar especial?

—Sí, u-na-co-pi-ta-deo-jén. Así sabré que es usted.

—Muy bien, señor Belane.

Maté cuatro moscas mientras esperaba. Maldita sea, la muerte está en todas partes. Ni hombres, ni pájaros, ni fieras, ni reptiles, ni roedores, ni insectos, ni peces, ninguno tenía una oportunidad. El final estaba fijado. No sabía qué hacer. Me empecé a deprimir. Ya saben, veo al dependiente del supermercado metiendo en la bolsa lo

que he comprado y a continuación le veo metiéndose en su propia tumba junto con el papel higiénico, la cerveza y las pechugas de pollo.

Luego oí la llamada convenida en la puerta y dije:

—Pase, por favor, señor Grovers.

Entró. No era gran cosa. Un metro y medio, 59 kilos, 38 años de edad, ojos verdes grisáceos con un tic en el izquierdo, un espantoso bigotito rubio del mismo color que el pelo que le clareaba en la parte superior de la cabeza, demasiado redonda. Entró caminando con las puntas de los pies hacia afuera y se sentó.

Nos miramos el uno al otro. Eso fue lo único que hicimos. Pasaron cinco minutos. Me empecé a cabrear.

—¿Por qué no dice usted nada, Grovers?

—Estaba esperando a que hablara usted primero.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Me recosté en mi sillón, encendí un puro, puse los pies encima de la mesa, di una calada y eché el humo haciendo un anillo perfecto.

—Grovers, esa mujer, esa... extraterrestre... hábleme un poco de ella.

—Dice que se llama Jeannie Nitro.

—Cuénteme algo más, señor Grovers.

—¿No se reirá usted de mí como la policía?

—Nadie se ríe como la policía, señor Grovers.

—Bueno... es un pez gordo del espacio.

—¿Y por qué quiere usted librarse de un pez gordo?

—Le tengo miedo, me controla la mente.

—¿Cómo?

—Como que tengo que hacer todo lo que dice.

—Suponga que le dijera que se comiera usted su propia caca, ¿lo haría?

—Creo que sí.

—Grovers, a usted lo que le pasa es que le va la cosa masoca. A muchos hombres les gustan esas cosas.

—No, son sus trucos, dan miedo.

—Grovers, he visto todo tipo de trucos y algunos...

—Usted no la ha visto surgir de la nada, usted no la ha visto desvanecerse por el techo.

—Me está usted aburriendo, Grovers, todo esto es un rollo.

—Pos no, señor Belane.

—¿«Pos no»? Pero ¿de dónde coño sale usted? Habla como un hombre de las cavernas.

—Y usted no parece un detective, señor Belane.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué parezco?

—Bueno, veamos, déjeme pensar...

—No lo piense mucho. Esto le está costando 6 dólares la hora.

—Bueno, parece usted... un fontanero.

—¿Un fontanero? De acuerdo, un fontanero. ¿Y qué haría usted sin fontaneros? ¿Puede imaginarse a alguien más importante que un fontanero?

—El presidente.

—¿El presidente? En eso se equivoca. Se equivoca otra vez. ¡Cada vez que abre la boca, dice usted algo equivocado!

—No estoy equivocado.

—¿Lo ve? ¡Otra vez!

Me saqué el puro de la boca y encendí un cigarrillo. Aquel tipo era una mierda pinchada en un palo. Pero era un cliente. Le miré durante un buen rato. Era un trabajo duro mirarle un buen rato. Dejé de mirarle. Miré por encima de su oreja izquierda.

—De acuerdo. ¿Y qué quiere que haga con esa extraterrestre, esa Jeannie Nitro?

—Librarme de ella.

—No soy un matón, Grovers.

—Simplemente, sáquela de mi vida como sea.

—¿Ha tenido ya relaciones sexuales?

—¿Se refiere usted a hoy?

—Me refiero a si las ha tenido con *ella*.

—No.

—¿Tiene usted la dirección de ese bombón? ¿Su número de teléfono? ¿Su profesión? ¿Algún tatuaje? ¿Algún hobby? ¿Hábitos peculiares?

—Sólo eso último...

—¿Como cuáles?

—Como eso de atravesar el techo volando y todo eso.

—Está usted loco, Grovers. No me necesita a mí, necesita a un loquero.

—Ya he ido a los loqueros.

—¿Y qué le han dicho?

—Nada. Sólo que cobran más de 6 dólares la hora.

—Eso prueba que está usted loco.

—¿Por qué?

—Cualquiera que pague eso tiene que estar loco.

Luego nos quedamos allí simplemente mirándonos. Era todo bastante estúpido. Yo intentaba pensar. Me dolían las sienas.

Entonces la puerta se abrió de golpe. Y entró aquella mujer. Lo único que puedo decirles es que hay miles de millones de mujeres en este mundo, ¿verdad? Algunas están bien. La mayoría están bastante bien. Pero de vez en cuando la naturaleza produce un fenómeno salvaje, hace una mujer especial, una mujer increíble. Quiero decir que la miras y no puedes creértelo. Todo en ella es un movimiento ondulante perfecto, azogue, es como una serpiente, le miras un tobillo, le miras un codo, le miras el pecho, le miras la rodilla y todo se funde en un ser impresionante,

provocador, con unos ojos bellísimos que sonrían, la boca un poco hacia abajo, los labios como si estuvieran a punto de soltar una carcajada ante tu indefensión. Y saben cómo vestirse y su pelo largo incendia el aire. ¡Demasiado! ¡Maldita sea, demasiado!

Grovers se puso en pie.

—¡Jeannie!

Ella había entrado en la habitación deslizándose como una chica de striptease sobre patines. Se detuvo ante nosotros mientras las paredes temblaban. Miró a Grovers.

—Hal, ¿qué estás haciendo con este detective de segunda clase?

—Eh, ¡quieta ahí, zorra! —le dije.

—Bueno, Jeannie, tengo un pequeño problema y pensé que necesitaba que me ayudaran.

—¿Que te ayudaran? ¿Quién?

—No puedo decírtelo, se me ha comido la lengua el gato.

—Hal, tú no tienes problemas desde que me tienes a mí. Yo puedo hacer cualquier cosa mejor que este detective de segunda.

Yo me puse de pie. En realidad, ya lo estaba.

—¿Ah, sí? Pues a ver si consigues una erección de 20 centímetros, so puta...

—¡Cerdo machista!

—Lo ves, te pillé, ¡te pillé!

Jeannie se contoneó un poco por la habitación volviéndonos locos. Luego dio un salto y miró a Grovers.

—¡Ven aquí, perro! ¡Ven arrastrándote por el suelo! ¡Venga!

—¡No lo hagas, Hal! —le grité.

—¿Eh?

Él ya estaba arrastrándose por el suelo hacia Jeannie. Se fue acercando. Se arrastró hasta llegar a sus pies y luego se detuvo.

—Ahora, lámeme las puntas de los zapatos con la lengua —le dijo.

Grovers lo hizo una y otra vez. Jeannie me miró y sonrió con satisfacción. Una sonrisa realmente satisfecha. Yo no podía soportarlo.

Me levanté.

—¡JODIDA PUTA! —dije a gritos.

Me desabroché el cinturón, me lo quité de los pantalones y fui hacia ella rodeando el escritorio con el cinturón doblado.

—¡Jodida puta! —le dije—, ¡TE VOY A PILLAR EL CULO!

Me abalancé hacia ella. Lo que quedaba de mi alma se estremeció en una jubilosa excitación. Sus maravillosas nalgas me incendiaban la mente. Los cielos se volvieron del revés y se estremecieron.

—Suelta ese cinturón, gilipollas —dijo, chasqueando los dedos. El cinturón se me fue de las manos. Me quedé congelado. Ella se volvió hacia Grovers.

—Venga, bobito, ponte de pie. Nos vamos de este estúpido lugar.

—Sí, cariño.

Grovers se levantó y la siguió hacia la puerta, abrieron, cerraron y desaparecieron. Yo seguía sin poder moverme. Aquella zorra debía de haber utilizado una pistola de rayos para conseguirlo. Yo seguía congelado. ¿Sería que había elegido una profesión equivocada? Tras unos veinte minutos empecé a sentir un hormigueo por todo el cuerpo. Luego me di cuenta de que podía mover las cejas. Después, la boca.

—Maldita sea —dije.

Luego el resto del cuerpo se me fue soltando. Por fin di un paso. Dos pasos. Luego, más pasos hacia mi escritorio. Lo rodeé. Abrí un cajón. Cogí la petaca de vodka. Le quité el tapón. Eché un buen trago. Decidí que por aquel día había terminado y que volvería a empezar al día siguiente.

De vuelta en la oficina, al día siguiente, me hallaba confuso. No sabía quiénes eran mis clientes o qué coño pasaba. Decidí hacer algo. Tenía el teléfono de la oficina de Jack Bass. Le llamé.

—Hola —contestó.

—Bass, soy Belane.

—¡Hijo de puta!

—Cálmese, Bass, soy cinturón negro.

—Necesitaré serlo la próxima vez que irrumpa en una de mis sesiones amorosas.

—Jack, lo único que pude ver fue un culo bamboleándose. No me di cuenta de que era usted hasta que volvió la cabeza.

—¿Y quién creía que iba a ser? ¿Cree que algún tipo se la tiraría en mi propia casa?

—Ocurre un montón de veces.

—¿Cómo?

—No me refiero a su casa, Jack.

—Entonces, ¿dónde?

—No importa.

—¿Cómo que no importa?

—Quiero decir que no se trata de su caso. Vayamos al grano.

—¿Cómo?

—¿Quiere que siga con este caso o no?

—Usted no ha hecho nada más que filmarme el culo.

—Estoy metido de lleno en su caso, Jack.

—¿Y qué es lo que ha conseguido?

—Tengo una conexión.

—¿Cómo?

—Tengo una pista.

—¿Una conexión? ¿Una pista? ¿De qué me está usted hablando?

—Puedo relacionarla a ella con ese tipo. A él le conozco. Es un tipo sospechoso. No se han compinchado para nada bueno.

—¿Los ha cazado juntos?

—Aún no.

—¿Por qué no?

—Voy despacio. Les estoy dejando que caigan en su propia trampa.

—¿No puede pillarles ya?

—Tengo que esperar a que él meta el clavo.

—¿Cómo?

—Tengo que cazarlos en pleno acto.

—No sé si sabe lo que está haciendo, Belane.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo. Le pillaré en cuanto él meta el clavo.

—No me gusta que hable así.

—El mundo no es un jardín de infancia, Jack. Estoy intentando ventilarme este caso.

—¿Ventilarse?

—Quiero pillarle el culo. Usted quiere que le pille el culo a ella, ¿no?

—Simplemente quiero pruebas convincentes.

—La prueba está a punto, Bass.

—¿Está cerca?

—Puedo olerlo, puedo esnifarlo. Estoy a punto de echarles el guante. Conozco a ese tipo. Es francés y ya sabe usted los franceses, ¿verdad?

—No, ¿qué pasa con los franceses?

—Si no lo sabe, Bass, yo no puedo explicárselo. No tengo todo el día. Y, ahora, ¿quiere usted que siga con este maldito caso o no?

—¿Dice usted que ya está cerca?

—Los tengo a los dos a tiro.

—¿Cómo?

—¿Quiere usted que siga o no, Bass? Voy a contar hasta cinco. Uno, dos, tres, cuatro...

—Está bien, está bien, siga con ello.

—Muy bien, Jack. Y, ahora, un pequeño detalle...

—¿Qué?

—Necesito un mes de adelanto.

—¿Un mes? Creí que estaba a punto de echarles el guante.

—Tengo que ponerles una trampa. La tengo que organizar. Tiene que ser segura. Cuando él meta el clavo...

—Está bien, está bien, ¡el cheque ya está en camino!

Me colgó bruscamente el teléfono. Actuaba como un tipo enamorado. ¡Qué mamón!

A continuación llamé a Grovers. Me había dado su número de la oficina. El teléfono sonó tres veces, luego descolgó.

—Funeraria Paraíso Plateado. ¿Dígame? —dijo.

—¡Dios mío! —dije yo.

—¿Cómo? —preguntó.

—Grovers, se entretiene usted con cadáveres.

—¿Cómo? —preguntó.

—Cadáveres. Cadáveres. Soy Nick Belane.

—¿Qué desea, señor Belane?

—Estoy trabajando en su caso, lo de la extraterrestre, señor Grovers.

—Sí, lo recuerdo.

—Dígame, Hal, ¿por qué hace usted lo que hace?

—¿A qué se refiere?

—A entretenerse con los muertos. ¿Por qué, por qué?

—Es mi trabajo. Un hombre tiene que tener algo de que vivir.

—Ya, pero entretenerse con cadáveres... Eso es una cosa rara. Es de enfermos.

¿Les saca la sangre? ¿Qué hace con la sangre después de sacársela?

—Tengo un empleado que es quien lo hace. Billy French.

—Pásemelo. Quiero hablar con él.

—Ha salido a almorzar.

—¿Quiere decir que come?

—Sí.

Hice una pausa. Cogí aire, lo solté y luego le dije:

—Mire, Grovers, ¿quiere usted que siga con este caso?

—¿Se refiere a Jeannie Nitro?

—Por supuesto. ¿Tiene usted a alguna otra nena del espacio por ahí?

—No.

—Bueno, ¿quiere que se la quite de encima?

—Por supuesto. Pero ¿cree usted que podrá? Me parece que falló la única vez que la vio.

—Mire, Grovers, hasta Ted Williams falla alguna que otra vez. Al final echaré a esa puta tan lejos que no volverá usted a verla.

—No creo que sea una puta, señor Belane.

—Es sólo un modo de hablar. No pretendía ofender a ese bombón.

—¿Cree usted que podrá hacer algo al respecto?

—Incluso mientras estamos hablando estoy trabajando en una pista, una conexión, Grovers.

—¿Cuál?

—No puedo decirle demasiado. Pero el hecho de que usted se entretenga con cadáveres y que ella sea una extraterrestre es una conexión, una pista.

—¿Qué quiere decir, señor Belane?

—No puedo decirle demasiado. He consultado con un especialista en esta materia. Tiene un libro sobre extraterrestres pero necesita más datos sobre usted.

—Está bien, y ¿qué quiere saber?

—Espere, antes de invertir más tiempo en este caso necesito otro cheque. Dos semanas de adelanto.

—¿Cree que podrá hacer algo?

—Maldita sea, acabo de decírselo, estoy completamente metido en este asunto.

—Muy bien, señor Belane. Le mandaré un cheque por correo hoy mismo. Dos semanas.

—Es usted un tipo inteligente, señor Grovers.

—Sí. Ah, señor Belane, Billy French acaba de llegar de almorzar. ¿Quiere hablar con él?

—No, pero pregúntele qué ha tomado de almuerzo.

—Un momento...

Esperé. Volvió enseguida.

—Ha dicho que roastbeef y puré de patatas.

—Eso es vomitivo.

—¿Cómo?

—Ahora tengo que dejarle, señor Grovers.

—Pero creí que quería algunos datos sobre mí.

—Le enviaré un cuestionario.

Colgué, puse los pies sobre el escritorio. Estaba colocando las piezas otra vez en su sitio. Ahí estaba yo, Nick Belane, detective. Aún tenía que resolver el asunto del Gorrión Rojo. Y estaba Céline y la señora Muerte. Siempre estaba la señora Muerte.

Ésa sí que era una puta.

Quiero decir que ¿qué otra cosa se le podría llamar?

Tenía que pensar en ello. Tenía que pensar en todo ello. De algún modo todo se correspondía: el espacio, la muerte, el Gorrión, los cadáveres, Céline, Cindy, Bass. Pero no podía conseguir que las piezas del rompecabezas encajaran del todo. Aún no. Me empezaron a latir las sienes. Tenía que salir de allí.

Las paredes de mi oficina no albergaban respuestas. Me estaba atontando, empecé a imaginarme que estaba en la cama con la señora Muerte, con Cindy y con Jeannie Nitro, todas a la vez. Demasiado. Me puse el sombrero y salí por la puerta.

Llegué al hipódromo. Al de Hollywood Park. Los caballos no corrían allí, sino en Oak Tree, pero retransmitían las carreras por unas pantallas y se apostaba como siempre.

Cogí las escaleras mecánicas para subir. El tipo que iba detrás tropezó y me rozó el bolsillo de atrás del pantalón.

—Lo siento —dijo—. Perdone.

Yo siempre llevo la cartera en el bolsillo delantero izquierdo. Uno aprende, uno aprende. Después de cierto tiempo.

Pasé por delante de la zona exclusiva para miembros del Club Hípico. Miré dentro. Nada más que un grupo de viejos, con dinero. ¿Cómo lo conseguirían? ¿Y cuánto se necesitaba? ¿Y qué significaba eso? Todos moríamos sin blanca y la mayoría vivíamos así. Era un juego agotador. Simplemente conseguir ponerse los zapatos por las mañanas era toda una victoria.

Seguí hasta la zona del club de socios corrientes, empujé la puerta y entré. Y allí estaba el cartero, de pie, sorbiendo un café. Me dirigí hacia él.

—¿Quién coño te ha dejado entrar aquí? —le pregunté. Su rostro tenía un aire desencajado. Hinchado.

—Voy a matarte, Belane —me dijo.

—No deberías tomar café —le dije—, eso impide dormir por las noches.

—Te voy a quitar de en medio, Belane, tus días están contados.

—¿Cuál te gusta en la primera? —le pregunté.

—*Orejas de Perro*.

—Ten —le dije, alargándole un par de pavos—, que tengas suerte.

—Oh, gracias, Belane.

—Olvídalo —le dije. Luego me alejé.

A los hombres siempre les persigue algo que nunca pueden evitar. Sin descanso, siempre.

Me dirigí al bar y pedí un café largo.

—¿Cuál te gusta en la primera, Belane? —me preguntó la camarera.

—Si te lo digo, mis ganancias se reducirán a cero.

—Gracias, imbécil —me contestó.

Volví a coger la propina que había dejado sobre el mostrador y me la metí en el

bolsillo. Encontré un sitio cerca de la pantalla, me senté y abrí el *Form*. Y entonces escuché una voz detrás.

—Esos dos billetes no te librarán, Belane. Estás liquidado. Era el cartero. Me puse de pie y me di la vuelta.

—¡Pues entonces devuélveme los dos jodidos billetes!

—Para nada, hombre.

—¡Te voy a reventar tu jodida saca! —le dije.

Sonrió y vino hacia mí. Sentí el filo de la navaja contra mi barriga. Era sólo la punta, el resto lo tenía cubierto con los dedos.

—Esto tiene 15 centímetros y me encantaría metértelos en ese estúpido barrigón.

—¿Cómo es que hoy no estás trabajando? ¿Quién coño está repartiendo el correo?

—¡Cállate! Estoy intentando decidir si te mato o no.

—Amigo, aquí tengo 10 pavos para que apuestes a *Orejas de Perro*.

—¿Cuánto?

—20 dólares.

—¿Cuánto?

Sentí la punta de la navaja rasgándome la piel.

—50 dólares.

—Muy bien, coge tu cartera, saca los 50 dólares y métemelos en el bolsillo de delante de la camisa.

Sentí cómo el sudor me resbalaba por detrás de las orejas. Logré sacar la cartera de mi bolsillo delantero izquierdo, saqué los 50 dólares y los metí en su bolsillo delantero. Sentí que se retiraba la punta de la navaja.

—Ahora, siéntate ahí, abre el *Form* y empieza a leerlo.

Lo hice. Después sentí la punta de la navaja en la nuca.

—Has tenido suerte —me dijo. Luego se fue.

Seguí allí sentado y me acabé el café. Luego me puse de pie y salí. Bajé por las escaleras mecánicas, llegué al aparcamiento, entré en mi coche y me largué de allí. Simplemente hay días que no son tu día. Hice todo el camino hasta Hollywood, aparqué en el primer sitio que vi y entré en un cine. Compré palomitas de maíz y un refresco. Me senté. Ya estaban pasando la película pero yo no miraba. Simplemente masticaba las palomitas y sorbía el refresco. Y me preguntaba si *Orejas de Perro* habría ganado.

Esa noche no pude dormir. Bebí cerveza, bebí vino, bebí vodka. Todo inútil.

No había resuelto nada. Todos mis casos seguían en punto muerto. Ya me dijo mi padre que sería un fracaso. Él también fue un fracasado. Mala simiente.

Puse la tele. Tengo un aparato en mi dormitorio. Salió una chica joven y me dijo que hablaría conmigo, que me haría sentirme bien. Lo único que necesitaba era una tarjeta de crédito. Decidí no hacerlo. Luego el rostro de aquella mujer se desvaneció en la pantalla y apareció el rostro de Jeannie Nitro.

—No quiero que te metas en mis asuntos, Belane —dijo.

—¿Qué? —dije yo.

Repetió la frase. Yo apagué la televisión. Me serví otro vodka sin hielo. Apagué las luces y me senté en la cama a oscuras. Le di un sorbo al vodka.

Entonces hubo una especie de gran zumbido como el de una nube de abejas alrededor de una colmena. Después, un destello de luz púrpura y apareció Jeannie Nitro. Me dio un susto del demonio.

—¿Te he asustado, Belane? —me preguntó.

—¡No! ¡Por todos los demonios! —le contesté—. ¿Y los buenos modales? ¿No sabes llamar antes de entrar?

Jeannie Nitro echó un vistazo a la habitación.

—Necesitas una asistente —me dijo—, este cuarto está inmundo.

Me acabé el vodka y puse el vaso a un lado.

—Dejemos eso, te voy a pillar el culo.

—Como detective te faltan tres cosas.

—¿Como cuáles?

—Arrancar, apuntar y detectar.

—¿Ah, sí? Pues he descubierto tu juego, nena.

—¿Y en qué consiste?

—Estás sorbiéndole el seso a Grovers porque es dueño de una funeraria y quieres utilizar los cuerpos de sus muertos para que tus amigos extraterrestres se instalen en ellos.

Se sentó en una silla, cogió uno de mis cigarrillos, lo encendió y soltó una carcajada.

—¿Tengo yo aspecto de estar en un cuerpo muerto?

—No exactamente.

—Nosotros podemos crearnos cuerpos. ¡Observa!

De nuevo se produjo un zumbido, un destello de luz púrpura y en la esquina opuesta de la habitación apareció otra Jeannie Nitro. Estaba de pie junto al tiesto de mi plantita.

—Hola, Belane —dijo.

—Hola, Belane —dijo la Jeannie Nitro que estaba sentada en la silla.

—Ehhh —dije—, ¿puedes estar en dos cuerpos al mismo tiempo?

—No —dijo la Jeannie Nitro que estaba sentada en la silla.

—Pero —dijo la Jeannie Nitro que estaba de pie junto al tiesto de mi plantita— podemos saltar de un cuerpo a otro.

Me levanté de la cama para coger el vaso y servirme otro vodka.

—Duermes en calzoncillos —dijo una Jeannie Nitro.

—¡Qué asco! —dijo la otra.

Me volví a la cama con mi vaso y me recosté en la almohada.

Hubo otro zumbido, un destello de luz púrpura y la Jeannie Nitro que estaba junto al tiesto desapareció. Miré a la de la silla.

—Mira —le dije—, Grovers me ha contratado para que dejes de estar pegada a su culo y eso es justamente lo que intento hacer.

—Fanfarroneas mucho para ser un hombre cuyo talento es prácticamente cero.

—¿Sí? Pues he resuelto casos más difíciles que el tuyo.

—¿En serio? Cuéntame uno.

—Todos mis archivos son confidenciales.

—¿Son confidenciales o no existen?

—No me jodas, Jeannie, o te...

—¿O me qué?

—Te... —Subí el vodka hacia la boca. De pronto la mano se me heló a dos centímetros de los labios. No podía moverme.

—Eres de tercer orden, Belane. No juegues conmigo. Y estoy siendo amable. Has tenido suerte.

¿Has tenido suerte? Era la segunda vez en doce horas que oía aquello.

Se produjo el zumbido, el destello púrpura y Jeannie Nitro desapareció. Yo seguía allí sentado en la cama, incapaz de moverme, con el vaso a dos centímetros de los labios. Seguí sentado esperando. Tenía tiempo para meditar sobre mi carrera. No había mucho que meditar. Tal vez me había equivocado de profesión. Pero era demasiado tarde para empezar cualquier otra cosa.

Simplemente me quedé allí sentado esperando. Unos diez minutos después sentí un hormigueo por todo el cuerpo. Fui capaz de mover la mano un poquito. Luego, otro poquito. Me llevé el vodka a los labios, conseguí inclinar la cabeza y me lo bebí todo. Puse el vaso en el suelo, me estiré en la cama y esperé de nuevo a que me entrara sueño. Oí un disparo en la calle y comprendí que en el mundo todo iba bien. A los cinco minutos estaba dormido. Como todos los demás.

Me desperté deprimido. Miré el techo, las grietas del techo. Vi en ellas un búfalo que se lanzaba sobre algo. Pensé que era sobre mí. Luego vi una serpiente con un conejo en la boca. El sol entraba a través de las rajadas de las persianas y formaba una esvástica en mi vientre. El agujero del culo me escocía. ¿Sería que tenía otra vez hemorroides? Tenía el cuello rígido y la boca me sabía a leche agria.

Me levanté y fui hacia el cuarto de baño. Odiaba mirarme en aquel espejo pero lo hice. Vi depresión y derrota. Unas bolsas oscuras debajo de los ojos. Ojillos cobardes, los ojos de un roedor atrapado por un jodido gato. Tenía la carne floja. Parecía como si le disgustara ser parte de mí. Las cejas retorcidas para abajo parecían enloquecidas, unos pelos de cejas enloquecidas. Horrible. Tenía un aspecto asqueroso. Y ni siquiera tenía ganas de mover el vientre. Estaba atrancado. Me dirigí al retrete a mear. Apunté bien pero no sé por qué salió de lado y se estrelló en el suelo. Intenté apuntar mejor y meé toda la tapa del retrete que me había olvidado de levantar. Arranqué un buen pedazo de papel higiénico y lo limpié. Limpié el asiento. Eché el papel dentro de la taza y tiré de la cadena. Fui a la ventana, miré hacia afuera y vi una cagada de gato en el tejado de la casa de al lado. Luego me di la vuelta, busqué el cepillo de dientes, apreté el tubo. Salió demasiado. Rebasó el cepillo y cayó al lavabo. Era verde. Era como un gusano verde. Metí un dedo, cogí un poco, lo puse en el cepillo y empecé a cepillarme. ¡Dientes! ¡Vaya una maldita cosa! Tenemos que comer y comer y volver a comer. Somos asquerosos, condenados a nuestros pequeños y sucios hábitos. Comer y tirarse pedos y rascarse y sonreír y marcharse de vacaciones.

Terminé de cepillarme los dientes y me volví a la cama. No me quedaba ninguna energía, ningún ánimo. No era más que una chincheta. Un pedazo de linóleo.

Decidí quedarme en la cama hasta mediodía. Quizá para entonces la mitad del mundo se habría muerto y sería sólo la mitad de duro de sobrellevar. Quizá si me levantase a mediodía tendría mejor aspecto, me encontraría mejor. Una vez conocí a un tipo que no defecaba desde hacía días. Al final simplemente explotó. De verdad. La mierda le salió volando de la barriga.

Luego sonó el teléfono. Lo dejé sonar. Nunca contesto al teléfono por la mañana. Sonó 5 veces y luego paró. Ya. Estaba a solas conmigo. Y como era asqueroso, era mejor que estar con otra persona, con cualquier persona de las que andan por ahí con sus penosas triquiñuelas y juegos de manos. Me subí las mantas hasta el cuello y esperé.

Fui al hipódromo para ver la 4ª carrera. Tenía que romper por algún sitio. Todos mis asuntos estaban bloqueados. Saqué la lista. Lo tenía todo por escrito.

1. Descubrir si Céline es Céline. Informar a la señora Muerte de lo averiguado.
2. Localizar al Gorrión Rojo.
3. Descubrir si Cindy le está poniendo los cuernos a Bass. Si es así, pillarle el culo.
4. Hacer que la extraterrestre deje en paz a Grovers.

Doblé la lista y me la volví a meter en el bolsillo. Abrí el *Form*. Estaban saliendo a la pista para la 4ª carrera. Era un día agradable. Todo parecía un sueño. Entonces oí un ruido detrás. Había alguien detrás de mí. Me volví. Era Céline. Me sonrió.

—Hermoso día —me dijo.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le pregunté.

—He pagado la entrada. No me han hecho ninguna pregunta —contestó Céline.

—¿Me estás siguiendo, cabrón? —le pregunté.

—Yo iba a preguntarte lo mismo —me dijo.

—Hay un montón de cosas que no entiendo —le dije.

—Yo tampoco —me dijo.

Luego pasó desde la fila de atrás y se sentó a mi lado.

—Vamos a hablar —me dijo.

—Muy bien —le dije—. Para empezar, ¿cuál es tu nombre? Tu nombre verdadero.

Sentí un revólver respingón contra mi costado. Lo empuñaba por debajo del abrigo.

—¿Tienes licencia para llevar eso? —le pregunté.

—Soy yo el que hace las preguntas —me dijo, apretando el arma contra mí.

—Adelante —le dije.

—¿Quién te ha mandado seguirme?

—La señora Muerte.

—¿La señora Muerte? —dijo riéndose—. No me cuentes ese rollo.

—No te estoy contando un rollo. Ella dice que se llama «señora Muerte».

—Está majareta, ¿no?

—Puede ser.

—¿Dónde puedo encontrar a esa zorra?

—No lo sé. Es ella la que se pone en contacto conmigo.

—¿Piensas que me voy a tragar eso?

—No lo sé, es lo único que puedo decirte.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Quiere saber si eres el auténtico Céline.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cuál te gusta en esta carrera? —me preguntó.

—*Luna Verde* —le dije.

—¿*Luna Verde*? Es el que yo he seleccionado.

—Muy bien —le dije—, me voy a apostar, enseguida vuelvo.

Empecé a levantarme.

—Siéntate —dijo con un tono monótono—, antes de que te vuele las pelotas.

Me senté.

—Y, ahora —siguió diciendo—, quiero que esa mujer me deje en paz. Y también quiero saber su verdadero nombre. No me trago lo de señora Muerte. Quiero que te pongas a trabajar en ello. ¡Y que empieces ahora mismo!

—Pero mi cliente *es ella*. ¿Cómo vas a ser tú cliente mío?

—Averígualo, gordinflón.

—¿Gordinflón?

—Te cuelga la barriga.

—Me cuelgue o no me cuelgue, si trabajo para ti tendrás que pagarme, y no salgo barato.

—Di cuánto.

—6 dólares la hora.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. Me los metió por la camisa.

—Aquí tienes un mes de adelanto.

Entonces se oyó un rugido de la multitud. Ya venían por la recta y ¿quién sacaba 3 cuerpos? ¿Y quién ganó por 4? *Luna Verde*. Ventaja: 6 a 1.

—¡Mierda! —dije—. Me has hecho perder un montón. *Luna Verde* ha arrasado.

—¡Cállate! —me dijo—. Y ponte a trabajar en mi caso.

—Está bien, está bien —le dije—. ¿Dónde me puedo poner en contacto contigo?

—Aquí tienes mi número —me dijo alargándome un pedacito de papel. Luego se levantó, se fue andando por el pasillo y desapareció.

Yo sabía que estaba en medio de algo grande pero no podía desenmarañarlo. Bueno, tenía que ponerme a ello, eso era todo.

Abrí el *Form* y me puse a consultar la 5ª carrera.

Al día siguiente me acerqué por la Funeraria Paraíso Plateado para hacer algunas comprobaciones. Maldita cosa ese negocio, no hay periodos de inactividad. Aparqué y entré. Un sitio agradable. Un vestíbulo silencioso. Alfombras espesas, sucias. Anduve por allí y entré en una sala grande. Estaba llena de ataúdes. Grandes, pequeños, anchos, estrechos. Hay gente que se compra el ataúd con mucha antelación. Yo no. Al diablo con ese asunto.

No parecía que hubiera nadie. Podía birlar un ataúd. Podía engancharlo en el coche. Largarme con él. ¿Dónde estaría Grovers? ¿Dónde estarían todos?

Entonces me entró un gusanillo. Cada vez era mayor. Así que lo hice. Levanté la tapa de un ataúd y miré dentro. DI UN GRITO. Y cerré la tapa de golpe.

Allí dentro había una mujer desnuda. Joven y guapa, pero muerta. ¡Guau!

Hal Grovers apareció corriendo.

—¡BELANE! ¿QUÉ ESTÁ HACIENDO?

—¿HACIENDO? ¿HACIENDO? ¿QUÉ QUIERE DECIR? ¿DÓNDE COÑO ESTABA USTED, GROVERS?

—EN EL LAVABO. ¿POR QUÉ HA GRITADO?

Señalé.

—¡TIENE USTED UN CADÁVER EN ESE ATAÚD! ¡UNA NENA, CON UN PAR DE BUENAS TETAS!

Grovers fue hacia allí y abrió la tapa.

—Aquí no hay nadie, señor Belane.

—¿Cómo?

Me acerqué y miré. El ataúd estaba vacío.

Me di la vuelta y agarré a Grovers por las solapas.

—¡No juegues conmigo, chaval! ¡Lo he visto! ¡Le he visto el *conejito*! ¡Un bomboncito muerto! ¿Estás jugando conmigo? Tú y... Billy French... ese chupasangre. ¡No soy un hombre con el que se pueda jugar, Grovers!

—Nadie está jugando con usted, Belane. Está sufriendo una alucinación.

Le solté las solapas.

—Lo siento —le dije—, debería haberlo supuesto.

—¿Suponer qué?

—Es Jeannie Nitro. Está jugando con mi mente. Sabe que trabajo para usted.

—No la he visto últimamente. Quizá se haya ido.

—No se ha ido, Grovers. Está esperando.

—¿Esperando qué?

—Ahora mismo no lo sé.

Giré sobre mis talones mirando cuidadosamente a mi alrededor.

—¡Rápido, Grovers! ¿Cuántos muertos tiene aquí ahora?

—Tenemos dos preparados. Están en la Sala de Reposo.

—Tengo que verlos.

—¿Cómo?

—¿Quiere usted que reviente este asunto o no?

—Quiero que... lo reviente.

—Entonces tengo que ver esos dos cadáveres.

—¿Por qué?

—Si se lo digo, jamás lo adivinaría.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No importa. Ahora déjeme echarles una ojeada.

—Es que eso es ilegal.

—¡Venga! ¡Venga!

—Está bien. Sígame...

Fuimos a la Sala de Reposo. Un sitio elegante. Oscuro. Con velas encendidas. Había tres ataúdes.

—Muy bien, vamos a ver —le dije a Grovers.

—¿Podría hacer el favor de decirme por qué?

—Jeannie Nitro quiere que sus extraterrestres ocupen estos cadáveres. Quiere procurarles un caparazón, un lugar donde esconderse. Un caparazón, ya sabe, como el de las tortugas. Jeannie Nitro anda merodeando alrededor de usted para conseguir estos cuerpos.

—Pero estos cuerpos están muertos, están en estado de descomposición. Y, además, los vamos a enterrar. ¿Cómo va a poder utilizarlos?

—Los extraterrestres se esconden en los cuerpos muertos hasta que los entierran y luego se buscan los cuerpos de otros muertos.

—Pero, si quieren esconderse, ¿por qué van a utilizar los cuerpos de los muertos? ¿Por qué no se esconden en tanques de almacenaje o cuevas o algo así? ¿Por qué no utilizan cuerpos vivos?

—¡Qué estúpido! Los vivos reaccionarían ante su presencia. ¡Venga, Grovers, abra estos ataúdes! Creo que ahora están ahí.

—Belane, yo creo que usted ¡está loco!

—¡Venga! ¡Ábralos!

Grovers abrió el primero. Era un bonito ataúd de roble. Dentro estaba un tipo de unos 38 años, de pelo espeso y rojizo, con un traje barato.

Me volví y miré a Grovers.

—Tiene a uno de esos dentro.

—¿Cómo lo sabe?

—Acabo de ver cómo se movía.

—¿Qué?

—¡Acabo de verle moverse!

Estiré la mano hacia abajo y agarré al tipo por el cuello.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Sal de ahí! ¡Sé que estás ahí!

Al sacudirle la cabeza se le abrió la boca y escupió un trozo de algodón. Yo di un salto hacia atrás.

—¡MIERDA! ¿QUÉ HA SIDO ESO?

Grovers dejó escapar un débil gemido de protesta.

—Belane, he estado más de una hora rellenándole las mejillas, para que tuvieran un aspecto lleno y saludable. Ahora se le han vuelto a poner fofas, ¡tendré que volver a empezar desde el principio!

—Lo siento. No me he dado cuenta. Pero creo que andamos cerca. Abra otro, por favor.

—Ábralo usted. Esto es realmente desagradable. No sé por qué se lo permito. Debo de estar loco.

Me acerqué a un ataúd de pino y lo abrí. Miré. Me quedé mirando. No me lo podía creer.

—¿Es una broma, Grovers? Esto no se hace. No tiene ninguna gracia.

La persona que estaba en aquel ataúd era yo. El ataúd estaba forrado de terciopelo y yo tenía una sonrisa de cera. Llevaba un traje marrón oscuro arrugado y tenía las manos cruzadas sobre el pecho con un clavel blanco.

Me di la vuelta y miré a Grovers de frente.

—¿Qué diablos está pasando aquí, chaval? ¿De dónde has sacado a éste?

—Es el señor Andrew Douglas. Murió de repente, de un ataque al corazón. Ha sido dirigente social en este barrio varias décadas.

—Y una mierda, Grovers. Ese cadáver soy yo. ¡Yo!

—¡Qué disparate! —dijo Grovers. Se acercó y miró dentro del ataúd.

—Es el señor Douglas.

Me acerqué y miré. Era un tipo mayor, de pelo blanco, de unos 70 u 80 años. Tenía bastante buen aspecto. Le habían coloreado las mejillas y le habían dado un toque con lápiz de labios. La piel le brillaba como si le hubieran dado cera. Pero no era yo.

—Es Jeannie Nitro —dije—. Nos está fastidiando.

—Creo que es usted un hombre con las ideas muy confusas, señor Belane.

—Cállese —le contesté.

Tenía que pensar. En algún punto todo encajaría. Tenía que encajar. En ese momento entró otro hombre y se quedó junto a la puerta.

—El cuerpo está preparado, Hal.

—Gracias, Billy. Ya puedes irte.

Billy French se dio la vuelta y desapareció.

—¡Por Dios, Grovers! ¿Ese tipo no se lava las manos?

—¿Qué quiere decir?

—Tenía las manos rojas.

—¡Qué disparate!

—He visto que estaban rojas.

—Señor Belane, ¿le importaría mirar dentro del tercer ataúd? Aunque está vacío. Un caballero lo ha seleccionado con antelación.

Me di la vuelta y me quedé mirando.

—¿Y él está dentro, Grovers?

—No, ese caballero está vivo. Lo ha seleccionado. Hacemos un 10% de descuento a los que los preseleccionan. ¿No le gustaría elegir uno? Tenemos un surtido estupendo.

—Gracias, Grovers, pero tengo una cita en algún sitio, ya me pondré en contacto con usted.

Giré sobre mis talones, fui pasillo adelante, crucé el vestíbulo y salí fuera, al aire libre, limpio. Todos los hijos-de-puta que eligen su propio ataúd son los mismos hijos-de-puta que se la cascan 6 veces por semana.

Entré en mi Escarabajo, aceleré a fondo y me metí entre el tráfico. Un tipo de una camioneta pensó que le había cerrado y me hizo un corte de mangas. Yo le contesté con otro corte de mangas.

Estaba empezando a llover. Subí la ventanilla de la derecha, que funcionaba bien, y apreté el botón de la radio.

Cogí el ascensor a la 6ª planta. El nombre del psiquiatra era Seymour Dundee. Empujé la puerta, entré. La sala de espera estaba llena de majaretas. Un tipo estaba leyendo una revista y la tenía boca abajo. La mayoría de la gente, hombres y mujeres, estaba sentada en silencio. No parecía ni siquiera que respirasen. En la habitación gravitaba una sensación extraña. Firmé en la hoja que había sobre el escritorio y tomé asiento. El tipo que estaba a mi lado llevaba un zapato marrón y otro negro.

—Oiga, amigo —me dijo.

—¿Sí? —contesté.

—¿Tiene cambio de un centavo? —me preguntó.

—No —le contesté—, hoy no.

—¿Mañana quizá? —siguió preguntando.

—Quizá mañana.

—Pero quizá mañana no pueda encontrarle —dijo quejándose. Espero que no, pensé.

Esperamos y esperamos. Todos. ¿No sabría el psiquiatra que esperar es una de las cosas que vuelve loca a la gente? La gente espera toda su vida. Esperan vivir, esperan morir. Esperan en la cola para comprar papel higiénico. Esperan en la cola para recibir dinero. Y si no tienes dinero, esperas en colas más largas. Esperas para dormirte y esperas para despertarte. Esperas para casarte y esperas para divorciarte. Esperas que llueva, esperas que deje de llover. Esperas para comer y esperas para volver a comer. Esperas en la consulta del loquero con un montón de anormales y te preguntas si serás uno de ellos.

Debí de esperar tanto que me quedé dormido y me tuvo que despertar la recepcionista zarandeándome:

—¡Señor Belane, señor Belane, que es usted el siguiente!

Era una tipa vieja y fea, era más fea que yo. Me asustó con aquella cara tan cerca de la mía. Así es como debe de ser la muerte, pensé, como esta vieja.

—Cariño —le dije—, estoy preparado.

—Sígame —me contestó.

Crucé la sala y la seguí por el pasillo. Abrió una puerta y allí estaba aquel tipo con aire satisfecho detrás de su mesa de despacho, con una camisa verde oscuro y una chaqueta de punto sin abrochar de color naranja. Sombras oscuras. Fumaba un cigarrillo con una boquilla.

—Siéntese —me dijo señalando una silla.

La recepcionista cerró la puerta y desapareció.

Dundee empezó a hacer garabatos con la pluma en un trozo de papel. Sin levantar la vista del papel dijo:

—Cobro 160 dólares la hora.

—¡Que te follen! —le dije.

Levantó la vista:

—Ja, ja. Eso me ha gustado.

Volvió a hacer algunos garabatos más y dijo:

—¿A qué ha venido?

—No sé por dónde empezar.

—Empiece contando desde diez para atrás.

—¡Que follen a tu madre! —le contesté.

—Ja, ja —dijo Dundee—. ¿Ha tenido usted relaciones con la suya?

—¿De qué tipo? ¿Vocales? ¿Espirituales? Especifique.

—Ya sabe a qué tipo me refiero.

—No, no lo sé.

Hizo un círculo con el dedo gordo y el índice de la mano izquierda y luego metió y sacó el índice de la derecha en él.

—Así —dijo—. Hmmm...

—Sí —le contesté—, recuerdo que ella puso la mano así en una ocasión y yo metí el dedo.

—¿Se está usted burlando de mí? —dijo Dundee—. ¡Deje de hacerse el gracioso a mi costa!

Me incliné hacia adelante sobre su mesa y le dije:

—¡Tiene suerte de que sólo me esté burlando de usted, amigo!

—¿Ah, sí? —dijo echándose para atrás en su sillón.

—Sí. No juegues conmigo, chaval. No se me puede considerar responsable.

—Por favor, señor Belane, por favor, ¿qué es lo que quiere?

Di un puñetazo en el centro de la mesa.

—¡MALDITA SEA!, ¡LO QUE NECESITO ES AYUDA!

—Por supuesto, señor Belane, pero ¿por qué se ha dirigido usted a mí?

—Por las páginas amarillas.

—¿Las páginas amarillas? Yo no vengo en las páginas amarillas.

—Sí, sí que viene. Seymour Dundee, psiquiatra, Edificio Garner, despacho 604.

—Éste es el despacho 605. Yo soy Samuel Dillon, abogado. El doctor Dundee tiene la consulta en la puerta de al lado. Me temo que se ha equivocado.

Me puse de pie y sonreí.

—Ahora eres tú quien juega conmigo, Dundee, estás intentando la revancha. Pero si crees que me vas a ganar con tu táctica es porque no tienes más que mierda de pollo en el cerebro.

Yo estaba allí para saber si los asuntos de Céline, el Gorrión Rojo, la señora Muerte, los extraterrestres, Jack y Cindy Bass eran reales o si era que yo tenía algún problema mental. Quiero decir que nada de todo aquello tenía sentido. ¿Estaba yo fuera de eso? ¿Y adonde iba yo y por qué?

El tipo que decía llamarse Samuel Dillon apretó un timbre que había sobre su mesa y enseguida apareció de nuevo la recepcionista. Seguía siendo más fea que yo.

Nada había cambiado.

—Molly —le dijo—, acompañe por favor a este caballero al despacho de al lado, a la consulta del doctor Dundee. Gracias.

La seguí hasta el vestíbulo, donde abrió la puerta del despacho 604 y me susurró:

—Siga de frente, imbécil.

Entré en otra sala de espera atestada. Lo primero que vi fue al tipo que llevaba un zapato marrón y otro negro, el que me había preguntado si tenía cambio de un centavo. Él me vio.

—Eh, señor... —me dijo. Fui hacia él.

—También a ti te ha pasado, ¿eh? —le pregunté.

—¿El qué?

—Je, je... Te has equivocado de puerta... Te has equivocado de puerta...

Me di la vuelta, salí de allí y cogí el ascensor para bajar. Esperé a que llegara a la planta baja. Luego esperé a que se abrieran las puertas. Entonces crucé el vestíbulo, salí a la calle, fui hacia mi coche. Me subí. Arranqué. Esperé a que se calentara. Llegué a un semáforo. Se puso verde. El encendedor saltó y encendí el cigarrillo mientras seguía conduciendo. Pensé que lo mejor sería volver a la oficina. Me daba la sensación de que había alguien esperándome.

Me equivoqué. No había nadie en la oficina. Fui y me senté detrás de mi escritorio.

Me sentía raro. Había tantas cosas que no encajaban. Por ejemplo, en el despacho del abogado, ¿por qué estaba aquel hombre leyendo el periódico al revés? Donde tenía que haber estado era en la sala de espera del loquero. ¿O quizá sólo estaban al revés las páginas de fuera del periódico y estaba leyendo las de dentro al derecho? ¿Existiría un Dios? ¿Y dónde estaba el Gorrión Rojo? Tenía que resolver demasiadas cosas. Levantarme de la cama por la mañana era igual que enfrentarme al impenetrable muro del Universo. ¿Debería irme, quizás, a un bar topless y meter un billete de 5 dólares en una braguita? Intentar olvidarlo todo. ¿Debería irme, quizás, a un combate de boxeo y mirar cómo dos tipos se reventaban entre sí?

Pero sufrimiento y problemas son lo que mantienen vivo a un hombre. O intentar esquivar el sufrimiento y los problemas. Es un trabajo de dedicación plena. Y hay veces que ni durmiendo se puede descansar. En el último sueño que tuve yo estaba tumbado debajo de un elefante, no me podía mover y él estaba soltando una de las cagadas más grandes que se hayan visto jamás, y estaba a punto de caerme encima cuando mi gata, Hamburguesa, pasó sobre mi cabeza y me desperté. Le cuentas ese sueño a un loquero y seguro que saca una conclusión horrible. Como lo que le pagas es una barbaridad, ya se asegurará él de hacer que te sientas mal. Te dirá que la mierda es un pene y que eso te asusta o te gusta, o cualquier gilipollez por el estilo. Lo que en realidad quiere decir es que él está asustado o desea el pene. No es más que un sueño sobre la cagada de un elefante y nada más. A veces las cosas son simplemente lo que parecen y no hay más. El mejor intérprete del sueño es el que lo sueña. Conserva el dinero en el bolsillo. O apuéstalo a un buen caballo.

Di un trago al sake, estaba frío. Las orejas me dieron un respingo y me sentí un poco mejor. Podía sentir cómo se me iba calentando el cerebro. Todavía no estaba muerto, sólo en un estado de rápido deterioro. ¿Y quién no? Todos estamos en un mismo barco que hace aguas, animándonos unos a otros. Como por ejemplo eso de la Navidad. Sí, ¡a la mierda la Navidad! El tipo que la inventó fue uno que nunca tuvo que cargar con exceso de equipaje. Todos los demás tenemos que deshacernos de nuestros trastos para poder enterarnos de dónde estamos. Bueno, no de dónde estamos, sino de dónde no estamos. De cuantos más trastos prescindas, mejor verás. Todo funciona yendo hacia atrás. Retrocede y el Nirvana te saltará al regazo. Seguro.

Me metí otro sake en el cuerpo. Ya estaba volviendo en mí. Volviéndome loco. Fuera coña, yo era Nick Belane, el superdetective.

Entonces sonó el teléfono. Contesté igual que lo haría cualquier persona normal. Bueno, no exactamente. Hay veces en que el teléfono me recuerda a una cagada de elefante, ya sabes, por toda la mierda que oyes. Un teléfono es un teléfono, pero lo que nos llega a través de él, eso ya es otra cosa.

—Eres un filósofo de segunda —dijo la señora Muerte.

—Yo me considero perfecto —contesté.

—La gente vive de ilusiones —dijo ella.

—¿Y por qué no? —sugerí—. ¿Es que existe otra cosa?

—El final —contestó ella.

—Bueno, váyase al infierno.

—Al infierno tú —dijo la señora Muerte—. ¿Qué pasa con el caso Céline?

—Ya lo tengo todo resuelto, nena.

—Desembucha, gordinflón.

—Quiero que mañana se reúna conmigo en Musso's a las 2.30 de la tarde.

—Muy bien. Pero más te vale que tengas algo. Tienes algo, ¿verdad?

—Cariño, no puedo destapar mi sombrero.

—¿Pero se puede saber qué estás diciendo?

—Quiero decir que no puedo descubrir mi juego.

—Será mejor que tengas algo...

—Apuesto mi vida a que sí —le dije.

—Acabas de hacerlo —dijo la señora Muerte, y colgó.

Yo también colgué y me quedé mirando el teléfono fijamente durante un rato. Cogí un puro apagado del cenicero, lo encendí, no tiraba.

Luego cogí el teléfono y marqué el número de Céline. Sonó cuatro veces. Después oí su voz.

—¿Sí?

—Señor, ha ganado usted una caja de 1 kilo de cerezas recubiertas de chocolate y un viaje a Roma.

—Seas quien seas, deja de darme la vara.

—Soy Nick Belane...

—Acepto los chocolates...

—Quiero que te reúnas conmigo en Musso's mañana a las 2.30 de la tarde.

—¿Por qué?

—Tú aparece, franchute, y se acabarán todos tus problemas.

—¿Invitas tú?

—Sí.

—Allí estaré...

Colgó.

Ya nadie se despedía. Al menos en nuestro ambiente. Clavé los ojos en el sake. Después fui a por él.

Eran las 2.15 de la tarde. Estaba sentado a una mesa de Musso's. Tenía un vodka 7 frente a mí. Céline y la señora Muerte estaban a punto de conocerse. Dos de mis clientes. El negocio iba bien, sólo que no se sabía hacia dónde. Un tipo que estaba sentado en un compartimento no me quitaba ojo. Hay gente, ya se sabe, que se te queda mirando, como las vacas. No se dan cuenta de que lo hacen. Di un trago a mi copa de vodka, la puse sobre la mesa, levanté la vista. El tipo seguía mirando. Le doy dos minutos, pensé, y después, si sigue mirándome, le rompo la cara.

Había pasado 1 minuto y 45 segundos. Entonces aquel individuo se levantó y comenzó a venir hacia mi mesa. Me llevé la mano a la funda de mi revólver. Estaba allí. La pipa. Lo mejor que un hombre puede llevar tieso. El tipo parecía un aparcacoches, o tal vez un dentista. Tenía un bigote horrible y una sonrisa falsa. O tal vez fuese un bigote falso y una sonrisa horrible. Se acercó a mi mesa, se detuvo, se quedó allí, aguardando.

—Oye, amigo —le dije—, lo siento pero no llevo nada suelto.

—No he venido a pedirte pasta, tío —dijo.

Me puso nervioso. Tenía unos ojos como de pescado muerto.

—¿Entonces qué te pasa? —le pregunté—. ¿Te han echado de la pensión?

—¡Qué va!, vivo con mi madre.

—¿Qué edad tienes?

—46 —dijo.

—Tú eres un enfermo.

—No, es *ella* la que está enferma. Incontinencia. Pañales de celulosa. Todo ese rollo.

—Oh, lo siento —dije.

—Yo también.

Seguía ahí.

—Bueno —dije—, no sé qué puedo hacer yo.

—No puedes hacer nada...

Me acabé la copa.

—Sólo quería preguntarte —dijo—, sólo quería preguntarte una cosa.

—Vale. Vale. Pregúntame.

—¿Tú no eres Spike Jenkins?

—¿Quién?

—Spike Jenkins. Tú solías pelear cerca de Detroit, eras un peso pesado. Te vi pelear con Tiger Forster. Uno de los mejores combates que he visto en mi vida.

—¿Quién ganó?

—Tiger Forster.

—No soy Jenkins. Ahora vuelve a tu asiento.

—¿No te estarás quedando conmigo? ¿Seguro que no eres Spike Jenkins?

—Nunca lo fui.

—Está bien, ¡qué pena...!

Se dio la vuelta, regresó a su compartimento y se sentó, exactamente como le dije que hiciera.

Miré el reloj. Eran exactamente las 2.30. ¿Dónde estarían?

Le hice un gesto al camarero para que me trajese otra copa...

A las 2.35 entró Céline. Se detuvo un momento, mirando a su alrededor. Le hice una seña con una servilleta pinchada en un tenedor. Se acercó, se sentó.

—Tomaré un whisky con soda —dijo.

Estaba perfectamente cronometrado. El camarero llegaba en ese momento con mi segunda copa. Trasmití la orden al camarero.

Me bebí mi copa de un trago. Me sentía raro. Como si nada importara, ya saben. La señora Muerte. La Muerte. O Céline. El juego me había agotado. Me había quedado sin pilas. La existencia no sólo era absurda, era un trabajo duro y nada más. Piensen en la cantidad de veces que uno se pone la ropa interior durante toda una vida. Era horrible, desagradable; era estúpido.

Entonces, otra vez vino el tipo del compartimento. Miró a Céline.

—Eh, este tipo que está contigo, ¿no es Spike Jenkins?

—Caballero —dijo Céline mirándole—, si aprecia usted el estado actual de sus pelotas retírese inmediatamente, por favor.

El tipo volvió a marcharse.

—Muy bien —dijo Céline—, ¿para qué estoy aquí?

—Voy a ponerte en contacto con la señora Muerte.

—Así que la muerte es una señora, ¿eh?

—A veces...

Llegó la copa de Céline. Se la bebió de un trago.

—Con esa tal señora Muerte, ¿qué vamos a hacer? ¿Desenmascararla? —me preguntó.

—¿Has visto alguna vez pelear a Spike Jenkins?

—No.

—Se parecía a mí —le dije.

—No parece un gran cumplido.

Entonces entró *ella*. La señora Muerte. Iba vestida para matar. Vino hasta nuestra mesa, sentó todo aquel cuerpazo en la silla.

—Un whisky sour —dijo.

Hice una seña con la cabeza al camarero. Pedí.

—No sé realmente cómo presentarles porque no estoy seguro de quién es ninguno de los dos —le dije a él.

—¿Qué clase de detective eres? —me preguntó Céline.

—El mejor de L.A.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quiere decir L.A.?

—Los Agilipollados.

—¿Has estado bebiendo?

—Recientemente.

Llegó el whisky sour de la señora Muerte. Se lo echó al colete de un trago. Después miró a Céline.

—Bien, preséntese usted mismo. ¿Cómo se llama?

—Spike Jenkins.

—Spike Jenkins está muerto.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé.

Hice señas con la cabeza al camarero y le pedí otras 3 copas. Después nos quedamos allí sentados, mirándonos.

—Bueno —les dije—, hemos llegado a un punto muerto, un evidente punto muerto. Hasta ahora he pagado yo las copas. Así que hagamos una pequeña apuesta y el que pierda paga la próxima ronda.

—¿Qué clase de apuesta? —preguntó Céline.

—Oh, algo fácil, por ejemplo adivinar cuántas cifras tienen nuestros permisos de conducir. O sea, las cifras que aparecen en la tarjeta.

—¡Qué estupidez! —dijo Céline.

—Sé buen chico —le dije.

—No sea gallina —dijo la señora Muerte.

—Bueno, déjenme pensarlo —dijo Céline.

—Di cualquier cosa —le dije.

—Piénselo bien, querido —dijo la señora Muerte.

—Vale —dijo Céline—, yo digo que 8.

—Yo digo que 7 —dijo la señora Muerte.

—Y yo que 5 —dije.

—Ahora —dije—, echemos un vistazo a nuestros permisos, vamos a verlos.

Los sacamos.

—Ah —dijo la señora Muerte—, ¡el mío tiene 7!

—Mierda —dije—, el mío tiene 7.

—El mío tiene 8 —dijo Céline.

—Eso no puede ser —dije—, a ver, déjame verlo.

Alargué el brazo y cogí su permiso. Conté.

—El tuyo tiene 7. Has contado la letra que está antes de los números. Es por eso. Tenga, mírelo...

Le pasé el permiso a la señora Muerte. Había 7 cifras y también alguna otra información: LOUIS FERDINAND DESTOUCHES, nacido en 1894.

Maldita sea. Empezó a temblarme todo el cuerpo. No eran unos temblores muy grandes pero sí bastante considerables. Con gran fuerza de voluntad logré reducirlos a

un estremecimiento casi continuo. Aquello era increíble. Era *él*, allí sentado con nosotros en una mesa de Musso's una tarde que rozaba casi el siglo XXI.

La señora Muerte se había quedado extasiada. Simplemente eso: extasiada. Estaba realmente bella, resplandeciente de pies a cabeza.

—Devuélvanme ese jodido permiso de conducir —dijo Céline.

—Claro, hombre —dijo la señora Muerte, sonriendo al tiempo que se lo devolvía.

—Bueno —le dije a Céline—, parece que los dos hemos perdido. Así que lo echamos a cara o cruz a ver quién paga, ¿vale?

—Claro —dijo Céline.

Saqué mi moneda de la suerte, la tiré al aire y grité a Céline:

—¡Tú hablas!

—¡Cruz!

Cayó sobre la mesa y allí quedó. Cara.

Cogí la moneda y me la guardé otra vez en el bolsillo.

—De todos modos —le dije a Céline—, tengo el presentimiento de que éste no es tu día.

—Es el mío —dijo la señora Muerte.

Y en un abrir y cerrar de ojos llegaron las copas.

—Póngalo en mi cuenta —dijo Céline al camarero.

Nos quedamos allí sentados con nuestras copas.

—Me siento como si me hubieran engañado —dijo Céline.

Se bebió la copa de un trago.

—Ya me habían advertido que tuviera cuidado con los sinvergüenzas de Los Ángeles.

—¿Sigues ejerciendo la medicina? —le pregunté.

—Yo me largo de aquí —dijo.

—Oh, venga —dijo la señora Muerte—, tómese otra copa. La vida es corta.

—¡No, yo me largo de este jodido lugar!

Tiró un billete de 20 sobre la mesa, se levantó y se dirigió a la salida, después desapareció.

—Bueno —le dije a la señora Muerte—, se ha ido...

—No del todo —dijo.

Se oyó un ruido, el de unos frenos chirriando. Después un ruido fuerte y seco, como el del metal contra la carne. Salté de la silla y corrí hacia afuera. Allí, en medio del Hollywood Boulevard, estaba el cuerpo inanimado de Céline. La gorda con un enorme sombrero rojo que conducía un Olds antiguo se bajó y se puso a gritar y a gritar y a gritar. Céline estaba muy quieto. Yo sabía que estaba muerto.

Di media vuelta y volví a entrar en Musso's. La señora M. había desaparecido. Volví a sentarme a la mesa. Mi copa estaba intacta. Me ocupé de ella. Después seguí allí sentado. Lo bueno dura mucho, pensé. Después seguí allí sentado un poco más.

—Eh, Jenkins —oí que decía una voz—, todos tus amigos se han ido. ¿Adonde se

han ido todos?

Era el Pesado. Todavía seguía allí.

—¿Qué estás bebiendo? —le pregunté.

—Ron con Coca-Cola.

Llamé al camarero.

—Dos rones con Coca-Cola, uno para mí y otro —señalé— para él. Llegaron las copas. El Pesado se bebió la suya en su compartimento y yo me bebí la mía en mi mesa.

Entonces oí la sirena. Cuando no la oyes es cuando es para ti.

Me bebí mi bebida, pedí mi cuenta, pagué con mi tarjeta, dejé un 20% de propina y me largué de allí.

Al día siguiente en la oficina puse los pies sobre el escritorio y encendí un buen puro. Me consideraba un triunfador. Había resuelto un caso. Había perdido dos clientes pero había resuelto un caso. Aunque las cosas no acababan ahí. Todavía quedaba el Gorrión Rojo. Y el asunto de Jack Bass con Cindy. Y quedaban, además, Hal Grovers y la extraterrestre ésa, la tal Jeannie Nitro. Mis pensamientos fueron de Cindy Bass a Jeannie Nitro. Eran pensamientos agradables. De todos modos, estaban como patos en su escondrijo esperando a alzar vuelo.

Me puse a pensar en modos de solucionar la vida. La gente que resolvía cosas tenía, normalmente, una gran perseverancia y algo de buena suerte. Si se perseveraba el tiempo suficiente casi siempre llegaba la buena suerte. Pero la mayoría no sabía esperar a la suerte, así que abandonaba. Pero Belane no. No era ningún cantamañanas. Un tipo de primera. Valiente. Un poco vago, tal vez. Pero astuto.

Abrí el cajón superior derecho, saqué el vodka y me recompensé con un trago. Por la victoria. Los ganadores escriben la historia, rodeados de encantadoras vírgenes...

Sonó el teléfono. Contesté.

—Aquí Belane.

—No creas que ha sido la última vez que me vas a ver —dijo la dama. Era la señora Muerte.

—Oye, nena, ¿no podríamos llegar a un acuerdo?

—Nunca se ha hecho, Belane.

—Sentemos un precedente, probemos, señora.

—Ni hablar, Belane.

—Bueno, entonces, ¿qué le parece si me da una fecha, ya sabe, una F.D.D.?

—¿Qué es eso?

—Fecha De Defunción.

—¿Y de qué serviría?

—Podría prepararme, señora.

—De todos modos, todo ser humano debería estar preparado, Belane.

—No lo están, señora, lo olvidan, lo ignoran, o simplemente son demasiado tontos como para pensar en ello.

—Eso no es asunto mío, Belane.

—¿Y qué es lo que es asunto suyo, señora?

—Mi trabajo.

—A mí también me preocupa mi trabajo, señora.

—Muy bien, mejor para ti, gordinflón. Te he llamado sólo para que sepas que no me he olvidado de ti...

—Ah, muchas gracias, señora. Me ha alegrado realmente el día.

—Hasta luego, Belane...

Colgó.

Siempre hay alguien que te arruina el día, si no te arruina la vida. Apagué el puro, me puse el sombrero, fui hacia la puerta, cerré con llave, me dirigí al ascensor y bajé. Una vez en la calle, me quedé mirando pasar la gente. Empezó a revolvérseme la tripa y bajé andando media manzana hasta un bar, El Eclipse, entré, me senté en un taburete. Tenía que pensar. Tenía casos que resolver y no sabía por dónde empezar. Pedí un whisky sour y a continuación una cerveza. De lo que tenía ganas de verdad era de tumbarme en algún sitio y dormir durante un par de semanas. Ya estaba cansándome del juego. Hubo una época en que las cosas fueron un poco más emocionantes. No mucho, pero sí algo más. A nadie le interesará oír hablar del asunto. Me casé tres veces, me divorcié tres. Nacido y ya preparado para morir. Nada que hacer más que intentar resolver casos de los que ningún otro se ocuparía. Por lo menos no con unos honorarios tan bajos.

Un tipo acomodado al final de la barra no me quitaba ojo. Sentía su mirada. Aparte de él, el camarero y yo, no había nadie más en aquel lugar. Acabé mi copa y llamé al camarero para que me trajera otra. No era más que una cara llena de pelos.

—Lo mismo, ¿no? —me preguntó.

—Sí —dije—, sólo que más fuerte.

—¿Por el mismo precio?

—Lo que se pueda —contesté.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿Y tú no lo sabes?

—Na...

—Bueno, piénsatelo mientras me pones la copa.

Se alejó.

Mi mirada se cruzó con la del tipo al final de la barra, me hizo un saludo con la mano y gritó:

—¿Qué tal, Eddie?

—No me llamo Eddie —contesté.

—Te pareces a Eddie.

—Me importa un carajo si me parezco a Eddie o no.

—¿Qué quieres? ¿Pelea? —preguntó.

—Sí —le dije—, ¿me la vas a proporcionar?

El camarero trajo mi bebida, cogió parte del dinero que yo había dejado sobre la barra.

—¿Sabes qué pienso? Que eres un borde —me dijo el camarero.

—¿Y quién te ha dicho que podías pensar?

—No tengo ninguna obligación de servirte.

—Si no quieres el dinero, me lo quedo.

—No lo quiero de esa forma.

—¿Y de qué forma lo quieres? Dímelo...

—¡NADA! ¡NO LE SIRVAS NADA! —gritó el tipo al otro lado de la barra.

—¡Si dices una sola palabra más, te voy a dar una patada en el culo que te vas a enterar! ¡Vas a escupir sangre hasta por los ojos!

El tipo se limitó a sonreír ambigüamente. El camarero seguía allí, de pie.

—Oye —le dije—, ¡he entrado aquí sólo para tomarme una copa tranquilamente y en paz y todo el mundo se dedica a tocarme los cojones! Por cierto, ¿has visto al Gorrión Rojo?

—¿El Gorrión Rojo? ¿Y eso qué es?

—Ya te enterarás cuando lo veas, joder. Olvídalo...

Me acabé la copa y me largué de allí. Se estaba mejor en la calle. Me puse a andar sin rumbo fijo. Algo tenía que ceder y no iba a ser yo. Comencé a contar los idiotas con los que me cruzaba. Llegué a 50 en dos minutos y medio, después me metí en el siguiente bar.

Entré y cogí un taburete. El camarero se acercó.

—Hola, Eddie —dijo.

—No me llamo Eddie —le dije.

—Yo sí me llamo Eddie —dijo él.

—¿Qué pasa, te estás quedando conmigo?

—No, eres tú el que se está quedando conmigo.

—Oye, camarero. Yo soy un tipo tranquilo. Bastante normal. No voy oliéndole los sobacos a la gente ni uso ropa interior de mujer. Pero siempre hay alguien que se mete conmigo en todos los sitios a los que voy. No me dejan en paz. ¿Se puede saber qué pasa?

—Pienso que eres tú el que lo provoca, de algún modo.

—Muy bien, Eddie, deja de pensar un rato y mira a ver si puedes ponerme un vodka doble con tónica, y una pizca de lima.

—Lima no tengo.

—Sí que tienes. La estoy viendo desde aquí.

—Esa lima no es para ti.

—¿Ah, no? ¿Y para quién es? ¿Para Elizabeth Taylor? Escucha, si esta noche quieres dormir en tu cama, más te vale que me pongas de esa lima. En mi copa. Pronto.

—¿Ah, sí? ¿Qué vas a hacer? ¿Y con qué ejército?

—Di una sola palabra más, amigo, y tendrás problemas de respiración.

Se quedó allí de pie, mirándome, decidiendo si seguirme el juego o no. Pestañeó, se alejó sensatamente y empezó a ponerme la copa. Yo le observaba con atención. Ni un truco. Me trajo la copa.

—No era más que una broma, señor, ¿no le gustan las bromas?

—Depende de cómo se hagan.

Eddie volvió a alejarse, se puso al otro extremo de la barra.

Levanté la copa, me la eché al coleteo de un trago. Después saqué un billete. Cogí la lima, la exprimí encima del billete. Después la envolví con el billete y la tiré rodando por encima de la barra hacia el camarero. Se detuvo frente a él. El camarero la miró. Me puse de pie muy despacio, hice un poco de ejercicio para el cuello, me di la vuelta y me marché. Decidí regresar a la oficina. Tenía trabajo que hacer. Yo tenía los ojos tristes y nadie me quería, excepto yo mismo. Mientras iba andando tarareaba mi trozo preferido de «Carmen».

Metí la llave en la puerta de mi oficina, la abrí de golpe, y allí estaba ella: Jeannie Nitro, sentada sobre mi escritorio, con las piernas cruzadas, balanceando los tobillos.

—Belane, borrachín, ¿qué tal te va? —sonrió.

Estaba estupenda. Me di perfecta cuenta de dónde residía el problema de Grovers. ¿Qué importaba que fuese una extraterrestre? Estaba tan buena que lo que uno habría querido era que hubiese más de ésas por ahí. Pero Grovers era cliente mío. Yo tenía que cargarme a aquélla, hacerla desaparecer, borrarla de la foto. Nunca podía descansar. Siempre tenía que correr detrás de alguien.

Di la vuelta alrededor de mi escritorio, me dejé caer sobre la silla, lancé el sombrero hacia el perchero, encendí un puro y suspiré. Jeannie seguía sentada sobre el escritorio, balanceando las piernas.

—Contestando a tu pregunta, Jeannie, me va muy bien.

—He venido para hacer un trato contigo, Belane.

—Prefiero escuchar una sonata de Scarlatti.

—¿Cuánto hace que no estás con una mujer?

—¿Y a quién le importa eso?

—A ti debería...

—¿Y qué pasa si no?

—¿Y qué pasa si sí?

—¿Me estás ofreciendo tu cuerpo, Jeannie?

—Tal vez.

—¿Qué quiere decir ese tal vez? O lo ofreces o no lo ofreces.

—El cuerpo es parte del trato.

—¿Y cuál es el trato?

Jeannie bajó del escritorio y empezó a caminar de un lado a otro de la alfombra. Estaba muy bien caminando por la alfombra.

—Belane —dijo, sin dejar de caminar—, yo pertenezco a la primera oleada de una fuerza invasora procedente del espacio. Vamos a tomar la Tierra.

—¿Por qué?

—Soy del planeta Zaros. Tenemos exceso de población. Necesitamos la Tierra para nuestro excedente de población.

—Muy bien, pero ¿por qué diablos no venís sin más? Sois exactos a los humanos. Nadie lo notaría jamás.

Jeannie dejó de caminar y se paró frente a mí.

—Belane, nosotros no somos así. Lo que ves no es más que un espejismo.

Jeannie se acercó y volvió a sentarse sobre mi escritorio.

—¿Cómo eres realmente? —le pregunté.

—Así.

Hubo un destello de luz púrpura. Miré sobre mi escritorio. Allí estaba aquella

cosa. Era como una serpiente mayor de lo normal, sólo que estaba recubierta con un pelo grueso y en el centro tenía una gota redonda y húmeda con un solo ojo. La cabeza no tenía ojos, sólo una boca fina. Era una cosa con un aspecto realmente asqueroso. Agarré el teléfono, lo levanté bien alto y golpeé con todas mis fuerzas. Fallé. La cosa se había deslizado hacia un lado. Se arrastró hacia la alfombra. Corrí detrás de ella para aplastarla con el zapato. Hubo otro destello de luz púrpura y apareció Jeannie otra vez.

—Estúpido —dijo—, has intentado matarme. ¡No me pongas furiosa o te borro del mapa!

Echaba chispas por los ojos.

—Está bien, nena, está bien, es que me he hecho un poco de lío. Lo siento.

—Vale, olvídalo. Bueno, pues nosotros somos una avanzadilla que ha venido a explorar la Tierra por nuestro exceso de población. Pero nos parece que sería sensato contar con algunos de los humanos para nuestra Causa. Como tú, por ejemplo.

—¿Y por qué yo?

—Eres el tipo perfecto, eres bobo, egocéntrico y no tienes carácter.

—¿Y Grovers? ¿Por qué él? ¿Por qué los cadáveres? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

Jeannie se rió.

—Nada. Simplemente *aterrizamos* allí. Y de algún modo me encariñé con él, un poco de coqueteo, algo con que entretenerme...

—¿Y yo? ¿Has perdido la cabeza por mí, nena?

—Tú eres útil para la Causa.

Vino hacia mí. Yo estaba totalmente en trance. Pegó su cuerpo al mío, nos apretamos uno contra el otro. Nos abrazamos y nuestras bocas se unieron. Su lengua entró rápida en mi boca, era una lengua caliente y zigzagueaba como una pequeña serpiente.

La aparté de un empujón.

—No —dije—, lo siento, ¡no puedo!

Me miró.

—¿Qué pasa, Belane? ¿Estás demasiado viejo?

—No es eso, nena...

—¿Qué pasa entonces?

—No quiero herir tus sentimientos...

—Dímelo, Belane...

—Bueno, es que podrías volver a convertirte en esa cosa horrible con un bulto en el medio y un solo ojo...

—Para ahí, jodido gordo, ¡los zaronianos somos guapísimos!

—Ya sabía que no lo ibas a entender...

Volví a rodear mi escritorio, me senté, abrí el cajón, cogí la botella de vodka, la destapé, di un trago.

—¿Cómo habéis aterrizado? —le pregunté a Jeannie.

—Por un tubo espacial.

—Un tubo espacial, ¿eh? ¿Y cuántos sois?

—6.

—No sé si podré ayudarte, nena...

—Me ayudarás, Belane.

—¿Y si no lo hago?

—Eres hombre muerto.

—Jesús, primero la señora Muerte. Ahora tú. Las damas no hacen más que amenazarme de muerte. ¡Muy bien! Quizá yo tenga algo que decir al respecto...

Metí la mano en el cajón y busqué la Luger. La cogí. Quité el seguro y la encañoné.

—¡Te voy a hacer volar por los aires de vuelta a Zaros, nena!

—¡Adelante, aprieta el gatillo!

—¿Qué?

—¡He dicho que aprietes el gatillo, Belane!

—¿Crees que no lo voy a hacer?

Sentí que empezaba a sudar por las sienes.

—¿Crees que no lo voy a hacer? —repetí. Jeannie simplemente me sonrió.

—¡Aprieta ese maldito gatillo, Belane! Toda mi cara era puro sudor.

—¡Por favor, regresa a Zaros, cariño!

—¡NO!

Apreté el gatillo. Hubo un gran estruendo y sentí el culatazo de la pistola en mi mano. Me aparté el sudor de los ojos y miré.

Jeannie estaba allí, de pie, sonriéndome. Miré más detenidamente. Tenía algo en la boca. Era la bala. Había atrapado la bala con los dientes. Vino hacia el escritorio, se detuvo y después escupió la bala en mi cenicero.

—¡Nena! —dije—. ¡Podemos ganar un montón de dinero con ese numerito! ¡Podemos asociarnos! ¡Nos haríamos ricos! ¡Piensa en ello!

—No pensaré en ello, Belane. Sería desperdiciar mis poderes.

Di otro trago al vodka. Sí que tenía un problema serio con aquella Jeannie.

—Bien —dijo Jeannie—, te captaré para nuestra Causa, la Causa de Zaros, te guste o no. Todavía estamos revisando el plan para habitar la Tierra. Se te contactará e informará cuando nos convenga.

—Oye, Jeannie, ¿no puedes buscarte a otra persona para ese maldito asunto?
Sonrió.

—Belane, ¡tú has sido el Elegido!

Hubo un resplandor de luz púrpura y desapareció.

Llamé a Grovers por teléfono. Estaba en casa.

—¿Qué tal el negocio, Grovers?

—Estable —dijo—, aquí no se nota la recesión.

—Su caso con Jeannie Nitro está cerrado. Ya no volverá a molestarle. Le mandaré la minuta del último pago por correo.

—¿El último pago? ¿Está intentando estafarme?

—Grovers, le he sacado a esa nena extraterrestre de encima. Ahora le toca pagar.

—Está bien, está bien... pero ¿cómo lo ha hecho?

—Secreto profesional, tío.

—Está bien, supongo que tengo que estar agradecido.

—No lo suponga, hágalo. Y pague la cuenta, si no quiere utilizar una de sus cajas de pino. ¿O la prefiere de nogal?

—Bueno, veamos... —empezó a decir. Suspiré y colgué.

Puse los pies sobre mi escritorio. Estaba haciendo progresos. Ahora lo único que tenía que hacer era pillarle el culo a Cindy Bass y localizar al Gorrión Rojo. Por supuesto, Jeannie Nitro se había convertido ahora en mi problema. Yo era mi propio cliente. Pero Céline y Grovers ya eran historia. En cierto modo, empezaba a sentir que era un auténtico profesional. Pero, antes de poder relajarme, la señora Muerte me vino otra vez a la cabeza. Todavía seguía allí.

Sonó el teléfono, lo cogí. Era la señora Muerte.

—Todavía sigo aquí, Belane.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones, nena?

—No puedo. Disfruto demasiado con mi trabajo.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Tú sólo trabajas en la Tierra?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, quiero decir, ¿tu trabajo también incluye, digamos, eh... extraterrestres?

—Por supuesto. Extraterrestres, gusanos, perros, pulgas, leones, arañas, lo que quieras.

—Es bueno saberlo.

—¿El qué es bueno saberlo?

—Que trabajas con extraterrestres.

—Me aburres, Belane.

—Me alegro de ello, nena.

—Oye, tengo trabajo que hacer...

—Contéstame sólo a una pregunta...

—Veremos. ¿Cuál es?

—¿Cómo matas a los extraterrestres?

—Es muy fácil.

—Las balas no sirven. ¿Tú qué usas?

—Eso es secreto profesional, Belane.

—A mí me lo puedes decir, nena, mantendré la boca cerrada.

—De eso ya me ocuparé yo, gordito —dijo justo antes de colgar.

Colgué y volví a poner los pies sobre el escritorio. ¡Jesús!, 6 extraterrestres a la caza y captándome para la Causa. Debería notificarlo a las autoridades. ¡Pues sí que me iba a servir eso de mucho! Tenía que resolverlo yo solo. Parecía condenadamente difícil. Quizá fuese mejor que me tomara un tiempo antes de decidir algo. Destapé el vodka y di un traguito. Después de todo, todavía quedaban el Gorrión Rojo y Cindy Bass. Saqué una moneda y la lancé al aire: cara, Gorrión Rojo; cruz, Cindy Bass. Salió cruz. Sonreí, me recosté en mi sillón y pensé en ella: Cindy Bass. Pillarle el culo.

Bueno, para festejar los progresos que me convertían probablemente en el mejor detective de Los Ángeles, cerré la oficina, cogí el ascensor en dirección a la planta baja y salí a la calle. Quería ir hacia el sur, lo hice. Llegué al Sunset Boulevard y me dediqué a pasear. El problema del Sunset, en aquel trozo, es que no tiene muchos bares. Seguí andando. Finalmente encontré uno, un sitio medio elegante. No tenía ganas de sentarme en un taburete. Me senté en un compartimento. La camarera vino hacia mí. Llevaba una minifalda, tacones altos, una blusa transparente y un sostén bien relleno. Todo le estaba demasiado pequeño: su uniforme, el mundo, su cerebro. Tenía un rostro duro como el acero. Cuando sonreía dolía. Le dolía a ella y me dolía a mí. Siguió sonriendo. Aquella sonrisa era tan falsa que se me erizaron los pelos del brazo. Aparté la mirada.

—¡Hola, cariño! —dijo—, ¿qué te pongo?

Yo no le miré a la cara. Miré su diafragma. Estaba al aire. Tenía un papelito rosa, rojizo, pegado encima del ombligo. Le hablé al papelito rosa.

—Vodka con tónica y lima.

—¡Muy bien, cariño!

Se alejó con paso suave, tratando de menear el trasero provocativamente. No lo consiguió.

De repente empecé a deprimirme. No, no, Belane, me dije a mí mismo.

No dio resultado. Todo el mundo estaba jodido. No había ganadores. Sólo había ganadores aparentes. Todos íbamos detrás de un montón de nada. Día tras día. Sobrevivir parecía ser lo único necesario. Y eso no parecía suficiente. No con la señora Muerte esperando. Me volvía loco cuando pensaba en eso.

No pienses en eso, Belane, me dije a mí mismo.

No dio resultado.

Vino la camarera con mi copa. Puse un billete sobre la mesa. Lo cogió.

—¡Gracias, cariño!

—Espera —dije—, tráeme la vuelta.

—No hay ninguna vuelta.

—Entonces considera incluida la propina.

Abrió unos ojos como platos. Estaba perpleja.

—¿Tú qué eres, un maldito vaquero?

—¿Qué es eso de vaquero?

—¿No sabes lo qué es un maldito vaquero?

—No.

—Es alguien que se lo quiere montar gratis.

—¿Eso quién lo ha inventado? ¿Tú?

—No. Así es como les llaman las chicas.

—¿Qué chicas? ¿Las vaqueras?

—Pero bueno, ¿a usted le ha picado un bicho raro o qué?

—Es más probable que sea un «qué».

—¡MARY LOU! —oí que decía una voz fuerte—, ¿TE ESTÁ CAUSANDO PROBLEMAS ESE GILIPOLLAS?

Era el camarero de la barra, un tipo pequeñito con cejas de escarabajo.

—No te preocupes, Andy, ya me ocupo yo de este gilipollas.

—Sí, Mary Lou —le dije—, probablemente te habrás ocupado de montones de gili-pollas.

—¡EH, TÚ, MAMÓN! —gritó.

Vi a Cejas de Escarabajo saltar por encima de la barra. Cosa excepcional para un tipo de su tamaño. Puse mi copa violentamente sobre la mesa y me levanté para recibirle. Esquivé su rechazazo y le di con toda mi rodilla en sus partes. Cayó rodando por el suelo. Le di una patada en el culo y salí al Sunset Boulevard.

Mi suerte en los bares iba de mal en peor.

Así que me fui a casa y bebí y así pasé aquel día y aquella noche.

Me desperté alrededor de mediodía, me deshice de algunos residuos, me lavé los dientes, me afeité, medité. No me sentía demasiado mal. No sentía demasiado. Me vestí. Puse a cocer un huevo, dejé hervir el agua. Bebí un vaso de zumo de tomate mezclado con cerveza. Puse el huevo debajo del grifo de agua fría, lo pelé, me lo comí y después ya me sentí como nuevo.

Cogí el teléfono y llamé a Jack Bass a su oficina. Le dije quién era. No pareció que estuviera muy contento conmigo.

—Jack —le dije—, ¿recuerda a aquel francés del que le hablé?

—¿Sí? ¿Qué le pasa?

—Le he quitado de en medio.

—¿Cómo?

—Está muerto.

—Bien. ¿Era ése el sujeto?

—Bueno, él estaba en contacto con ella.

—¿Contacto? ¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Bueno, no quiero herir sus sentimientos.

—Póngame a prueba, Belane.

—Mire, yo estoy tratando de pillarle el culo a Cindy. Para eso me contrató. ¿No es así?

—No sé por qué le contraté. Creo que fue un error.

—Jack, cogí al francés. Está muerto.

—¿Y eso adonde nos lleva?

—A que ya no puede tirársela.

—¿Pero lo hacía?

—Jack...

—¿Se la ha tirado usted? ¡Usted, con toda esa mierda de «pillarle el culo»! ¿Qué es usted, un perverso?

—Oiga, yo sigo muy de cerca a Cindy. Queremos pruebas que se puedan palpar.

—¡Ya estamos con lo mismo!

—Nos estamos acercando, Jack. No nos llevará mucho tiempo. Confíe en mí.

—¿Entonces hay algo más aparte del francés?

—Creo que sí.

—¿Cree que sí? ¿Cree que sí? Joder, le estoy pagando un montón de dinero. Han pasado semanas ¿y lo único que puede decirme es que hay un francés muerto y «Creo que sí»? ¡No hace más que dar palos de ciego! ¡Quiero acción! ¡Quiero pruebas! ¡Quiero que esto reviente de una vez y saber qué pasa!

—Dentro de 7 días, Jack.

—Le doy 6.

—6 días, Jack.

Se hizo un silencio al otro lado. Después volvió a hablar.

—Está bien. Salgo para el aeropuerto dentro de una hora. Tengo que hacer unos negocios en el Este. Volveré dentro de 6 días.

—Estará todo solucionado, chaval.

—No me llame chaval. ¿Qué es toda esa mierda de «chaval», «chaval»?

—No es más que una forma de hablar...

—¡Usted arregle todo este lío o se las voy a hacer pasar moradas, cabrón!

—¿Me está hablando a mí, Jack?

El teléfono se había quedado mudo en mi mano. Me había colgado. El muy gilipollas. Bueno... era hora de ponerse a trabajar...

Así que allí estaba yo, aparcado cerca de la casa de Bass, a media manzana. Era por la tarde, no, por la noche, alrededor de las 8. El Mercedes rojo de Cindy estaba aparcado en la entrada del garaje. Tenía el presentimiento de que estaba en la pista de algo. Algo iba a pasar. Podía olerlo en el aire. Apagué el puro. Cogí el teléfono del coche y llamé para que me informaran de los resultados de la 9ª carrera. Había vuelto a perder. La vida te machaca. Me sentía agobiado, agotado. Me dolían los pies.

Probablemente Cindy estaría allí dentro viendo alguna estupidez en la tele, con sus tibias piernas cruzadas y riéndose de alguna bobada obvia. Entonces empecé a pensar en Jeannie Nitro y sus cinco compinches espaciales. Querían captarme. Yo no era ningún cagueta. Tenía que acabar con aquella banda. Tenía que haber una forma. Tal vez si pudiera encontrar al Gorrión Rojo, el Gorrión Rojo me cantarían la respuesta. ¿Me había vuelto loco? ¿Todo aquello estaba sucediendo de verdad?

Levanté el auricular y marqué el número de John Barton. Estaba en casa.

—Oiga, John, soy Belane. Me está resultando muy difícil echarle el guante al Gorrión Rojo. Quizá sea mejor que se busque a otro.

—No, Belane, tengo confianza en usted. Lo conseguiré.

—¿De verdad lo cree?

—No tengo la menor duda.

—Bueno, entonces seguiré con el caso.

—Bien.

—Si averiguo algo le llamaré.

—Sí, hágalo. Buenas noches.

Colgó. Un tipo simpático.

Iba a volver a encender mi puro. Casi lo escupo. Cindy Bass estaba saliendo de la casa. Se dirigió hacia su coche. Subió.

Venga, nena, guíame al asunto.

Arrancó el coche, encendió las luces y salió marcha atrás. Dio un viraje brusco, se dirigió hacia el norte. La seguí a una distancia de media manzana, más o menos. Después giró y se metió en la avenida principal; en la Autopista de la Costa del Pacífico, para ser exactos. Se dirigió hacia el sur. Yo iba a tres coches de distancia. Pasó un cruce y el semáforo se me puso rojo. Tenía que saltármelo. Estuvieron a punto pero no me dieron. Me pitaron y alguien me llamó gilipollas. A la gente le falta originalidad.

Después me coloqué otra vez a tres coches de distancia, detrás de ella. Iba por el carril de la derecha. Comenzó a aminorar, después se metió por una lateral, la entrada de un motel. Motel Dunas de Miel. Qué dulce. Entró y aparcó en el nº 9. Yo me dirigí al nº 7. Aparqué, apagué las luces y esperé.

Bajó del coche, subió por el sendero hasta la puerta y llamó. Se abrió la puerta y apareció un tipo.

—¡Ay, Cindy!

Había suficiente luz y le pude ver bien. Tenía buen aspecto. No digo para mí. Sino que debía de tenerlo para ella. Era joven. Tenía un rostro suave, inexpresivo, con unas cejas finas y un montón de pelo. De hecho parecía que llevaba una pequeña coleta. Ya saben. En una trenza. Un auténtico memo. Se abrazaron en la puerta. Unos besos. Oí que Cindy se reía. Después ella entró y la puerta se cerró.

Cogí mi cámara de filmar y me fui hacia el mostrador de recepción.

Entré. Allí no había nadie. Había un mostrador pequeño. Un timbre. Llamé al timbre. Nada. Llamé al timbre bien fuerte, 6 veces.

Apareció alguien. Un pedo viejo. Estaba descalzo, llevaba una camisa larga de dormir y un gorro de punto.

—Ajá —dije—, preparado para echarse un buen sueñecito, ¿eh?

—Puede que sí o puede que no, ¿a ti qué te importa?

—No tenía intención de ofenderle, caballero. Necesito una habitación. ¿Tiene alguna libre?

—¿No serás un chaperero?

—Oh, no, señor.

—¿Vendes droga?

—No, señor.

—¡Qué pena! Necesitaba un poco de coca.

—Soy vendedor de Biblias, señor.

—¡Qué asco!

—Sólo intento propagar la palabra de Dios.

—Bueno, bueno, pero no propagues esa mierda a mi alrededor.

—Como quiera.

—¡Qué gilipollas!

—Bueno, señor, necesito una habitación.

—Tenemos dos. La nº 8 y la nº 3.

—¿Ha dicho la nº 8?

—He dicho la nº 8 y la nº 3. ¿Qué pasa, estás sordo?

—Me quedo con la nº 8.

—35 pavos. En efectivo.

Saqué la pasta. La agarró. Tiró una llave sobre el mostrador.

—¿No me da un recibo?

—¿Un qué?

—Un recibo.

—¿Cómo se escribe eso?

—No lo sé.

—Entonces no te lo doy.

Cogí la llave, me largué de allí, bajé andando hasta la habitación nº 8, metí la llave en la cerradura y abrí. Un sitio agradable. Si uno fuese un vagabundo.

Fui a buscar un vaso a la cocina. Me lo llevé a la habitación y lo puse pegado a la pared que daba a la nº 9. Tuve suerte. Podía oírles.

—Billy —oí que decía Cindy—, no nos precipitemos. Antes quiero que hablemos un poco.

—Podemos hablar después —dijo Billy—. La tengo como un garrote de matar osos y algo tengo que hacer. ¡Necesito carne, no palabras!

—Antes quiero darme una ducha, Billy.

—¿Una ducha? ¿Qué pasa, has estado trabajando en el jardín?

—Ay, Billy, ¡qué gracioso eres!

—Está bien, ¡vete a la ducha! ¡Yo le echaré un poco de agua helada a esta cobra!

—¡Ay, Billy! ¡Ja, ja, ja!

Sonreí por primera vez desde hacía muchas semanas. Iba a pillarle el culo.

Seguí con el vaso pegado a la pared, escuchando. Oí correr el agua de la ducha. Pobre Bass, estaba en lo cierto. Pero todos estamos en lo cierto y equivocados y viceversa. ¿Pero qué importa realmente quién se tira a quién? Al final es todo tan monótono. Follar, follar, follar. Bueno, la gente se engancha a algo. Después de que les cortan el cordón umbilical se enganchan a otras cosas. A la visión, el sonido, el sexo, el dinero, los espejismos, las madres, la masturbación, el asesinato y a las resacas de los lunes por la mañana.

Bajé el vaso, busqué en mi abrigo, encontré la petaca de ginebra, di un traguito. Eso siempre quita las telarañas de la cabeza.

Empecé a pensar en cambiar de trabajo. Allí estaba yo, a punto de irrumpir en una habitación y filmar la escena de unos follando, y sencillamente no tenía ningunas ganas de hacerlo. Era sólo un trabajo para pagar el alquiler, el alcohol, sin otro objetivo que esperar el último día o la última noche. Sólo haciendo tiempo. Qué mierda. Tendría que haber sido un gran filósofo, les hubiera dicho a todos lo tontos que éramos, de un lado a otro, metiendo y sacando aire en los pulmones.

Mierda, me estaba deprimiendo. Di otro trago a la ginebra, después volví a pegar el vaso a la pared. En ese momento ella debía de estar saliendo de la ducha.

—¡Jesús bendito! —dijo él—, ¡estás más buena que un pan! ¡Joder!

—Ay, Billy, ¿lo crees de verdad?

—Acabo de decírtelo, ¿no?

—Dices unas cosas de lo más tiernas, Billy.

—¡Pero mira el tamaño de esas tetas, joder! No entiendo como no te caes pa'lante y te das con todos los morros contra el suelo, aunque supongo que ese culazo te lo impide.

—Oh, Billy, no tengo un trasero tan grande.

—Nena, ¡eso no es un trasero! ¡Eso que tienes ahí es un contenedor lleno de gelatina, mermelada y pudin!

—¡Pero Billy!, ¿yo no te importo? ¿No te importa lo que tengo dentro de mí?

—Mira, nena, ¿es que no ves lo que tengo aquí delante, palpitando y saltando sin parar? ¡Esto es lo que vas a tener *dentro* de ti!

—Billy, creo que he cambiado de idea...

—Nena, ¡tú no tienes ninguna idea que cambiar! ¡Ven aquí! ¡Trep a esta Torre de Potencia!

Despegué el vaso de la pared, comprobé la cámara de filmar, salí y pasé al porche de la nº 9. El cerrojo de la puerta fue fácil. Lo abrí con la tarjeta Visa.

Oí los quejidos de los muelles de la cama que llegaban desde el dormitorio. Conecté la cámara e irrumpí en el cuarto. Empecé a filmar. Billy embestía como un conejo enloquecido. No sé cómo pero notó mi presencia. Se quitó de encima de Cindy y saltó al suelo. La boca completamente abierta. Primero muy asombrado y

después muy furioso. Normal.

Me miró.

—Mierda, ¿qué es esto? ¿Qué COÑO es esto? Cindy estaba sentada en la cama.

—Es un detective, Billy. Está loco. Una vez que Jack y yo estábamos echando un polvo entró en el dormitorio y empezó a filmarnos. Está totalmente majareta, Billy.

La miré.

—¡Tú cállate, Cindy! ¡Se acabó! ¡Por fin te he pillado el culo!

Billy vino hacia mí.

—Eh, tú, amigo, ¿crees que te voy a dejar salir vivo de aquí?

—Claro que sí, amigo, me iré sin ningún problema, sin ningún problema en absoluto.

—¿Y quién lo dice?

—Lo dice este amigo que tengo aquí.

Saqué el 32 de la funda que llevaba a la espalda.

—Esa mierda no va a detenerme.

—¡Inténtalo, imbécil!

Seguía acercándose a mí lentamente.

—He matado a 3 hombres, Billy. ¡Me importa un carajo si en lugar de 3 son 4, chaval!

—Mentiroso, mentiroso —sonrió, acercándose—, ¡te va a crecer la nariz!

—¡Un paso más y estás liquidado, cara culo!

Dio el paso. Disparé.

Ni se movió. Después miró hacia abajo, se llevó la mano hacia el ombligo y se sacó la bala. No había sangre, ni siquiera una magulladura.

—Las balas no me hacen nada —dijo—, y tú tampoco.

Me arrancó el revólver de la mano y lo tiró a un rincón del dormitorio.

—Ahora será sólo tú contra mí —dijo.

—Mira, amigo, vamos a discutirlo. Te puedes quedar con la cámara. Yo me retiro de este negocio. No volverás a verme nunca más.

—Ya lo sé, porque voy a matarte.

—¡Sí! —dijo Cindy desde la cama—, ¡mata a ese asqueroso desgraciado!

La miré.

—Tú no te metas, Cindy, esto es algo entre este caballero y yo.

Miré a Billy.

—¿No es así, Billy?

—Exacto —contestó.

A continuación me cogió y me arrojó al otro lado de la habitación. Me estrellé contra la pared y caí al suelo.

—Billy —le dije—, ¡no vamos a dejar que un culo gordo que se ha tirado media ciudad provoque resentimientos entre nosotros!

Billy soltó una carcajada y vino hacia mí.

Entonces me di cuenta. Aquel tipo era un extraterrestre. Lo noté porque la bala no le había hecho nada.

Me levanté y me apoyé en la pared.

—¡Te he calado, Billy! —grité. Se detuvo.

—¡No me digas! Cuéntamelo.

—¡Eres un extraterrestre! Cindy se rió.

—¡Ya te he dicho que este tipo estaba chiflado! —dijo. Miré a Cindy.

—Este tipo no es más que algo parecido a una serpiente con pelo y un solo ojo enorme. Se camufla en lo que parece un cuerpo humano, pero es un espejismo.

Billy se había quedado quieto, mirándome.

—¿Dónde has conocido a este tipo, Cindy? —le pregunté.

—En un bar. Pero no me creo esa mierda que cuentas. No es ningún extraterrestre.

—Pregúntaselo tú.

Cindy volvió a reírse.

—Vale. Oye, Billy, ¿eres un extraterrestre?

—¿Eh? —contestó él.

—¡Lo ves, lo ves! —le dije a Cindy. Billy la miró.

—¿Vas a creer a este chalado?

—Claro que no, Billy. ¡Venga, adelante, acaba con él de una vez!

—Vale, nena...

Billy avanzó hacia mí. Entonces hubo un destello de luz púrpura en la habitación y allí, de pie, apareció Jeannie Nitro.

—Jeannie —dijo Billy—, yo...

—¡Cállate la boca, hijo de puta! —dijo Jeannie.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó Cindy, mientras empezaba a vestirse. Billy estaba todavía con los cojones y el culo al aire.

—¡Hijo de puta! —dijo Jeannie—, ¡te dije que no confraternizases con los humanos!

—Nena, no pude evitarlo, estaba como una moto. Una noche estaba sentado en un bar y entró este cañón.

—¡Las órdenes eran «Nada de Sexo con los Terrícolas»!

—Jeannie, tú sabes que eres la única que existe para mí. Pero es que has estado tan ocupada y todo eso...

—¡Tú te lo has buscado, Billy! —dijo, y apuntó su mano derecha hacia él.

—¡No, Jeannie, no!

Hubo un destello púrpura y Billy se convirtió instantáneamente en una serpiente peluda con un ojo húmedo que empezó a zigzaguear a gran velocidad por el suelo de la habitación. La mano derecha de Jeannie volvió a apuntarle una vez más, hubo otro

destello y un rugido y entonces Billy, el extraterrestre, desapareció.

—¡No puedo creerme lo que acabo de ver! —dijo Cindy.

—Sí, ya lo sé —dije.

Entonces Jeannie me miró.

—No lo olvides, Belane, tú has sido elegido para la Causa, la Causa de Zaros.

—Ya —dije—, no hay modo de olvidarlo.

Entonces hubo un tercer destello de luz y Jeannie desapareció.

Cindy ya estaba completamente vestida aunque todavía en estado de shock.

—No me puedo creer lo que acabo de ver aquí.

—Nena, Jack me contrató para que acabara con tus líos y eso es lo que he hecho.

—¡Tengo que largarme de aquí! —dijo.

—Hazlo. Y no te olvides de lo que tengo dentro de esta cámara. O te portas bien o se lo daré a Jack.

—Está bien —suspiró—, tú ganas.

—Soy el mejor detective de Los Ángeles. Ya te habrás dado cuenta a estas alturas.

—Oye, Belane, yo tengo algo que puedo darte a cambio de esa cámara.

—¿El qué?

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, no, Cindy, a mí no se me puede comprar. De todos modos, muy amable por intentarlo.

—¡Bueno, pues que te den por culo, gordinflón! —dijo. Se volvió y se dirigió hacia la puerta. Miré cómo se bamboleaban aquellas caderas increíbles.

—¡Cindy! —dije—, ¡espera un momento!

Ella se volvió, sonriendo.

—¿Sí?

—Nada. Vete...

Entonces salió por la puerta.

Yo me metí en el cuarto de baño y alivié mis necesidades, y no me estoy refiriendo a mover los intestinos. Pero fui un auténtico profesional. Otro caso resuelto.

Al día siguiente en la oficina llamé a Jack Bass por teléfono.

—¿Todavía quiere divorciarse de Cindy, Jack?

—No sé. ¿Ha averiguado algo?

—Digámoslo así: los dos caballeros con los que ella tuvo contacto ahora están muertos.

—Contacto. ¿Qué demonios quiere decir con «contacto»?

—Jack, por favor, esos tipos ya están muertos, eran un francés y un extraterrestre.

—¿Un extraterrestre? ¿Pero qué clase de mierda quiere que me trague?

—Ninguna mierda, Jack. Nos han invadido unos pocos extraterrestres que vienen de Zaros. Ella conoció a uno en un bar. Un tipo con un buen paquete.

—¿Está muerto?

—Sí, ése y el francés, como le he dicho.

—¿Usted se dedica a matar?

—Jack, esos tipos han desaparecido. Cindy ya no se irá más de juerga. Puede quedarse tranquilo.

—¿Y cómo sé yo que ella ya no va a irse más de juerga?

—No se preocupe. Tengo un as en la manga. Ya no se va a ir más de juerga.

—Tiene usted algo filmado que ella no quiere que yo vea, ¿no es eso?

—Puede que sí. Puede que no. Digamos que tengo algo con lo que puedo pillarle el culo si lo hace.

—Pero yo quiero que ella esté conmigo por mí mismo y no por un chantaje.

—¡Qué más da, chantaje, sentimentalaje! Jack, ya no va a irse más de juerga. Me he deshecho de sus contactos y ella ya se encargará de no quitarse las bragas. ¿Qué más quiere? Tal vez llegue incluso a encariñarse con usted. Dele una oportunidad de acercarse. Ella es joven, necesitaba un poco de juerga, ¡qué cojones!

—¿Con un extraterrestre?

—Pues ya puede estar contento. Nadie sabrá nunca quién era. Es casi como si no hubiera pasado.

—Pero pasó. ¿Y ha dicho que tenía un buen paquete? ¿Cómo era de bueno el paquete?

—No puedo decirlo exactamente. Él estaba en ello...

—¿Y usted miraba?

—Yo interrumpí.

—¿Y el francés? ¿También tenía un buen paquete?

—Jack, esos dos tipos están muertos. Olvídese. Recibirá mis honorarios por correo dentro de un par de días.

—Hay algo en todo esto que no acaba de convencerme.

—Ella ya no va a irse más de juerga, Jack.

—Pero supongamos que lo hace.

—No lo hará porque sabe que yo puedo pillarle el culo.

—Ya estamos otra vez. Usted no se la habrá tirado, ¿no?

—¡Jack, Jack, Jack! ¡Por favor! Soy un profesional.

—¿Y dice que esos tipos están muertos? ¿Y cómo sé que es verdad?

—Jack, lo sabrá por la forma de comportarse ella. Ahora deje ya de preocuparse.

¿Tiene alguna otra cosa para que yo se la resuelva? Soy el mejor detective de Los Ángeles.

—Ahora mismo no tengo nada.

—Muy bien, Jack, que tenga un buen día.

—Vale, vale...

Colgué.

Abrí el cajón del escritorio y saqué el vodka, eché un trago. Las cosas iban saliendo. Lo único que tenía que hacer ahora era encontrar al Gorrión Rojo. Y dejar de enredarme tanto con los extraterrestres. O con la señora Muerte.

Eché otro trago de vodka. Y me di el gusto de sentirme bien. Durante un rato.

A continuación llamé a John Barton por teléfono. Dirigía una imprenta al norte de la ciudad.

—John, soy Belane...

—Qué bien que me haya llamado, Nick. ¿Qué tal va todo?

—Un poco lento, John. Necesito un poco más de información sobre ese Gorrión Rojo.

—Bueno, queremos que el Gorrión Rojo sea el logotipo de nuestra empresa. Hacerlo famoso. Pero resulta que me he enterado de que hay otro Gorrión Rojo por ahí. Necesitamos saber si existe.

—¿Ésa es toda la información en la que se basa?

—Bueno, también quizás una... corazonada...

—¿Ha visto alguna vez a ese Gorrión Rojo?

—Me han dicho que lo han visto.

—¿Le han dicho? ¿Quién?

—Fuentes confidenciales. No puedo divulgarlas.

—Supongamos que encuentro a ese pájaro... ¿Qué quiere que haga? ¿Que lo meta en una jaula?

—No, sólo que me proporcione alguna evidencia real de que existe. Para satisfacer la curiosidad.

—Supongamos que nunca encuentro a ese pájaro...

—Si de verdad está en algún lado, usted lo encontrará. Tengo confianza en usted.

—Oiga, éste es el caso más puñetero que he tenido en toda mi vida.

—Yo siempre le he dicho a todo el mundo que usted era un gran detective. Usted me lo demostrará. Encontrará al Gorrión Rojo.

—Está bien, John. Trabajaré en ello. Pero ya no soy un chaval. Me despierto cansado. Creo que he perdido las energías.

—Usted está en la flor de la vida. Puede hacerlo.

—Está bien, John. Lo intentaré...

—¡Fantástico!

Colgué. Bueno, eso era todo. Pero ¿por dónde podía empezar? Decidí probar en el bar más cercano.

Eran alrededor de la 3 de la tarde. Busqué un taburete y me senté. El camarero se acercó. Un tipo de aspecto solitario. No tenía párpados. Tenía unas crucecitas verdes pintadas en las uñas. Sería un chiflado. No había forma de evitarlos. La inmensa mayoría de la gente estaba loca. Y los que no estaban locos estaban furiosos. Y los que no estaban locos ni furiosos eran idiotas. No tenía escapatoria. Lo único que uno podía hacer era agarrarse bien y esperar el final. Era una tarea difícil. Era la tarea más difícil que se pueda imaginar. Hice un esfuerzo y miré al camarero.

—Un whisky con agua —dije.

No se movió.

—Un whisky con agua —repetí.

—Ah —dijo. Y se alejó al trote.

La vi entrar con el rabillo del ojo. ¿Por qué se dice «rabillo del ojo»? Los ojos no tienen rabillos. Da igual, la vi entrar. Una vieja amiga. Cogió el taburete que estaba a mi derecha.

—Hola, tontorrón —dijo—, ¿empinando el codo?

—Claro, nena.

Era la señora Muerte.

—¡Eh, chico! —le grité al camarero—, ¡que sean dos!

—¿Eh? —contestó.

—Que sean dos whiskies con agua, por favor.

—Ah, vale —dijo.

—¿Se puede saber en qué rollo andas metido, gordinflón? —preguntó la señora.

—Resolviendo casos, como de costumbre.

—O sea, lentamente o jamás.

—No, nena, no. A ver si te enteras: soy el mejor detective de Los Ángeles.

—Lo cual no es mucho.

—Es mejor que cascársela con la mano izquierda.

—A mí no me vengas con insolencias, gordinflón, o te desconecto como a una bombilla.

—Lo siento, nena, tengo los nervios de punta. Quizá una copa me ayude.

Y allí estaba el camarero poniéndolas frente a nosotros.

—¿Qué te ha pasado en los párpados? —le preguntó la señora Muerte.

—Me ha explotado el calentador de gas esta mañana...

—¿Y cómo vas a hacer para dormir esta noche?

—Me envolveré la cabeza con una toalla.

—¿No podrías hacerlo ahora? —pregunté.

—¿Por qué? —preguntó él.

—No importa... —dije, y le pagué.

Alcé mi copa. La señora alzó la suya.

—Larga vida —dijo la dama.

—Eso, larga vida —dije yo.

Hicimos chocar las copas y bebimos. Pedí otra ronda...

Llevábamos unos 30 minutos allí sentados cuando alguien más entró. Otra mujer. Se acercó y se instaló en el taburete que estaba a mi izquierda. Dos mujeres significan el doble de problemas que una sola mujer. Ahora tenía problemas por los dos lados. Estaba bien sentado. Pero seguro que me iban a dar por culo.

La otra mujer era Jeannie Nitro.

Le pedí al camarero que pusiera otro whisky con agua.

—Nicky —susurró—, tengo que hablar contigo. ¿Quién es esa puta que está sentada contigo?

—Nunca lo adivinarías —contesté.

A continuación fue la señora Muerte la que me habló en un susurro.

—¿Quién es esa puta?

—Nunca lo adivinaría —le contesté.

Llegó la copa y Jeannie se la despachó de un trago.

—Bueno —dije—, supongo que es hora de hacer las presentaciones...

Me volví hacia la señora Muerte.

—Señora, ésta es Jeannie Nitro...

Luego me volví hacia Jeannie.

—Jeannie, ésta es la señora... la señora...

—Señora Uerte —se adelantó a decir ella misma. Se miraron fijamente.

Eh, creo que esto puede resultar muy interesante, pensé. Hice señas al camarero para que volviera a llenar las copas...

Allí estaba yo sentado, esencialmente, entre el Espacio y la Muerte. En forma de Mujer. ¿Tendría alguna oportunidad? A la vez se suponía que debía encontrar al Gorrión Rojo, que tal vez no existía. Sentía que todo era muy raro. Nunca me imaginé que me vería en un embrollo como aquél. Apenas entendía el porqué. ¿Qué podía hacer?

Tomártelo con calma, idiota, llegó rápida la respuesta. Vale.

Habían llegado las copas.

—¡Muy bien, ésta va por las damas!

Hicimos chocar las copas y dimos un trago.

¿Por qué no podía ser yo simplemente un tipo que estuviera sentado viendo un partido de béisbol? Concentrado en el resultado. ¿Por qué no podía ser un cocinero de los que hacen huevos revueltos y actúan despreocupadamente? ¿Por qué no podía ser una mosca en la muñeca de alguna persona, caminando por allí maravillosamente concentrada? ¿Por qué no podía ser un gallo en un gallinero picoteando semillas? ¿Por qué aquello?

Jeannie me dio un codazo y susurró:

—Belane, tengo que hablar contigo...

Puse unos billetes sobre la barra. Después miré a la señora Muerte.

—Espero que no le moleste, pero...

—Ya lo sé, gordinflón, tienes que hablar a solas con esa dama. ¿Por qué iba a molestarme? No estoy enamorada de ti.

—Pero es que parece que usted siempre está pegada a mí, señora.

—Yo estoy pegada a todo el mundo, Nick, sólo que tú eres más consciente de ello.

—Ya, ya.

—Bueno, tú me ayudaste con Céline...

—Sí, Céline...

—Así que yo te dejaré a solas con tu dama un momento. Pero sólo un momento. Tú y yo tenemos un negocio pendiente, así que ya nos veremos.

—De eso no tengo ninguna duda, señora Uerte.

Acabó su copa y se puso de pie. Giró y se dirigió hacia la puerta. Su belleza era indescriptible. Luego desapareció.

El camarero se acercó a coger el dinero.

—¿Quién era? —me preguntó—. Sentí como un mareo cuando pasó a mi lado.

—Alégrate de que sólo haya sido un mareo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Si te lo digo no me creerías —contesté.

—Inténtelo.

—No tengo por qué hacerlo. Oye, ahora esfúmate un poco, quiero hablar con esta

dama.

—Está bien. Pero dígame sólo una cosa.

—Vale.

—¿Cómo hace un tipo gordo y feo como usted para ligar tanto?

—Es por la leche que les echo a los bollitos. Ahora lárgate de una puñetera vez.

—No se pase de listo, amigo —dijo.

—Has sido tú el que ha preguntado.

—¡Pero no tiene por qué contestar de un modo tan desagradable!

—Si eso te ha parecido desagradable, sigue jodiendo la marrana y ya verás.

—Que te den por culo —contestó.

—Has estado brillante —dije—. Y ahora lárgate mientras puedes.

Se alejó lentamente hacia el otro extremo de la barra, se detuvo allí un momento, después se rascó el culo.

Me volví hacia Jeannie.

—Lo siento, nena, pero no puedo evitar enredarme en estas discusiones con cada camarero con el que me topo.

—Está bien, Belane.

Parecía triste.

—Belane, voy a tener que marcharme.

—Bueno, no te preocupes. Tómame una copa para el camino.

—No, lo que quiero decir es que tendré que marcharme, los que están conmigo tendrán que marcharse... de la Tierra. No sé por qué, pero me había encariñado contigo.

—Es comprensible —dije riéndome—, pero ¿por qué se va tu pandilla de la Tierra?

—Lo hemos pensado bien y es demasiado horrible. No queremos colonizar vuestra Tierra.

—¿El qué es demasiado horrible, Jeannie?

—La Tierra. El humo, los asesinatos, el aire contaminado, el agua contaminada, la comida contaminada, el odio, la desesperación, todo. Lo único bonito de la Tierra son los animales y ahora los están exterminando, pronto desaparecerán, a excepción de las ratas domésticas y los caballos de carreras. Es tan triste que no me extraña que bebas tanto.

—Sí, Jeannie. Y no te olvides de nuestras centrales nucleares.

—Sí, me parece que os habéis hundido hasta el cuello.

—Sí, podemos desaparecer en dos días o durar mil años más. No sabemos qué pasará, por eso es tan difícil que haya algo que le importe a la mayoría de la gente.

—Voy a echarte de menos, Belane, y *también* a los animales...

—No es culpa tuya tener que irte, Jeannie...

Vi que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—No llores, por favor, Jeannie, maldita sea...

Extendió el brazo y cogió su copa, se la bebió de un trago, me miró con unos ojos que yo nunca había visto en ningún sitio, y jamás volvería a ver nada que se les pareciese.

—Adiós, gordinflón —dijo sonriendo. Y después se largó.

Así que, al día siguiente, estaba yo de vuelta en mi oficina. Sólo me quedaba una tarea pendiente: localizar al Gorrión Rojo. Nadie llamaba a mi puerta para encomendarme nuevos trabajos. Fantástico. Era hora de poner un poco de orden, un poco de orden en mí mismo. Considerándolo todo, había hecho bastante más de lo que me había propuesto hacer durante toda mi vida. Había conseguido algunas jugadas bastante buenas. No estaba durmiendo en la calle. Por supuesto que había montones de gente buena durmiendo en la calle. Y no eran idiotas, sólo que no encajaban dentro de la maquinaria necesaria en ese momento. Y esas necesidades cambiaban continuamente. El montaje era inflexible y si nos encontrábamos durmiendo en nuestra propia cama por la noche, eso ya era una inapreciable victoria sobre las fuerzas. Yo había tenido suerte, pero también es verdad que algunas de las jugadas me las había pensado bien antes. Pero, considerándolo todo, era un mundo bastante horrible y a menudo me sentía deprimido por la mayoría de la gente que lo habitaba.

Bueno, al diablo con todo. Saqué el vodka y di un trago.

Casi siempre lo mejor de la vida consistía en no hacer nada en absoluto, en pasar el rato reflexionando, rumiando sobre ello. Quiero decir que pongamos que uno comprende que todo es absurdo, entonces no puede ser tan absurdo porque uno es consciente de que es absurdo y la conciencia de ello es lo que le otorga sentido. ¿Me entienden? Es un pesimismo optimista.

El Gorrión Rojo. Era como la búsqueda del Grial. Tal vez fuesen aguas demasiado profundas para mí. Y demasiado calientes.

Eché otro trago de vodka.

Y de pronto unos golpecitos en la puerta. Quitó los pies del escritorio.

—Sí, pase.

Se abrió la puerta y apareció un tipo menudo, vestido con harapos. Olía a algo. Como a queroseno. No estoy seguro. Tenía unos ojos pequeñitos y rasgados. Se acercó hacia mí andando de lado. Se detuvo justo al borde de mi escritorio, se inclinó hacia adelante. Tenía un leve tic en la cabeza.

—¿Belane? —preguntó.

—Tal vez —contesté.

—Aquí le traigo todo —dijo.

—Muy bien —dije—, ahora largúese inmediatamente.

—Tranquilo, Belane, tengo la contraseña.

—¿Ah, sí? ¿Qué contraseña?

—Gorrión Rojo.

—Cuénteme más.

—Sabemos que usted lo anda buscando.

—Conque «sabemos», ¿eh? ¿Y quién es ese «sabemos»?

—No puedo decírselo.

Me levanté, rodeé el escritorio, le agarré por la pechera de su lamentable camisa.

—¿Y si yo hago que lo diga? ¿Y si le arranco la respuesta a patadas?

—No puedo. No lo sé.

Por lo que fuera, le creí. Le solté. Casi se cae redondo al suelo. Di la vuelta y volví a sentarme detrás de mi escritorio.

—Me llamo Amos —dijo—, Amos Redsdale. Puedo decirle cómo llegar al Gorrión. ¿Quiere saberlo?

—¿De qué se trata?

—De una dirección. Ella sabe cosas sobre el Gorrión.

—¿Cuánto?

—75 dólares.

—Que te den por culo, Amos.

—Vale, ¿no le interesa? Entonces me marchó. Tengo que llegar a la primera carrera. Me han dado un soplo para la apuesta doble de hoy.

—50 pavos.

—60 —dijo Amos.

—Está bien, dame esa dirección.

Saqué 3 billetes de veinte y él me dio un pedacito de papel. Lo abrí y leí. Decía: «Deja Fountain, Apartamento 9, 3234 Rudson Drive. Los Ángeles Oeste».

—Oye, Amos, puedes haber escrito cualquier mierda que se te pasara por la cabeza en este papel. ¿Cómo sé que es verdad?

—Usted vaya allí y ya está, Belane. El material es bueno.

—Más te vale que lo sea, Amos, si quieres conservar el culo en su sitio.

—Tengo que llegar a la primera carrera —dijo. Luego se volvió, se dirigió hacia la puerta y desapareció.

Y allí quedé yo sentado con 60 dólares menos y un pedazo de papel en la mano.

Esperé a que fuese de noche, fui hasta allí en coche y aparqué fuera. Un barrio bonito. Definición de barrio bonito: lugar en el que uno no puede permitirse vivir. Bebí un traguito de vodka, me deslicé fuera del coche, cerré la puerta con llave y me encaminé al edificio de apartamentos. Llamé al timbre que había junto a la placa que ponía «Deja Fountain». Se oyó una voz dulce, aunque con un deje irónico:

—¿Sí?

—Busco a Deja Fountain. Es sobre el Gorrión Rojo. Me envía Amos Redsdale. Me llamo Nick Belane.

—No sé de qué diablos me está usted hablando, señor.

—Mierda.

—¿Cómo?

—Nada. Me han tomado el pelo...

—Sólo estaba bromeando un poco, Nicky. Pase, por favor.

Se oyó un fuerte zumbido. Empujé la puerta. Se abrió. Recorrí la mullida alfombra hasta encontrar el apartamento 9. ¿Qué pasaba con el 9? Parecía como si escondiese algo peligroso. Aunque la mayoría de los números me preocupaban. Sólo me gustaban el 3, el 7 y el 8, o sus combinaciones.

Llamé al timbre. Oí pasos. Entonces se abrió la puerta.

Era estupenda. Con un vestido rojo. Ojos verdes. Cabello castaño oscuro, largo. Joven. Con clase. Culo. Perfume de menta. Sus labios sonreían.

—Pase, por favor, señor Belane.

La seguí hacia dentro. Entonces sentí un objeto duro en mi espalda.

—¡Quieto, cabrón! ¡No te muevas! ¡Levanta las manos! ¡Bien alto, a ver si puedes tocar el techo, cabrón!

—¿Eres negro? —le pregunté.

—¿Qué?

—Sólo los negros dicen «cabrón».

Estaba cacheándome. Encontró mi artefacto, lo cogió.

—Muy bien, ya puede darse la vuelta, señor Belane.

Me di la vuelta y le miré. Un tipo enorme aunque blanco.

—Pero si eres blanco —dije.

—Y tú también —contestó él.

—Bueno, pues seré un cabrón —dije.

—Eso ya depende de usted. Le devolveré su cacharro cuando se marche. Seguí a Deja a otra habitación. Me señaló un sillón.

Era una habitación grande. Fría. Emitía peligro.

Deja se acomodó en el sofá, sacó un purito, le quitó el celofán, le pasó un poquito la lengua, arrancó uno de los extremos de un mordisco, lo encendió y expulsó un penacho de humo sexy y azulado. Me clavó sus ojos verdes.

—Me han dicho que está buscando al Gorrión Rojo.

—Sí, para un cliente.

—¿Quién es?

—Eso es confidencial.

—Tengo el presentimiento de que usted y yo podemos ser buenos amigos, señor Belane, muy buenos amigos.

—¿Ah, sí? No me diga...

—Usted es un hombre guapo, a su manera, seguro que ya lo sabe. Tiene ese aspecto de haber vivido bien la vida. Es muy atractivo. La mayoría de los hombres no saben vivir en absoluto, se van desgastando simplemente.

—¿Habla en serio?

—Llámeme Deja.

—Deja.

—Mmmm... ¿por qué no viene aquí y se sienta junto a mí?

Me trasladé y me dejé caer junto a ella en el sofá. Sonrió.

—¿Una copa?

—Por supuesto. ¿Tiene whisky y soda?

—Bernie —dijo ella—, un whisky con soda, por favor.

Minutos después apareció el cabrón que me había quitado mi artefacto. Puso la copa sobre una mesita baja que había frente a mí.

—Gracias, Bernie.

Se alejó, desapareció.

Di un trago al whisky. No estaba mal. No estaba mal.

—Señor Belane —dijo ella—, me han dicho que le dijera que tiene que olvidarse completamente del Gorrión Rojo.

—Yo nunca abandono un caso a menos que sea por expreso deseo de mi cliente.

—Éste lo abandonará, señor Belane.

—Ajá.

—¿Le molesta que fume este puro?

—Ajá.

—¿Quiere darle una calada?

—Ajá.

Deja me pasó el puro. Di una buena calada, tragué el humo, lo solté, le devolví el puro. La habitación se iluminó por un instante, después temblaron un poco las paredes, la alfombra se elevó, volvió a depositarse en el suelo. Un destello de luz azul relampagueó frente a mí. Y su boca estaba sobre la mía. Me besó, luego se apartó. Soltó una carcajada.

—¿Hace cuánto que no está con una mujer, Belane?

—No lo recuerdo...

Volvió a reírse y a continuación su boca volvió a estar sobre la mía. Había pasado mucho tiempo. Deslizó la lengua en mi boca como una serpiente. Su cuerpo era como

una serpiente.

Entonces oí pasos, una voz:

—¡ALTO!

Era Bernie. Estaba allí de pie con dos pistolas, una en cada mano. Una de las pistolas era la mía.

—Está bien, Bernie, está bien —dije.

Bernie respiraba con dificultad, como si no hubiese oxígeno en el aire. Miraba a Deja fijamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡DEJA! —dijo—, ¡SABES QUE TE AMO! ¡LE MATARÉ! ¡TE MATARÉ A TI! ¡ME MATARÉ YO!

Yo estaba en una postura perfecta. Lancé mi pierna derecha hacia arriba y le aticé en todos los huevos. Pegó un grito y cayó agarrándose el centro de la entrepierna. Recogí las armas, puse una en la funda y la otra la mantuve en la mano derecha. Le levanté del suelo con la mano izquierda y le arrojé sobre una silla. Le cogí del pelo y le tiré la cabeza hacia atrás hasta que abrió la boca. Después le metí la pistola en la boca.

—Chupa esto un rato, tío, mientras pienso lo que voy a hacer.

Bernie emitió un gorjeo.

—¡No le mate! —dijo Deja—. ¡Por favor, no le mate!

—¿Qué sabes sobre el Gorrión Rojo, cabrón? —le pregunté. No contestó.

Hundí la pistola más adentro. Entonces le oí tirarse un pedo. Fue un pedo fuerte. Y de los que apestan. Le saqué la pistola de la boca y le tiré al suelo.

—¡Eso ha sido asqueroso! ¡No vuelvas a hacerlo!

Me volví y miré a Deja.

—¿Tiene este tipo una habitación aquí?

—Sí.

Miré a Bernie.

—¡Te vas ahora mismo a tu cuarto y te quedas allí hasta que yo te diga que salgas!

Bernie asintió con la cabeza.

—Ahora, en marcha —le dije.

Se puso de pie y se alejó pesadamente, desapareció por el pasillo. Inmediatamente oí cerrarse una puerta.

Deja había apagado su puro. Ya no sonreía.

—Ya está, nena —le dije—, volvamos a lo que estábamos.

—No quiero.

—¿Qué? ¿Y por qué? Pero si me estabas metiendo la lengua hasta el esófago.

—Usted me da miedo, es demasiado violento.

—Pero es que él ha dicho que te iba a matar, ¿no le has oído?

—Probablemente no hablaba en serio.

—Los «probablemente» no sirven para nada cuando el amor y las armas se dan la

mano.

Deja suspiró.

—Estoy preocupada por Bernie. Estará sentado en su cuarto, solito.

—¿No tiene tele? ¿O puzzles? ¿O un cómic?

—¡Por favor, señor Belane, vayase, por favor!

—Nena, quiero llegar hasta el fondo de este asunto del Gorrión Rojo.

—Esta noche no... esta noche no.

—¿Entonces cuándo?

—Mañana por la noche. A la misma hora.

—Manda a Bernie al cine o algo así.

—Está bien.

Me agaché, cogí mi copa, la acabé. Cuando me fui, Deja estaba sentada en el sofá, con los ojos clavados en la alfombra. Cerré la puerta tras de mí, fui pasillo adelante, salí por el portal y regresé a mi coche. Me subí y lo puse en marcha. Estuve un rato esperando a que se calentara. Era una cálida noche de luna. Y yo todavía estaba empalmado.

Me dirigí a un bar donde todavía no había tenido problemas: el Blinky's. A primera vista parecía estar bien: muchos compartimentos forrados de cuero, idiotas, oscuridad, humo. Una agradable fatalidad flotaba en el aire. Busqué un compartimento, me senté. Llegó la camarera vestida con un traje estúpido: un traje de deporte rosa con unos algodones que le levantaban los pechos. Me dirigió una sonrisa horrible, se le veía un diente de oro. Tenía una mirada vacía.

—¿Qué le sirvo, cielo? —dijo con voz chirriante.

—Dos botellas de cerveza. Sin vaso.

—¿Dos botellas, cielo?

—Sí.

—¿Qué marca?

—Alguna china.

—¿China?

—Dos botellas de cerveza china. Sin vaso.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Sí.

—¿Las dos cervezas se las va a beber usted?

—Eso espero.

—Entonces, ¿por qué no se bebe primero una y después la otra? Así se mantienen frías.

—Pero yo quiero hacerlo así. Tendré mis razones, supongo.

—Cuando las averigües me las cuentas, cielo...

—¿Por qué tengo que contártelas? Igual quiero guardármelas para mí.

—¿Sabe una cosa, caballero? No tenemos ninguna obligación de servirle. Tenemos reservado el derecho de admisión.

—¿Me está diciendo que no me va a servir porque he pedido dos cervezas chinas y no le explico la razón?

—No he dicho que no le vaya a servir. He dicho que nos reservamos el derecho de hacerlo.

—Mire, la razón de todo es por seguridad, una necesidad inconsciente de seguridad. Tuve una infancia de mierda. Dos botellas llenan un vacío que necesita ser llenado. Quizá. No estoy seguro.

—Voy a decirle algo, cielo. Lo que usted necesita es un loquero.

—Muy bien. Pero hasta que consiga uno, ¿puede traerme dos botellas de cerveza china?

Se acercó un tipo enorme con un delantal blanco sucio.

—¿Cuál es el problema, Betty?

—Este tipo quiere dos botellas de cerveza china. Sin vaso.

—Déjalo, probablemente esté esperando a un amigo, Betty.

—No espera a un amigo, Blinky.

Blinky me miró. Otro tipo grande y gordo. Era como dos tipos grandes y gordos.

—¿No espera a ningún amigo? —me preguntó.

—No —contesté.

—Entonces, ¿para qué quiere dos botellas de cerveza china?

—Para bebérmelas.

—¿Y por qué no pide una, la acaba y después pide otra?

—Prefiero hacerlo así.

—Nunca había visto eso.

—Pero ¿por qué no puedo hacerlo? ¿Va contra la ley?

—No, es que es raro, nada más.

—Ya le he dicho que le hacía falta un loquero —dijo Betty.

Ambos se quedaron allí mirándome. Saqué un puro y lo encendí.

—Eso apesta —dijo Blinky.

—Y tus excrementos también —dije yo.

—¿Qué?

—Tráeme tres botellas de cerveza china. Sin vaso —dije.

—Este tipo está chiflado —dijo Blinky. Le miré y solté una carcajada.

—No vuelvas a dirigirme la palabra —le dije—. Y no vuelvas a hacer nada, nada en absoluto, que me irrite o te arrancaré los labios de esa jodida cara, amigo.

Blinky se quedó petrificado. Parecía que fuera a cagarse encima. Betty seguía allí, de pie.

Pasó un minuto. Entonces Betty preguntó:

—¿Qué hago, Blinky?

—Tráele tres botellas de cerveza china. Sin vaso.

Betty se fue a buscar las cervezas.

—En cuanto a ti —le dije a Blinky—, tú te vas a sentar al otro lado de la mesa. Quiero que observes cómo me bebo esas tres cervezas chinas.

—Por supuesto —dijo, logrando deslizarse, no se sabe cómo, dentro de mi compartimento.

Estaba sudando. Le temblaban las tres papadas.

—Blinky —le pregunté—, tú no habrás visto al Gorrión Rojo, ¿no?

—¿El Gorrión Rojo?

—Sí, el Gorrión Rojo.

—No lo he visto —dijo Blinky.

Betty llegaba en ese momento con las cervezas chinas. Por fin.

Así que allí estaba yo la noche siguiente, esperando fuera del edificio de apartamentos. Me había sacado brillo a los zapatos y sólo me había bebido 3 o 4 cervezas. Caía una llovizna suave, un poco siniestra. «Dios está meando», decíamos cuando yo era niño. Me sentía cansado, quiero decir mental y físicamente. No quería jugar más. Quería retirarme. Digamos que a un sitio como Las Vegas. Pasearme de una mesa de juego a otra, con aspecto de listo. Observando cómo los idiotas dilapidan fortunas. Ésa era la idea que yo tenía de pasarlo bien. Relajarme bajo los focos mientras mi tumba abría la boca en un gran bostezo, llamándome. Pero qué coño, si yo no tenía nada de dinero. Y tenía que encontrar al Gorrión Rojo. Llamé al timbre del apartamento 9. Esperé. Volví a llamar. Nada. Oh, Dios. Oh, Dios, Dios, Dios. No quería ni pensarlo. ¿Se habrían largado la tal Deja y aquel cabrón? Tendría que haberlos atrapado la noche anterior. ¿Les había dejado escapar?

Encendí el puro con una mano y con la otra trabajé la puerta con una ganzúa. Se abrió y entré en el vestíbulo. Recorrí el pasillo hasta el 9. Pegué la oreja a la puerta. Nada. Ni siquiera el ruidito de un ratón. Oh, Dios. Maldita sea. Forcé la puerta y entré. Fui directo al dormitorio, abrí el armario. Vacío. No había nada de ropa. Nada más que perchas solitarias. ¡Qué horrible visión! Mi primera pista hacia el Gorrión Rojo convertida ahora en 32 perchas vacías. La había perdido. Como detective era un idiota. Pensé brevemente en el suicidio, lo descarté, busqué en mi abrigo, encontré la botella, bebí un trago de vodka, escupí el cigarro.

Luego me di la vuelta, salí de allí, recorrí el pasillo y el vestíbulo hasta que encontré lo que buscaba. La puerta que ponía:

ADMINISTRADOR, M. TOHIL

Llamé a la puerta.

—¿Sí? —contestaron. Sonaba como si fuese otro tipo grande.

—Flores, señor Tohil. ¡Traigo unas flores para M. Tohil!

—¿Cómo ha hecho para entrar aquí?

—El portal estaba abierto, señor Tohil.

—¡Imposible!

—Señor Tohil, una señora estaba saliendo y yo he aprovechado para entrar en ese momento.

—Se supone que no debe hacer eso.

—No lo sabía. ¿Qué se supone que debo hacer?

—Se supone que debe llamar al timbre desde fuera y decirme quién es usted y qué quiere.

—Vale, señor Tohil. Volveré a salir y llamaré al timbre y le diré que tengo unas

flores para usted. ¿Le parece bien?

—Déjalo ya, muchacho. Aquí...

La puerta se abrió de par en par. Entré de un salto, cerré la puerta de una patada y le agarré del cinturón. Se me llenó la mano. Era un tipo grande. Necesitaba un afeitado. Olía como a azufre. Pondría la báscula en 115 kilos.

—¿Qué cojones está usted haciendo? ¿Dónde están las flores? ¡Quíteme la mano del cinturón, joder!

—Tranquilo, Tohil —le solté—, soy investigador privado, con licencia. Quiero saber el paradero de Deja Fountain, apartamento 9.

—Que te den por culo, amigo. Ya te estás largando de aquí. Retrocedí.

—Tranquilo, señor Tohil. Sólo quiero esa información y después me iré.

—La información es confidencial y te irás sin ella. ¡Te sacaré de aquí ahora mismo!

—Soy cinturón negro, Tohil. Eso es un arma mortal. ¡No me obligue a usarla!

Soltó una carcajada y dio un paso hacia mí.

—¡Quieto ahí! —grité.

Paró.

—Tohil, tengo que encontrar al Gorrión Rojo y Deja Fountain tiene la solución. Tengo que saber adonde han ido ella y su novio.

—No han dejado ninguna dirección —dijo—. ¡Ahora lárgate de aquí antes de que me tire un pedo en tu cara!

Saqué la 32 y le apunté a la barriga.

—¿DÓNDE ESTÁ DEJA FOUNTAIN? —grité.

—Anda y que te jodan —dijo viniendo hacia mí.

—¡Párate ahí mismo! —ordené.

Seguía avanzando, era idiota. Me entró el pánico, apreté el gatillo. La pistola se había encasquillado.

Entonces sentí sus manos en mi garganta. Eran del tamaño de un jamón. Jamones con dedos enormes, torpes, fuertes, implacables. No podía respirar. Grandes destellos de luz me retumbaban en la cabeza por detrás de los ojos. Le clavé la rodilla en la ingle. No pasó nada. Era un monstruo. Tendría los órganos sexuales en algún otro lugar, tal vez más arriba, debajo de un sobaco. Yo estaba indefenso. Podía sentir la muerte en el aire. Pero mi pasado no relampagueó frente a mí. Sólo una voz en mi cabeza que dijo: «Necesitas un neumático nuevo para la rueda derecha de atrás...». Tonterías, tonterías. Y yo estaba acabado, muerto. Todo se había terminado para mí.

Entonces sentí que las manos me soltaban de repente. Retrocedí tambaleándome, tratando de conseguir aire de la estratosfera o de donde pudiera.

Miré a Tohil. No tenía buen aspecto. No tenía buen aspecto en absoluto. Me estaba mirando pero no me estaba viendo. Le vi cogerse el brazo izquierdo. Se agarraba el brazo izquierdo y una expresión de tremendo dolor cruzó por su rostro. Jadeó, miró hacia arriba y cayó al suelo.

Me acerqué, me incliné sobre él, le tomé el pulso. Nada. Liquidado. Adiós.

Le pasé por encima, me senté en una silla. Y allí, en el sofá, al otro lado de la habitación, estaba ella: la señora Muerte. Nunca había estado tan guapa. ¡Vaya nena! Nunca te dejaba en la estacada. Valía más que el oro. Sonrió.

—¿Qué tal todo, Belane?

—Realmente no me puedo quejar, señora.

Estaba totalmente vestida de negro. Le sentaba bien el negro. También el rojo.

—Será mejor que vigile su peso, Belane. Come demasiadas patatas fritas, puré de patatas, postres... ha estado dándole a la cerveza...

—Ya... Bueno... ya...

Volvió a sonreír. Dientes fuertes, perfectos. Podría partir una llave inglesa de un mordisco.

—Bueno —dijo ella—, me tengo que ir. Tengo que hacer otras cosas por aquí cerca.

—¿Alguien que yo conozco?

—¿Conoce a Harry Dobbs?

—Creo que no.

—Bueno, si le conoce, olvídelo.

Y después desapareció. Sin más.

Me acerqué a Tohil, busqué su cartera. Había un billete de 50, dos de 20, uno de 5 y uno de uno. Me los metí en el bolsillo derecho del pantalón. Me dirigí hacia la puerta, la abrí, la cerré y salí al pasillo. No había nadie a la vista. Llegué al portal, salí. Seguía cayendo una leve llovizna. Era agradable sentirla en la cara. Tomé aire, suspiré, me dirigí al coche. Seguía allí. Lo rodeé para comprobar el estado de la rueda trasera derecha. Estaba gastada, sin duda. Necesitaba un neumático nuevo.

Así que allí estaba yo, otra vez deprimido. Regresé a mi casa, entré y abrí una botella de whisky escocés. Había vuelto a mi viejo amigo, escocés con agua. El whisky escocés es una bebida a la que no se le coge gusto inmediatamente. Pero después de trabajarla un poco su magia te atrapa. Encuentro que tiene un especial toque tibio que el whisky americano no tiene. De todos modos, estaba deprimido y me senté en un sillón con la petaca a mi lado. No encendí la tele, sabía que cuando nos sentimos mal esa hija de puta hace que nos sintamos peor. No era más que una cara insulsa tras otra, era interminable. Una procesión interminable de idiotas, algunos de ellos famosos. Los cómicos no tenían gracia y los dramas eran de 4ª categoría. No tenía mucho con que distraerme, excepto el whisky escocés.

La llovizna se había convertido en chaparrón y yo me quedé allí sentado escuchando el golpeteo de la lluvia sobre el techo.

Jamás tendría que haber dejado escapar a aquellos cabritos. Y sabía que nunca volvería a encontrar a mi informante originario. Estaba como al principio. El Gorrión Rojo se me había escurrido de mis estúpidas manos. Allí estaba yo, con 55 años y andando a tientas en la oscuridad. ¿Cuánto tiempo más podría aguantar en el juego? ¿Es que los ineptos merecían algo más que una patada en el culo? Mi viejo me había dicho: «Métete en algo en lo que primero te den el dinero y esperen recibir algo a cambio después. Eso es la banca y los seguros. Coge la cosa real y dales en su lugar un pedazo de papel. Usa su dinero, seguirá llegándote. Hay *dos* cosas que les mueven: la ambición y el miedo. Y a ti, *una*: la oportunidad». Parecía un buen consejo. Aunque mi padre murió en la ruina.

Me serví otro escocés.

Es que yo había fracasado hasta con las mujeres, ¡joder! Me había casado tres veces. Nada había ido realmente mal ninguna de las veces. Todo se había venido abajo por trivialidades. Discusiones insignificantes. Ponerse furioso por nada y por todo. Día tras día, año tras año, triturándose. En lugar de ayudar al otro, uno se apartaba, criticaba esto o lo otro. Pinchando. Pinchando sin parar. Aquello se convertía en una competición vulgar. Y una vez dentro se transformaba en hábito. Parecía que no había forma de salirse. Uno casi no quería salirse. Y después se salía. Del todo.

Así que allí estaba yo, sentado, escuchando la lluvia. Si me hubiera muerto en aquel mismo instante nadie habría derramado ni una sola lágrima en todo el mundo. Tampoco es que yo lo quisiera. Pero era raro. ¿A qué grado puede llegar la soledad de un mamón? Pero el mundo estaba lleno de pedos viejos como yo. Sentados, escuchando la lluvia, preguntándose adonde se había ido todo. Uno sabe que es viejo cuando se sienta a preguntarse adonde se ha ido todo.

Bueno, no se ha ido a ninguna parte, no es que pensemos eso. Tres cuartas partes de mí estaban muertas. Encendí la tele. Había un anuncio. ¿SE ENCUENTRA

SOLO? ¿DEPRIMIDO? ANÍMESE. LLAME A UNA DE NUESTRAS HERMOSAS CHICAS. ELLAS ESTÁN DESEANDO HABLAR CON USTED. CARGÚELO A SU TARJETA VISA O MASTER CARD. HABLE CON KITTY O FRANGÍ O BIANCA. LLAME AL 800-435-8745.

Aparecieron las chicas. Kitty era la mejor. Di un trago al escocés y marqué el número.

—¿Sí? —Era una voz masculina. Sonaba como a mala leche.

—Kitty, por favor.

—¿Tiene usted 21 años o más?

—Más —contesté.

—¿Master o Visa?

—Visa.

—Deme su número y fecha de vencimiento. Y también su dirección, número de teléfono, número de la seguridad social y del carnet de conducir.

—Eh, ¿y cómo sé yo que no va usar toda esa información en su propio beneficio? O sea, ¿cómo sé que no me va a joder vivo? ¿Que no va a usar esa información para obtener cosas?

—Oiga, amigo, ¿quiere hablar con Kitty?

—Creo que sí.

—Nosotros nos anunciamos por televisión. Llevamos 2 años en este negocio.

—Está bien, espere a que busque todo ese rollo en la cartera.

—Amigo, si no te gustamos, a nosotros tampoco nos gustas tú.

—¿Y de qué me va a hablar Kitty?

—Le va a gustar.

—¿Cómo sabe que me va a gustar?

—Oiga, amigo...

—Vale, vale, espere un momento...

Le di la información. Hubo una pausa considerable mientras investigaban mi crédito. Después oí una voz.

—¡Hola, cariño, soy Kitty!

—Hola, Kitty, me llamo Nick.

—Mmmm, ¡tienes una voz tan sexy! ¡Me estoy poniendo un poco cachonda!

—¡Venga ya!, mi voz no es sexy.

—¡No te hagas el modesto!

—No, Kitty, no soy modesto...

—¿Sabes?, ¡me siento muy cerca de ti! Me siento como si estuviera acurrucada en tu regazo, mirándote a los ojos. Yo tengo los ojos grandes y azules. Te inclinas hacia mí, ¡como si fueras a besarme!

—¡Y una mierda!, Kitty, yo estoy sentado aquí solo, sorbiendo un whisky escocés y escuchando la lluvia.

—Escucha, Nick, tienes que usar la imaginación un poquito. Déjate ir y te

sorprenderás de lo que podemos llegar a hacer juntos. ¿No te gusta mi voz? ¿No la encuentras bastante... mmm, sexy?

—Sí, bastante, aunque no demasiado. Parece como si estuvieras acatarrada. ¿Has cogido frío?

—Nick, Nick, cariño mío, ¡estoy demasiado *caliente* como para coger frío!

—¿Qué?

—¡He dicho que estoy demasiado *caliente* como para coger frío!

—Bueno, parece como si hubieras cogido frío. Quizá es que fumas demasiados cigarrillos.

—¡Yo sólo fumo *una cosa*, Nick!

—¿El qué, Kitty?

—¿No lo adivinas?

—No...

—Baja la mirada, Nick.

—Vale.

—¿Qué ves?

—La copa. El teléfono...

—¿Qué más, Nicky?

—Los zapatos...

—Nick, ¿qué es esa *cosa tan grande* que está ahí empinada mientras hablas conmigo?

—¡Ah, esto! ¡Es mi *barriga*!

—Sigue hablando conmigo, Nick. Sigue escuchando mi voz, piensa que estoy ahí, en tu regazo, tengo el vestido un poco levantado, se me ven las rodillas y los muslos. Tengo el pelo largo y rubio. Me cubre toda la espalda. Piensa en ello, Nick, piensa en ello...

—Está bien...

—Vale, y ahora ¿qué ves?

—Lo mismo: el teléfono, los zapatos, mi copa, mi barriga...

—¡Nick, qué malo eres! Tengo muchísimas ganas de ir ahí y darte un buen azote! ¡O tal vez te deje que me *azotes tú a mí*!

—¿Qué?

—¡*Fuerte, fuerte*, Nick!

—Kitty...

—¿Sí?

—¿Me disculpas un momento? Tengo que ir al cuarto de baño.

—Ay, Nick, ¡ya sé lo que vas a *hacer*! ¡Pero no tienes que ir al *cuarto de baño* para hacerlo, puedes hacerlo mientras *hablas* conmigo!

—No, no puedo, Kitty. Tengo que hacer pis.

—Nick —contestó ella—, ¡hemos acabado esta conversación!

Colgó.

Fui al cuarto de baño y oriné. Mientras lo hacía, aún podía escuchar la lluvia. Bueno, fue una mierda de conversación, pero al menos me había hecho olvidar al Gorrión Rojo y otros asuntos. Tiré de la cadena, me lavé las manos, me miré al espejo, me guiñé un ojo y regresé a mi escocés.

Así que allí estaba yo, de vuelta en mi oficina al día siguiente. Me sentía insatisfecho y, francamente, bastante jodido por todo. No estaba yendo a ninguna parte, ni tampoco el resto del mundo. Estábamos haciendo tiempo, esperando morir, y mientras tanto hacíamos bobadas para llenar el vacío. Algunos ni siquiera hacíamos bobadas. Éramos vegetales. Yo era uno de éstos. No sé qué tipo de vegetal era. Me sentía como un nabo. Encendí un puro, di una calada, y fingí saber de qué diablos iba el asunto.

Sonó el teléfono. Lo cogí.

—¿Sí?

—Señor Belane, le hemos seleccionado. Ha ganado uno de nuestros premios, que puede ser un televisor, un viaje a Somalia, 5 000 dólares o un paraguas plegable. Tenemos una habitación con desayuno gratis para usted. Lo único que tiene que hacer es asistir a uno de nuestros seminarios donde le expondremos nuestra oferta ilimitada de valores inmobiliarios...

—Oye, amigo —dije.

—¿Sí, señor?

—¡Que te folle un pez!

Colgué. Me quedé mirando el teléfono fijamente. Maldito aparato mortífero. Pero era necesario para llamar al 091. Nunca se sabe.

Necesitaba unas vacaciones. Necesitaba 5 mujeres. Tenía que ir a que me quitaran los tapones de cera de los oídos. Mi coche necesitaba un cambio de aceite. No había presentado la maldita declaración de impuestos sobre la renta. Se me había roto una de las patillas de las gafas de leer. En mi apartamento había hormigas. Tenía que ir al dentista a que me hiciera una limpieza de boca. Tenía los tacones de los zapatos gastados. Tenía insomnio. El seguro del coche me había vencido. Me cortaba cada vez que me afeitaba. No me había reído desde hacía 6 años.

Tendía a preocuparme cuando no había nada de que preocuparse. Y cuando había algo de que preocuparse, me emborrachaba.

Volvió a sonar el teléfono. Lo cogí.

—¿Belane? —preguntó una voz.

—Puede ser —contesté.

—Puede ser y una mierda —dijo la voz—, es usted Belane o no es usted Belane.

—Está bien, me has cogido. Soy Belane.

—Muy bien, Belane, nos hemos enterado de que está buscando al Gorrión Rojo.

—¿Ah, sí? ¿Y quién le ha informado?

—Nuestro informador es cosa nuestra.

—También lo son sus partes y eso no quita que pueda enseñarlas.

—Hemos decidido no hacerlo.

—Está bien —dije—. ¿De qué se trata?

—10 000 dólares y le ponemos al Gorrión Rojo en las manos.
—No tengo esos diez mil.
—Podemos ponerle en contacto con alguien que se los puede prestar.
—No me diga...
—Sí le digo, Belane. Sólo con un 15% de interés. Al mes.
—Pero yo no tengo ninguna garantía.
—Claro que la tiene.
—¿El qué?
—Su vida.
—¿Eso es todo? Podemos discutirlo.
—Claro, Belane. Nos pasaremos por su oficina. Dentro de diez minutos.
—¿Cómo sabré que son ustedes?
—Nosotros se lo diremos.
Colgué.

Diez minutos después llamaron a la puerta. Con un golpe muy fuerte. Toda la puerta se sacudió y tembló. Abrí el cajón del escritorio para comprobar si mi Luger seguía allí. Allí estaba, tan bonita como un cuadro. Uno de un desnudo.

—¡Está abierto, por Dios bendito! ¡Entre!

La puerta se abrió de golpe. Un cuerpo gigantesco bloqueó la luz. Era un simio con un puro y un traje rosa pálido. Iba acompañado de dos simios más pequeños.

Le hice señas de que tomara asiento. Se sentó en una silla, llenándola por completo. Las patas de la silla cedieron un poco. Los simios le flanquearon a ambos lados.

El simio principal eructó, se inclinó un poco hacia adelante, hacia mí.

—Me llamo Sanderson —dijo—, Harry Sanderson. Éstos —señaló con la cabeza a sus compinches— son mis muchachos.

—¿Sus hijos?

—Mis muchachos, mis muchachos —dijo.

—Ya... —dije.

—Usted nos necesita —dijo Sanderson.

—Ya...

—El Gorrión Rojo —dijo Sanderson.

—¿Está usted relacionado con la nena esa y el mestizo que se largaron del apartamento la otra noche?

—Yo no estoy relacionado con ninguna nena —dijo—. Sólo las uso para una cosa.

—¿Para qué? —pregunté.

—Para que me limpien la mierda.

A sus dos simios les entró una risa floja. Aquello les pareció chistoso.

—Creo que no tiene ninguna gracia —dije.

—No nos importa lo que usted crea —dijo Sanderson.

—Normal —dije—. Ahora hablemos del Gorrión Rojo.

—10 000 dólares —dijo Sanderson.

—Como ya le he dicho, no los tengo.

—Y como ya le he dicho, tenemos un prestamista que se los dejará, con facilidades, al 15% mensual.

—Vale, tráigame al prestamista.

—El prestamista somos nosotros.

—¿Ustedes?

—Sí, Belane. Nosotros se lo damos y luego usted nos lo devuelve y paga el 15% de los diez mil cada mes hasta que la deuda esté completamente saldada. Lo único que tiene que hacer es firmar este papel. No manejaremos el dinero. Nos lo guardamos, sencillamente, para evitar que tenga que volver a dárnoslo.

—Y a cambio ustedes...

—Le pondremos al Gorrión Rojo directamente en las manos.

—¿Y cómo sé que es verdad?

—¿El qué?

—Que me pondrán al Gorrión en las manos.

—Tiene que confiar en nosotros.

—Eso creí haber oído.

—¿Y no es así, Belane?

—¿El qué?

—¿No confía en nosotros?

—Por supuesto, pero es mejor que ustedes confíen en mí.

—¿En qué?

—Pónganme *primero* al Gorrión en las manos.

—¿Qué? ¿Qué se cree que somos? ¿Un puñado de tontos de capirote?

—Bueno, sí...

—No se pase de listo, Belane. Tiene que confiar en nosotros si quiere ver al Gorrión Rojo. Es su única oportunidad. Piénseselo. Tiene 24 horas.

—Está bien, me lo pensaré.

—Piense, Belane. —El gran simio del traje rosa se puso de pie—. Piénseselo muy bien. Y luego díganos qué ha decidido. Tiene 24 horas. Después de ese plazo el trato queda cancelado. Para siempre.

—Vale —dije.

Se dio la vuelta y uno de sus simios se adelantó corriendo y le abrió la puerta. El otro se quedó allí, mirándome. Después se marcharon todos. Y yo me quedé allí sentado. No tenía ni idea de qué hacer. Ahora la pelota estaba en mi tejado. Y el reloj corría. ¡Qué mierda! Alargué el brazo hacia mi escritorio y cogí la botella de vodka. Era la hora de almorzar.

Bueno, y ahora ¿qué vas a hacer? Me preocupé tanto que me quedé dormido en mi escritorio. Cuando me desperté era de noche. Me levanté, me puse el abrigo y el sombrero y me largué de allí. Me metí en el coche y fui conduciendo 5 millas hacia el oeste. Sólo por hacerlo. Después aparqué y miré a mi alrededor. Estaba aparcado frente a un bar. *Hades*, ponía el letrero de neón. Me bajé del coche, entré. Había 5 personas allí dentro. 5 millas, 5 personas. Todo era 5. Había un camarero, una nena y 3 chicos delgados, tontos y blandengues. Parecía como si los chicos llevaran betún en el pelo. Fumaban unos cigarrillos largos y me dirigieron una sonrisa de desprecio, a mí y a todo lo que miraban. La nena estaba en un extremo de la barra, los chicos en el otro, el camarero en el medio. Por fin logré que el camarero me atendiera cogiendo un cenicero y dejándolo caer dos veces. Pestañeó y vino hacia mí. Tenía una cabeza como de rana. Pero no saltaba, se me acercó a trompicones, se detuvo frente a mí.

—Un whisky y agua —le dije.

—¿Quiere el agua dentro del whisky?

—He dicho «whisky y agua».

—¿Eh?

—El whisky por un lado y el agua por otro, por favor.

Los tres jovencitos me miraban. El de en medio dijo:

—Eh... tú, viejo, ¿quieres pasártelo mal un ratito?

Le miré y sonreí.

—Hacemos que la gente lo pase mal gratis —dijo el de en medio. Sonreían con desprecio, y siguieron con aquella sonrisa de desprecio.

Llegó el camarero con mi whisky y el agua.

—Creo que me voy a beber tu copa —dijo el mismo tipo.

—Si pones la mano en mi copa te parto en dos como a una mierda seca.

—Uy, uy, uy —dijo.

—Uy —dijo el segundo.

—Uy —dijo el tercero.

Me bebí el whisky y dejé el agua a un lado.

—Este viejo se cree un tipo duro —dijo el de en medio.

—A lo mejor deberíamos comprobar si lo es de verdad o no —dijo otro.

—Sí —dijo el último.

¡Dios! ¡Qué aburridos eran! Como casi todo el mundo. Nada resultaba nuevo, ya nada resultaba fresco jamás. Muerto, monótono. Lo mismo pasaba con las películas.

—Póngame otra copa de lo mismo —le dije al camarero.

—¿Qué era? ¿Whisky y agua?

—Sí.

—Ese viejo no aparece gran cosa —dijo el de en medio.

—No —dije.

—No ¿qué?

—Ese viejo no parece gran cosa.

—Así que ¿estás de acuerdo con nosotros?

—Te estoy corrigiendo. Y espero que sea la última corrección que tenga que hacer esta noche.

Llegó el camarero con mi copa. Después se marchó.

—A lo mejor podemos corregirte el culo —dijo el que hablaba casi todo el rato.

Pasé de contestarle.

—A lo mejor te ponemos el culo de sombrero —dijo uno de los otros. Aburridos de mierda. Estaban por todo el planeta. Reproduciendo más aburridos de mierda. Era como una película de terror. La Tierra convertida en un hervidero de aburridos.

—A lo mejor te hacemos chupar una zanahoria —dijo uno de ellos.

—A lo mejor te gusta chupar tres zanahorias —dijo otro.

Yo no dije nada. Me acabé el whisky, me bebí el agua, me levanté, e hice una seña con la cabeza hacia la parte de atrás del bar.

—¡Eh, mirad! ¡Quiere que salgamos fuera!

—¡A lo mejor quiere nuestras zanahorias!

—¡Vamos a verlo!

Salí hacia la parte de atrás. Les oí venir a mis espaldas. Entonces oí el «clic» de una navaja automática. Me di la vuelta a tiempo para quitársela de la mano de una patada. Después le aticé un buen golpe por detrás de la oreja. Cayó al suelo. Pasé por encima de él. Los otros dos se dieron la vuelta y echaron a correr. Atravesaron el bar corriendo y salieron por la puerta principal. Dejé que se fueran. Regresé a donde estaba el otro chico. Seguía inconsciente. Lo levanté, me lo eché por encima del hombro, me lo llevé fuera. Lo puse boca arriba sobre el banco de una parada de autobús. A continuación le quité los zapatos y los tiré por la boca de una alcantarilla. Hice lo mismo con su cartera. Después volví a entrar en el bar, fui a la parte de atrás, cogí la navaja automática, me la metí en el bolsillo, regresé a mi taburete de la barra y pedí otra copa.

Oí toser a la nena. Estaba encendiendo un cigarrillo.

—Oiga, eso me ha gustado —dijo—. Me gustan los hombres de verdad.

Pasé de responder.

—Me llamo Trachea —dijo.

Cogió su copa y vino y se sentó a mi lado. Llevaba demasiado perfume y siete capas de barra de labios.

—Podríamos intentar conocernos —dijo.

—No valdría la pena, no sería más que una estupidez.

—¿Por qué dices eso?

—Por experiencia.

—Igual es que no has conocido más que mujeres malas...

—Quizá sea lo que me vaya.

—Yo podría ser la que te va...

—Sí, seguro.

—Invítame a una copa.

La mía llegaba en ese momento.

—Una copa para Trachea —le dije al camarero.

—Un gin tonic, Bobby...

Bobby se alejó tambaleándose.

—No me has dicho tu nombre... —dijo balbuceando.

—David.

—¡Me gusta! Una vez conocí a un tipo que se llamaba David.

—¿Y qué pasó con él?

—No me acuerdo.

Trachea apretó su costado contra mí. Le sobraban unos 12 kilos.

—Eres muy listo —dijo.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Mmm, no sé... —Hizo una pausa—. ¿Te gusto?

—Bueno, realmente no.

—Pues debería gustarte. Soy muy buena.

—¿En qué? ¿Sabes taquigrafía?

—¿Qué es eso?

—Escribir frases largas con signos cortos.

—No, pero sé convertir cosas cortas en largas.

—¿Por ejemplo?

—¡Ya sabes!

—No, no lo sé.

—Adivina.

—¿Globos?

—¡Qué gracioso eres!

—Eso dicen.

Llegó su copa. Dio un sorbo.

Cuanto más la miraba, menos cautivado estaba.

—¡Mierda! —dijo—. ¿Qué he hecho con mi encendedor?

Abrió su bolso y empezó a sacar cosas. Un abridor de botellas. Tres barras de labios. Chicle. Un silbato. Y... ¿qué?

—¡Lo he encontrado! —dijo, con el encendedor en alto. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Qué es eso que está ahí?

—¿Dónde?

—Ahí. Sobre la barra. Esa cosa roja. Señalé.

—¡Ah! —dijo—, es mi gorrión.

—¿Está vivo? ¿Es de verdad?

—No, idiota, es de mentira. Lo he comprado hoy en una tienda de animales. Es para mi gatito. Es un gorrión de galleta. A mi gatito le encantan.

—Joder, guarda eso.

—¡David, te has puesto todo excitado! ¿Te ponen cachondo los pájaros?

—Sólo el Gorrión Rojo.

—¿Lo quieres?

—No, déjalo.

—Tengo más gorriones de galleta en mi casa. Puedes venir y conocer a mi gatito.

—No, gracias, Trachea. Tengo que irme ya.

—Está bien, David, pero no sabes lo que te pierdes.

Me puse de pie, fui hasta el otro extremo de la barra, le lancé unos billetes al camarero y salí. El mocoso ya no estaba en el banco de la parada. Me subí a mi coche, arranqué y me metí entre el tráfico. Eran alrededor de las 10 de la noche. La luna estaba alta y mi vida iba lentamente hacia ningún lado.

Al día siguiente estaba sentado en la oficina. La puerta se abrió de una patada y apareció Harry Sanderson con sus dos simios. Esta vez Sanderson llevaba un traje de color púrpura claro. Tenía un gusto bastante extraño para los colores. Una vez conocí a una nena que era así, le daba por ponerse esos colores raros, de modo que cuando íbamos a comer por ahí, entrábamos en el restaurante y todo el mundo se daba la vuelta para mirarla. El problema de aquella mujer era que no tenía casi nada que mereciera la pena mirar. Incluso con resaca y barba de 3 días yo tenía mejor aspecto que ella. De todos modos, volviendo a Sanderson...

—Bueno, desgraciado, se te han acabado las 24 horas —dijo—. ¿Sigues tocándote los cataplines o has tomado alguna decisión?

—Sigo tocándome los cataplines.

—¿Quieres al Gorrión Rojo o no?

—Lo quiero. Pero tus muchachos me recuerdan a unos que trabajaban en casa de mi tía, en Illinois.

—¿Tu tía? ¿A qué coño viene todo ese rollo de tu tía?

—Tenía goteras en el tejado.

—No me digas...

—Sí. Llegaron aquellos tipos y le dijeron que le arreglarían el tejado, que tenían un superaislante. Le hicieron firmar un pedazo de papel, extender un cheque y después se subieron allí arriba.

—¿Arriba de dónde, desgraciado?

—Del tejado. Se subieron allí arriba y echaron aceite usado de coche. Después desaparecieron. Cuando volvió a llover todo aquello, lluvia y aceite, se filtró por el techo. Todo lo que había en casa de mi tía quedó destrozado.

—¿De verdad, Belane? ¡Esa puñetera historia me ha conmovido! ¡Ahora, vamos al grano! ¿Quieres el Gorrión o quieres que nos larguemos?

—Así que vais a prestarme 10 de los grandes, ¿eh? Ni siquiera voy a llegar a verlos y me vais cobrar un 15% de interés mensual. ¿Tenéis algún otro chollo que ofrecerme? O sea, vamos a ver: ¿si estuvierais en mi lugar os meteríais en un asunto como éste?

—Belane —dijo Sanderson sonriendo—, una de las pocas cosas de las que estoy agradecido en este mundo es de no estar en tu lugar.

Sus dos simios sonrieron al oírle.

—¿Duermes con estos chicos, Sanderson?

—¿Dormir? ¿Qué quieres decir con «dormir»?

—Dormir. Cerrar los ojos. Toquetearse los mofletes. Cosas así.

—¡Belane, debería reventarte! ¡No eres más que un pedo que resuena en una iglesia vacía!

Sus dos simios se rieron por lo bajo.

Cogí aire, lo solté. Me sentía como a punto de perder el control. Pero solía sentirme así a menudo.

—Así que ¿dices que podrías ponerme al Gorrión Rojo en las manos, Sanderson?

—Sin lugar a dudas.

—Bueno, pues que te den por culo.

—¿Qué?

—He dicho ¡que te den por culo!

—¿Qué te pasa, Belane? ¿Has perdido la cabeza?

—Sí. Sí. Eso es.

—Un momento...

Sanderson hizo una seña a sus dos simios para que se aproximasen. Les oí murmurar y cuchichear. Después se separaron.

Sanderson tenía un aspecto solemne.

—Es tu última oportunidad, imbécil.

—¿Qué? ¿El qué?

—Hemos decidido dejarte el pájaro por 5 mil.

—3 mil.

—4 mil. Es nuestra última oferta.

—¿Dónde están esos jodidos papeles?

—Aquí los tengo...

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y los tiró sobre el escritorio. Intenté leerlos. Había demasiada jerga legal. Iba a firmar un préstamo de la Sociedad Apogeo a un 15% de interés mensual. Eso lo entendí. También algunas otras cosas.

—Aquí sigue poniendo un préstamo de 10 mil.

—Bueno, eso se puede arreglar, Belane —dijo Sanderson.

Me arrancó los papeles de la mano, tachó el 10, puso un 4 y firmó. Volvió a tirarme los papeles sobre el escritorio.

—Ahora, firma ahí...

Busqué una pluma. Firmé. Firmé aquellos jodidos papeles.

Sanderson volvió a arrancarme los papeles de la mano y se los guardó en el abrigo.

—Millones de gracias, señor Belane. Que pase usted un buen día. Él y sus dos simios se dieron la vuelta para marcharse.

—¡Eh! ¿Dónde está el Gorrión Rojo?

Sanderson se detuvo, se volvió.

—Ah... —dijo.

—Sí, ah... —dije yo.

—Reúnete con nosotros mañana a las 2 de la tarde en el Gran Mercado Central.

—Ese sitio es muy grande. ¿Dónde?

—Pregunta dónde está la carnicería. Espéranos junto a las cabezas de cerdo. Te iremos a buscar allí.

—¿Las cabezas de cerdo?

—Exacto. Te iremos a buscar.

Después se dieron la vuelta y se largaron. Me quedé allí sentado, mirando las paredes. Tenía la vaga sensación de que me habían jodido.

Así que eran las 2 de la tarde y yo estaba en el Gran Mercado Central. Había encontrado la carnicería y me había colocado al lado de las cabezas de cerdo. Los agujeros de las calaveras, donde antes hubo ojos, me miraban. Les devolví la mirada, di una calada a mi puro. Había tantas cosas que podían poner triste a un hombre. Los pobres hervían aquellas calaveras para hacer sopa.

Me preguntaba si me la habrían dado con queso. Aquellos tipos podrían no acudir jamás a la cita.

Un pobre hombre vino hacia mí. Iba cubierto de andrajos. Cuando ya estaba cerca le dije:

—Eh, amigo, ¿no tienes un dólar para una cerveza? Tengo seca la lengua, joder...

El miserable hijo de puta se dio la vuelta y se alejó. Yo a veces doy y a veces no doy. Todo depende de cómo me levante ese día. Quizá. ¿Quién sabe?

Bueno, no hay suficiente dinero como para ir repartiéndolo. Nunca lo ha habido. ¿Qué puedo hacer yo?

Entonces les vi. A Sanderson y sus dos simios. Venían hacia donde estaba yo. Sanderson sonreía y traía algo cubierto con una tela. Parecía una jaula para pájaros. ¿Sería una jaula para pájaros?

Entonces se pararon frente a mí. Sanderson miró por encima de mi hombro, hacia las cabezas de cerdo.

—Belane, alégrate de no ser una cabeza de cerdo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Una cabeza de cerdo no puede follar, comer dulces, ver la tele.

—¿Qué llevas debajo de ese trapo, Sanderson?

—Algo para ti, chaval, te va a gustar.

—Seguro que le gusta —dijo uno de los simios.

—Sííí... —dijo el otro.

—¿Estos tipos te contradicen alguna vez, Sanderson?

—No, no, eso sería la muerte.

—Queremos seguir viviendo —dijo uno de ellos.

—Hasta bien entrada la vejez —dijo el otro.

—Como iba diciendo, Sanderson, ¿qué llevas en esa jaula?

—Ah, esta jaula no es para ti. Esta jaula está vacía.

—¿Vas a darme una jaula vacía?

—Esto es el señuelo, Belane.

—¿Para qué necesitas un señuelo?

—Sólo estamos jugando. Es que somos muy juguetones.

—Magnífico. Y, ahora, ¿dónde está la verdadera jaula?

—En el asiento delantero de tu coche.

—¿Mi coche? ¿Cómo habéis hecho para...?

—Ah, somos muy buenos en ese tipo de cosas, Belane.

—Pero ¿por qué has dicho que me iba a gustar?

—¿El qué?

—Esa jaula que llevas ahí. Has dicho que me iba a gustar y tus dos lameculos han asentido.

—Sólo estábamos jugando. Nos gusta jugar. Era un poco de cháchara.

—¿Cháchara? ¿Cuándo vais a dejar de jugar? ¿Cuándo vamos a hablar en serio?

—El asiento delantero de tu coche, Belane. Compruébalo. Ahora nos tenemos que ir. Nos veremos en algún punto de la ciudad. Dentro de 30 días.

Se alejaron. Y yo me quedé con las cabezas de cerdo.

Bueno. Salí de allí y me dirigí hacia el aparcamiento. Mientras iba andando vi a un tipo totalmente pedo recostado contra una pared, la cabeza caída sobre el pecho. Estaba lleno de moscas. Me paré y le metí un dólar en el bolsillo.

Después entré en el aparcamiento. Fui hacia el coche, subí. Dentro había otra jaula para pájaros, también cubierta. Comprobé si todas las ventanas del coche estaban cerradas. Después respiré bien hondo y quité el trapo. Había un pájaro allí dentro. Uno rojo. Lo miré más de cerca. No era un gorrión. Era un canario teñido de rojo. Mmm mmm. ¡Oh, no!

Podían haber cogido un gorrión y haberlo teñido de rojo. Pues no.

¡Tenía que ser un jodido canario! Y no podía soltarlo. Se moriría de hambre. Tenía que quedármelo. Estaba atrapado.

Y jodido.

Arranqué el coche y salí de allí. Me salté algunos semáforos y me planté rápidamente en la autopista. Llevaba un rato conduciendo cuando oí un ruidito. La puerta de la jaula se había abierto y el pájaro se había escapado. Empezó a volar como loco por todo el coche. El canario rojo. Un tipo que iba por el otro carril vio todo aquel lío y empezó a reírse de mí. Le hice un corte de mangas. Un cabreo enorme y de mal agüero le desencajó el rostro. Lo vi venir. Bajó el cristal de su ventanilla, me apuntó con un arma y disparó. Era un pésimo tirador. Falló. Pero sentí cómo me pasaba la bala muy cerca de la nariz. El pájaro volaba descontrolado y yo pisé el acelerador a fondo. Había un agujero de bala en dos ventanillas, uno de entrada y otro de salida. No miré hacia atrás. Tenía el espejo retrovisor dirigido hacia el suelo. Lo dejé así hasta llegar a la salida por la que me tenía que meter. Entonces miré hacia atrás. No vi a mi amigo por ninguna parte. Fue en ese momento cuando sentí al pájaro. Se había posado sobre mi cabeza. Lo sentí moverse allí arriba. Entonces se cagó. Sentí las cagadas del pájaro a medida que me iban cayendo.

No había sido un día muy bueno.

Para nada. Un día bueno... ¡y una mierda!

Estaba en la oficina. Creo que era miércoles. No había ningún caso nuevo. Yo seguía en las mismas con lo del Gorrión Rojo, rumiando sobre el tema, decidiendo cuáles serían mis siguientes movimientos. El único movimiento que se me ocurría era el de largarme de la ciudad antes de que pasaran 25 días.

Para nada. No sacarían mi culo de Hollywood. Yo era Hollywood, lo que quedaba de él.

Llamaron a la puerta con gran delicadeza.

—Sí, empuje y entre —dije.

Se abrió la puerta y apareció un tipejo todo vestido de negro, zapatos negros, traje negro, hasta la camisa era negra. Sólo la corbata era verde. Verde lima. Su gorila asomaba por detrás de él. Aunque cualquier gorila de verdad tiene más cerebro que aquello que había allí...

—Me llamo Johnny Temple —dijo—, y éste es Luke, mi ayudante.

—Conque Luke, ¿eh? Dígame, ¿y qué hace Luke?

—Todo lo que yo le digo.

—¿Por qué no le dice que se vaya?

—¿Qué pasa, Belane? ¿No le gusta Luke?

—¿Tiene que gustarme?

Luke dio un paso adelante. Empezó a contraérsele la cara, parecía que fuera a echarse a llorar.

—¿Usted no gustar de mí, Belane? —preguntó Luke.

—Luke, tú no te metas en esto —dijo Temple.

—Sí, no te metas en esto —le dije.

—¿Tú gustar de mí, Johnny?

—¡Claro, claro! Ahora, Luke, quédate delante de la puerta y no dejes entrar ni salir a nadie.

—¿Tú también?

—¿A qué te refieres, Luke?

—¿Yo no dejar que tú entrar ni salir tampoco?

—No, Luke, a mí sí me dejas entrar y salir. Pero a nadie más. Por lo menos hasta que yo te lo diga.

—Vale.

Luke fue hacia la puerta y se paró delante de ella. Temple cogió una silla, se sentó.

—He venido como representante de la Sociedad Apogeo. He venido a informarle brevemente. Nuestro vendedor, Harold Sanderson...

—¿Vendedor? ¿Llama a ese tipo «vendedor»?

—Y de los mejores que tenemos.

—Seguro que sí —reconocí—, ¡mire eso!

Señalé la jaula que colgaba en el rincón. Dentro estaba el canario rojo.

—Él me vendió eso —dije.

—Harry es capaz de vender la piel de un muerto —dijo Temple.

—Probablemente ya lo haya hecho —respondí.

—Bueno, eso no viene al caso. Hemos venido a informarle brevemente.

—Adelante, pero sea breve.

—No se haga el chistoso, Belane. Le hemos prestado 4 de los grandes a un interés del 15% mensual. Eso supone 600 dólares. Queremos asegurarnos de que lo tiene todo muy claro antes de venir a cobrarle el dinero.

—¿Y si no fuera así?

—Nosotros siempre cobramos, señor Belane, de una forma u otra.

—¿Parten piernas, Temple?

—Nuestros métodos varían.

—Supongamos que esos métodos fallan. ¿Matarían a un hombre por 4 mil dólares más los intereses?

Temple sacó un paquete de cigarrillos, le dio unos golpecitos y extrajo uno. Lo encendió con su encendedor. Luego aspiró lentamente. Soltó el humo.

—Me aburre, Belane.

Y después dijo:

—Luke...

—¿Sí, Johnny?

—¿Ves ese pájaro rojo en la jaula?

—Sí, Johnny.

—Luke, quiero que vayas hasta ahí, saques a ese pájaro de la jaula y que te lo comas vivo.

—Sí, Johnny.

Luke se encaminó hacia la jaula.

—¡JESÚS! ¡DETÉNGALO, TEMPLE! ¡DETÉNGALO! ¡DETÉNGALO! —grité.

—Luke —dijo Temple—, he cambiado de idea. No quiero que te comas a ese pájaro vivo.

—¿Lo cocino primero, Johnny?

—No, no, déjalo en paz. Regresa a la puerta y quédate ahí.

—Sí, Johnny.

Temple me miró.

—¿Ve, Belane?, siempre cobramos de una forma u otra. Y si un método no da resultado cambiamos a otro. Tenemos que seguir en el negocio. Somos famosos en toda la ciudad. Tenemos una reputación conocida en todos lados. No podemos permitir que nada ni nadie manche esa reputación. Quiero que lo entienda bien.

—Creo que lo he entendido, Temple.

—Está bien. El primer plazo se cumple dentro de 25 días. Ya ha sido informado. Temple se puso de pie. Sonrió.

—Buenos días.

Se dio la vuelta.

—Vale, Luke, abre la puerta, nos vamos.

Luke cumplió la orden. Temple giró y me dirigió una última mirada. Ya no sonreía. Después se largaron.

Me acerqué a la jaula y miré a mi canario rojo. Se le estaba yendo parte del tinte y empezaba a aparecer el amarillo natural. Era un pájaro simpático. Me miró y lo miré. Después hizo un ruido de pajarito: «¡Chirp!», y eso hizo que me sintiera bien de alguna forma. Yo era fácil de contentar. El resto del mundo era mi problema.

Decidí irme a mi apartamento y tomarme unas copas. Tenía que pensar mucho. Me encontraba en un callejón sin salida en el asunto del Gorrión Rojo y en mi propia vida. Llegué, aparqué, bajé del coche. Tenía que dejar aquel apartamento. Ya llevaba 5 años viviendo allí. Era como si estuviera construyendo un nido, sólo que allí no se incubaba nada. Demasiada gente sabía dónde estaba mi casa. Fui hasta mi puerta, metí la llave, la abrí, había algo en medio. Un cuerpo. Había una dama allí tirada. ¡Ah, no!, joder, era una muñeca inflable, una de esas cosas que se inflan y con las que algunos tíos hacen el amor. Pero yo no, amigo.

La nena estaba inflada a tope. La recogí y la llevé al sofá. Entonces me di cuenta de que tenía un cartel alrededor del cuello: «Belane, deje en paz al Gorrión Rojo o terminará peor que esta mierda muerta de plástico».

Un cartel simpático. Así que había tenido visita. Alguien que no quería que siguiera con el caso. Pero me dio esperanzas. El Gorrión Rojo debía de existir realmente, si no la gente no actuaría de aquella forma. Lo único que tenía que hacer era encontrar una pista. Tenía que existir una. Estaban pasando demasiadas cosas raras. Podía ser que estuviese tras algo importante. Tal vez a nivel internacional. ¿Tal vez algo de otro mundo? El Gorrión Rojo. Hijo de puta, las cosas se estaban poniendo interesantes. Me preparé una buena copa, eché un trago. Entonces sonó el teléfono. Lo cogí.

—¿Sí?

—¿Qué haces, Tontón?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Era una de mis ex mujeres. Penny. La última vez que había sabido algo de ella había sido hacía 5 años más o menos, después de nuestro divorcio. Supe que se había largado a algún sitio con un tipo que se dedicaba a las apuestas en Las Vegas, un tal Sammy.

—Lo siento, se ha equivocado de número, señora.

—Te conozco la voz, Tontón. ¿Qué tal te va?

Ella me había puesto aquel sobrenombre. Sin ningún fundamento.

—Fatal —dije.

—Necesitas compañía.

—¿Ah, sí?

—Nunca supiste lo que necesitabas, Tontón.

—Puede ser, pero sé lo que no necesito.

—Voy a subir a verte.

—¿Ah, sí?

—Estoy abajo, te estoy llamando desde el teléfono del portal.

—¿Dónde está Sammy?

—¿Quién?

—Sammy.

—Ah, ése... Oye, ahora subo.

Penny colgó. Me sentí fatal, como si alguien me hubiera untado todo con mierda por encima. Vacié la copa y me puse otra. Entonces llamaron a la puerta. Abrí. Allí estaba Penny, con 5 años más y 15 kilos más gorda. Me dirigió una sonrisa espantosa.

—¿Contento de verme? —preguntó.

—Pasa —dije.

Me siguió a la otra habitación.

—¡Ponme una copa, Tontón!

—Bien...

—¡Eh! ¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Esa cosa de goma. Esa mujer de goma.

—Es una muñeca inflable.

—¿Utilizas eso?

—Todavía no.

—¿Y qué hace aquí?

—No lo sé. Toma tu copa.

Penny tiró la muñeca al suelo de un empujón y se sentó con la copa en la mano. Dio un trago.

—Te he echado de menos, Tontón.

—¿Qué echabas de menos?

—Ah, pequeñas cosas.

—¿Como qué?

—Ahora no se me ocurre ninguna.

Se bebió la copa de un trago, después me miró, sonrió.

—Necesito dinero, Tontón. Sammy se largó con todo lo que yo tenía.

—Yo estoy empeñado hasta las cejas, Penny. Hay un tipo que me va a romper el culo si no pago los intereses de un préstamo.

Me levanté, serví dos copas más, volví.

—Lo que yo necesito es muy poco, Tontón.

—¡Es que no tengo nada, por Dios bendito!

—Te haré una mamada. Hago unas mamadas muy buenas, ¿no te acuerdas?

—Mira, todo lo que tengo son estos 20 dólares. Toma...

Los saqué y se los di.

—Gracias...

Penny se los metió en el bolso. Nos quedamos allí sentados, bebiendo nuestras copas.

—Pasamos buenos ratos juntos —dijo.

—Al principio —dije yo.

—No sé por qué empecé a deprimirme —dijo ella.

—Escucha, nos divorciamos porque no nos llevábamos bien.

—Es verdad —contestó—. No te follarás eso, ¿verdad?

—No, alguien la ha dejado aquí.

—¿Quién?

—No lo sé. Hay alguien que me está gastando bromitas.

—¿Quieres que te la chupe?

—No.

—¿Puedo quedarme un rato a beber contigo?

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de horas.

—Está bien.

—Gracias, Tontón.

Cuando se fue llevaba una borrachera considerable. Le di otros 20 dólares más para un taxi. Dijo que no iba lejos.

Después me quedé allí sentado. Luego recogí la muñeca inflable y la senté a mi lado en el sofá. Yo estaba bebiendo vodka con tónica. Era una noche tranquila. Una noche tranquila en el infierno. Mientras la tierra ardía como un tronco podrido lleno de termitas.

No tienen ustedes ni idea de lo rápido que pueden pasar 25 días cuando uno no quiere que pasen.

Estaba sentado en mi oficina cuando se abrió la puerta de un golpe. Era Johnny Temple. Venía con dos simios nuevos.

—La Sociedad Apogeo viene a cobrar —dijo.

—No tengo el dinero, Johnny.

—¿No tienes los 600 pavos?

—No tengo ni 60 pavos.

Johnny suspiró.

—Tendremos que darte un escarmiento.

—¿Cómo? ¿Me vais a dar una paliza por 600 dólares de mierda?

—Una paliza no, Belane, te vamos a mandar directamente al otro barrio.

—No me lo puedo creer.

—Da igual lo que creas —dijo uno de los simios.

—Sí, da igual —dijo el otro simio.

—Eh, espera un momento, Johnny. ¿Dices que me vas a mandar al otro barrio por 600 dólares que son parte de una deuda de 4 000? ¿Un préstamo que me tragué como un memo y que nunca llegué a ver? ¡Y además nunca me entregaron al Gorrión Rojo! ¿Y entonces qué pasa con los tipos que os deben un *auténtico pastón*? ¿Por qué no les mandas a ellos al otro barrio? ¿Por qué a mí?

—Bueno, Belane, es así. Te mandamos al otro barrio por una miseria. La noticia se extiende por la ciudad. ¡Y eso les mete realmente *miedo* en el cuerpo a los que nos deben un pastón! Porque empiezan a pensar que si te hemos hecho eso a ti por casi nada, entonces ¿qué cosa inimaginable les puede llegar a pasar a ellos? ¿Entiendes?

—Sí —dije—, entiendo. Pero es que de lo que estamos hablando aquí es de mi vida, ¿sabes? Y aunque no lo parezca, tiene alguna importancia, ¿sabes?

—No la tiene —dijo Johnny—. Esto es un negocio. Y los negocios nunca tienen relación con nada más que con los beneficios.

—No puedo creer que esto esté pasando —dije, mientras abría el cajón del escritorio.

—¡Quieto ahí! —dijo uno de los simios, dando un paso adelante y metiéndome una Luger en la oreja—. ¡Dame ese cacharro!

Sacó mi 32 del cajón.

—Te mueves deprisa para ser un gordo puñetero —le dije.

—Sí... —sonrió.

—Ya está bien, Belane —dijo Johnny Temple—, vamos todos a dar un paseíto.

—¡Pero si es pleno día!

—Mucho mejor, así podremos verte bien. ¡Venga, levántate!

Me levanté y los dos simios me exprimieron entre ellos. Temple venía detrás.

Salimos de la oficina y fuimos hacia el ascensor. Extendí el brazo y yo mismo apreté el botón de llamada.

—Gracias, mamón —dijo Johnny.

Llegó el ascensor. Se abrieron las puertas. Estaba vacío. Me empujaron dentro. Bajamos. Una sensación de vacío. Planta baja. Vestíbulo. Salimos a la calle. Estaba llena de gente. Gente que iba en todas direcciones. Pensé: Voy a gritar «¡Eh, estos tipos quieren matarme!». Pero tenía miedo de que me mataran en el acto si lo hacía. Caminé junto a ellos. Era un bonito día. Entonces llegamos a su coche. Los dos simios se sentaron detrás conmigo en medio. Johnny Temple se sentó al volante. Arrancó y se metió entre el tráfico.

—Todo esto es un mal sueño sin sentido —dije.

—De sueño nada, Belane —dijo Johnny Temple.

—¿Adonde me lleváis?

—Al Parque Griffith, Belane, vamos a organizar una meriendita. Una meriendita en uno de esos senderos retirados. Aislados. Secretos.

—¿Cómo es que podéis ser tan fríos, hijos de puta? —pregunté.

—Muy fácil —dijo Johnny—, nacimos así.

—Sí, sí —dijo riéndose uno de los simios.

Seguimos en el coche. Yo seguía sin creerme que aquello estuviera pasando. Quizás no pasara nada. Quizás en el último momento me dirían que todo era una broma. Que sólo querían darme una lección. O algo así.

Entonces llegamos. Johnny aparcó el coche.

—Muy bien. Sacadlo, muchachos. Vamos a dar un paseíto.

Uno de los simios me sacó de un tirón. Después se me puso un simio a cada lado y me cogieron del brazo. Johnny venía detrás. Después llegamos a un sendero hípico abandonado. Estaba cubierto de arbustos y ramas y no pasaba la luz del sol.

—Escuchad, chicos —dije—. Ya está bien. Decidme que todo esto es una broma y cogemos y nos vamos todos a tomar una copa a algún sitio.

—No es ninguna broma, Belane. Te vamos a mandar al otro barrio. De una puñetera vez —dijo Johnny.

—Por 600 dólares... No me lo puedo creer. No me puedo creer que el mundo funcione así.

—Pues sí. Ya te hemos explicado las razones. Sigue andando —dijo Johnny.

Seguimos andando. Entonces Johnny dijo:

—Éste parece un buen sitio. Date la vuelta, Belane.

Lo hice. Vi la pistola. Johnny disparó. Cuatro tiros. Directos a la barriga. Caí hacia adelante pero conseguí rodar y quedar boca arriba.

—Millones de gracias, Temple —conseguí decir. Se marcharon.

No sé. Debí de desmayarme. Después volví en mí. Sabía que no me quedaba mucho. Perdía sangre a montones.

Entonces me pareció escuchar una música, una música que no había oído nunca.

Y entonces sucedió. Algo estaba cobrando forma, apareciéndose frente a mí. Era rojo, rojo y, al igual que la música, de un rojo que no había visto nunca. Y allí estaba:

EL GORRIÓN ROJO.

Gigantesco, resplandeciente, hermoso. Nunca un gorrión fue tan grande, tan real. Nunca tan magnífico.

Se quedó de pie frente a mí. Y entonces... apareció la señora Muerte. De pie junto al Gorrión. Nunca me había parecido *tan* hermosa.

—Belane —dijo—, esta vez sí que has caído en un mal rollo.

—No puedo hablar mucho, señora... Explíqueme este asunto.

—Ese tal John Barton es un hombre muy sensible. Percibió que el Gorrión Rojo existía, que era real, de algún modo, en algún lugar. Y que tú lo encontrarías. Ya lo has hecho. Casi todos los demás, Deja Fountain, Sanderson, Johnny Temple, eran actores de pacotilla, que intentaban engañarte y estafarte. Como tú y Musso's sois los últimos vestigios del viejo Hollywood, el auténtico Hollywood, creían que tenías montones de dinero.

Sonreí.

—Diga, señora, ¿y de dónde salió aquella muñeca inflable que apareció en mi casa?

—¡Ah, eso! Fue el cartero. Se enteró de que andabas metido en el asunto del Gorrión Rojo y quiso vengarse una vez más por lo de la paliza. Forzó la puerta de tu casa y dejó aquello allí.

—¿Y ahora qué, señora?

—Te dejo con el Gorrión Rojo. Estás en buenas manos. Adiós, Belane, lo hemos pasado bien juntos.

—Sí...

Y allí me quedé con aquel pájaro gigantesco y resplandeciente. Seguía allí de pie.

Esto no puede ser cierto, pensé. Se supone que no es así como sucede. No, no es así como sucede.

Entonces, mientras le miraba, el Gorrión abrió lentamente su pico. Apareció un enorme vacío. Y dentro del pico había un inmenso torbellino amarillo, más dinámico que el sol, increíble.

No es así como sucede, volví a pensar.

El pico se abrió más y más, la cabeza del Gorrión se acercó a mí y el resplandor sonoro del amarillo avanzó suavemente y me envolvió.

Nota

[1] *Pregúntale al polvo*, novela de John Fante. (N. de las t.) <<